

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

JULIO-AGOSTO DE 1917. — NÚMERO 46.

Importancia del conocimiento del Catecismo ⁽¹⁾

Una secta en los primeros tiempos del Cristianismo aparecida, y con nombres diferentes a través de la Historia persiguiendo el mismo fin de separar de Jesús los niños, que Jesús quería se le acercasen, proscribió de la escuela el Catecismo, invocando la libertad, porque no debe enseñarse a un alumno lo que no se halla en estado de comprender, lo que no puede todavía rechazar ni admitir.

¿Quién negará al divino Redentor el derecho a ser conocido de los que llevan su nombre, de los que se dignó adoptar por herederos, de los que están marcados con la divisa indeleble de su bautismo, de los que fueron incardinados en el gremio maternal de su Iglesia?

Enseñar su doctrina no es preceptuarla, poner en alto su estandarte no es obligar a seguirla. Su Evangelio anunciado está al universo mundo, y no en todas partes tiene prosélitos. Entre oír lo que Jesús predica y creer en sus predicaciones hay un abismo, que con solas humanas fuerzas no puede franquearse.

Los católicos somos enemigos de toda coacción espiritual. El acto de la fe sabemos que de nada vale, y aun que no pasará de una hipocresía inmundada, si no es enteramente libre, si no es obra, a la vez, de la voluntad humana y de la gracia divina. Deseamos que nuestros prójimos conozcan la verdad, tenemos por sagrada obligación esclarecer su inteligencia; pero dejámosles guiarse o no por los

(1) Con ocasión del celebrado discurso del excelentísimo señor Arzobispo de Tarragona en las fiestas catequísticas de El Ferrol, ha querido hacer un trabajito para nuestra Revista el eruditísimo Prelado. En él ha procurado, más bien que alegar esos comprobantes abrumadores, tan temidos por los que discutieron con él, hacer obra de síntesis filosófica, sacarla a flor y ponerla a tono de los cerebros jóvenes, añorando los días en que él lo era (todavía, por fortuna, no es viejo) y en que se entregaba con toda la ilusión de su alma a la gran obra de la catequesis.

resplandores vivificantes de la luz salvadora, limitándonos, en el caso último, a llorar su ceguera y pedir a Dios les abra los ojos.

Si esa objeción tuviese alguna fuerza, nada tampoco de cuanto concierne a la Patria, a la ciudadanía, al cumplimiento del deber, y aun a ninguna ciencia, habría de enseñarse hasta que el discípulo estuviese en condiciones de juzgar y elegir por sí propio, sin temor a equivocaciones ni engaños; con lo cual nunca suficientemente llegaría a instruirse.

Ante un sistema pernicioso y absurdo que a título de defender la libertad no favorece sino la irreligión, nosotros proclamamos que la verdad religiosa debe ser la primera inculcada, como la más importante y de las otras todas fundamento; siendo su primer instructor la madre, la cual, entre besos, y caricias, y halagos, y lágrimas de ternura, y sonrisas de felicidad, y arrullos de amor hará repetir al hijo, al alborear la aurora hermosa de su inteligencia, las palabras de oración salidas de los labios de un Dios que se hizo niño para que más se aprecie a los niños, cuya defensa tomó en varias ocasiones y cuya dignidad por El fué revelada.

Queremos que el Catecismo de la doctrina cristiana se enseñe en el hogar, en la escuela y en el instituto, y recomendamos que nunca después se olvide, antes al contrario, se vayan ampliando sus ideas a medida que la edad avanza y la luz del entendimiento con más vivos fulgores resplandece.

Si nada para impedirlo sirve la invocación del mágico nombre de la libertad, tampoco en contra pueden alegarse los fueros de la cultura. Cuando el estudio de las religiones comparadas se ha puesto de moda, generalizándose aun fuera de las aulas y de las investigaciones eruditas de los arqueólogos, por créersele uno de los mejores medios para graduar el progreso respectivo de los pueblos que las profesaron, ¿sólo manifestaremos desdén hacia la nuestra, sólo con ella se hará una excepción denigrante e injusta?

Sin la comparación de sus creencias religiosas no se puede rastrear y presumir la excelsitud de las diferentes civilizaciones. La civilización verdadera, la civilización universal, la única de este nombre glorioso merecedora, ¿podrá conocerse ignorando la creencia cristiana? El monte Calvario divide en dos hemisferios el mundo de las ideas y de las costumbres: las generaciones del lado acá y las que caen de la otra parte de la Cruz tienen fisonomía diversa totalmente. El hijo de un carpintero subió a lo alto de un patíbulo para pronunciar pala-

bras jamás en el universo oídas, y la corriente de la historia súbito cambió de cauce: rompiéronse las cadenas de los esclavos; se fundieron las argollas de la tiranía; de la frente de los Césares se desprendió la tiara de los Pontífices para que el poder laico no pudiese nada sobre las conciencias; el mérito personal fué condición indispensable para conseguir todos los puestos y honores; la mujer tuvo en el hogar un trono; los hombres, que en campo de batalla sin límite se destrozaban como fieras, al oír a los ángeles cantando la paz desde el Cielo abrazáronse, reconociéndose por hermanos; las poblaciones, las tribus y las gentes todas formaron una humanidad para realizar el progreso bajo la mirada apacible de la Providencia, y hasta el globo terráqueo pareció respirar feliz al caer de sus pedestales los ídolos en que se representaban las concupiscencias más impúdicas, y al huir las sombras fatídicas de los dioses, entre los que con dominio absoluto los agentes y fuerzas de la naturaleza se habían repartido.

Y revolución tan profunda, tan trascendental, tan sin ejemplo, ¿pensaríase abarcarla en conjunto sin conocer las doctrinas de su autor. ¿Ni cómo sin saberlas, resumidas, a lo menos en el Catecismo, comprender a sus discípulos, que durante cuatro siglos, metidos en las entrañas de la tierra, con la espada del verdugo sobre sus cabezas siempre, alumbrados por antorchas fúnebres que no paraban de oscilar entre los huracanes de la persecución, socavaron los muros de la idolátrica Roma erigidos sobre los cadáveres y las ruinas y las pavesas de los pueblos que pretendieran permanecer libres y echaron los cimientos, amasados con la propia sangre, de la ciudad de los espíritus, de la patria de las almas, del mundo de los elegidos y santificados, y luego, colocado en las alturas del Capitolio y de las banderas de la milicia, después de haber resplandecido en los aires, iluminando la obscuridad de la noche, el instrumento del suplicio de los siervos consagrado por la sangre de un Dios, salieron al encuentro de la invasión escandinava, encauzando sus torrentes, dirigiendo sus impetuosos oleajes, para que sobre un suelo estéril y profanado corrieran fuentes de pureza y riegos de fecundidad y savias de robusta vida; y cuando en el cielo del catolicismo aparecióse la tormentosa Media Luna, que extinguía la luz de gran número de estrellas, y amenazaba suprimir el brillo de la idealidad en los horizontes de Europa, precipitáronse sobre el Asia con la Cruz en la mano llamando a las puertas del Oriente y despertando la civilización primitiva, y si no lograron rescatar para mucho tiempo el sepulcro de Cristo

ni impedir la caída del Imperio oriental, abrieron camino por donde corriese la clásica cultura helénica a refugiarse en la corte de los sucesores de Pedro el Pescador para, santificada y ennoblecida con recibir el bautismo, asombrar al mundo por su vigoroso renacimiento; y al descubrirse nuevos continentes, allá volaron, a través de innúmeras dificultades, a anunciar la buena nueva de la redención humana, ofreciendo múltiples testimonios de que Dios había venido a vivir entre los hombres para libertarlos de todo linaje de servidumbre?

Prescíndase por un instante del Catecismo, y la Historia de España vacilará desde los cimientos y de tinieblas espesísimas se verá envuelta, sin comprenderse cómo nuestro pueblo, refractario cual ningún otro a toda innovación, abrazó inmediatamente la causa de un pobre judío ajusticiado, sellándola con sangre de mártires sin número, y después de defenderla contra los romanos, señores del orbe, logró que las tribus bárbaras, sus invasoras, la profesasen limpia de error antes que en las demás tierras conquistadas; ni cómo, convertido durante ocho siglos en baluarte de la civilización para contener las hordas del Asia y del Africa, luego de haberlas hecho repasar definitivamente el Estrecho, se inmoló a modo de holocausto el más puro en aras de la religión del Crucificado combatiendo sin extraño auxilio a todas las potencias heréticas juntas; y la poca sangre que le quedaba dióla para sacar luz y amamantar nuevos mundos que traer al seno de la Iglesia, mientras sus pensadores, mejor que en aprovechar las fuerzas de la naturaleza descubriendo sus secretos, se ocupaban en destruir las fuerzas de la herejía, descubriendo sus absurdos. Sin el Catecismo piérdese el hilo de esta madeja de historias legendarias.

Es costumbre hoy en día poner hojas de periódicos en el cimiento de los principales edificios públicos. Si en el de los templos, palacios, castillos y casas municipales de nuestro siglo de oro no se encuentran hojas de Catecismo, no se dude que el Catecismo fué el propulsor y el sostén y el remate de aquella prodigiosa civilización.

Libro tan pequeño, que se puede abarcar en un puño, es tan grande por las verdades que descubre, por los misterios que guarda, por las ideas que sugiere y por la conexión de sus doctrinas, que engrandece, fortifica y abriga al entendimiento que de su celestial sabiduría se apacienta. Cuando la nación ibérica enviaba profesores a las cátedras más altas de Europa y teólogos a los Concilios universales, y controversistas a las disputas más célebres, el Cate-

cismo era obligatorio en la instrucción de los españoles; lo sabían hasta los que no sabían leer; lo llevaban en la mochila los soldados que cortaban laureles en todos los campos de lucha; no se separaba de los marinos que surcaban en todas direcciones inexplorados océanos, y era verdadero *alivio de caminantes*, para los intrépidos excursionistas que hacían resonar con el nombre glorioso de España selvas vírgenes y desiertos jamás pisados por planta de hombre.

Aquel pueblo era un pueblo de catequistas, que en todas sus empresas, más que enriquecerse, buscaba el repartir por el mundo los tesoros de conocer y amar a Cristo; fué un pueblo que leyendo el Catecismo y escuchando su explicación había alcanzado tan profundo saber teológico que le permitía asistir a la representación de los *Autos sacramentales* y de multitud de comedias no menos sutiles que devotas, aun hoy para los doctos nada claras ni sencillas.

No toda la verdad, claro es, no la realidad toda conocida se halla en el Catecismo; pero ningunas más importantes que las que él manifiesta. El origen, por ejemplo, de los seres, y el fin, en particular, de nuestra vida, problemas son de capital importancia sobre los cuales desde los albores de la dialéctica se ha venido disputando y que aquí están resueltos con la seguridad y sencillez de una afirmación divina.

Acerca de los derechos y deberes del hombre, cruzándose, en sus relaciones múltiples, intereses tan contradictorios, se han ideado conforme a éstos infinidad de teorías que unas a otras se rechazan y todas, faltas de solidez, por sí mismas se destruyen, no siendo posible dar a la moral otra base que la señalada en el Catecismo. Especie de enciclopedia, a pesar de su cortísimo tamaño, aquí están el meollo, la substancia, la quintaesencia de muy variadas e interesantes disciplinas. Profundos pensadores advirtieron maravillados que las cuestiones que más agitan a la humanidad se encuentran como en germen dentro del Catecismo, aunque de sus límites parecían algunas estar muy distantes. Los mismos que escudriñan los secretos de la creación, pesando como en balanza los astros, poniendo el rayo en prisiones, siguiendo con el cálculo las sendas de la luz, revelando ante los ojos el mundo de lo invisible, apoderándose de las energías más rebeldes y más recónditas de la naturaleza, tampoco pueden ignorar un libro, faro inextinguible en la investigación científica y norte refulgente para no extraviarse de los caminos del progreso, hasta el punto de que ningún descubrimiento de las ciencias puede consi-

derarse como tal ni alcanzará a imponerse por mucho tiempo a los espíritus si contradice sus dogmas, firmísima piedra de toque, contraste segurísimo para aquilatar la realidad y consistencia de los hechos y doctrinas que nuestro asentimiento demandan.

Siglo el nuestro que legítimamente puede gloriarse de su cultura, sólo ésta es inferior a la fama tratándose del conocimiento del Catecismo. Sinnúmero de personas que a la competencia profesional unen ilustración vastísima no se desdoran, a su juicio, en ignorar lo más necesario, lo único imprescindible, lo que es base de toda ciencia, y a cuyo derredor deberían agruparse todos los estudios como giran en torno del sol los satélites.

Así se explica la situación deplorable de la sociedad y las nubes preñadas de tormentas espantosas que se ciernen sobre ella. Hay que dar pan a las muchedumbres: Jesucristo hasta tal extremo se compadecía de sus angustias, que se lo multiplicaba milagrosamente. Pero imítese a Jesucristo, que se lo acompañaba con palabras de vida eterna, con el pan espiritual sabrosísimo de su doctrina. Si dejamos que su corazón permanezca vacío de fe, en vano será que procuremos llenárselo con todos los tesoros de la tierra. Nunca estará satisfecho y tranquilo, y sus agitaciones bruscas e impetuosas pondrán horror al mundo.

Infinitamente más que el alimento que nutre a la carne vale el alimento de que vive el espíritu. ¿Qué cosa mejor podríamos hacer por nuestros hermanos los pobres que iluminar su entendimiento y caldear su corazón, mostrándoles la hermosura y bondad de un Dios hecho hombre, y levantar su frente del polvo de la tierra a la contemplación de las lejanías deslumbrantes del Cielo, donde los desheredados de la fortuna pueden tener por herencia la posesión del universo transfigurado gloriosamente?

Si queremos de veras la paz social, el mantenimiento del orden, la sujeción a los poderes constituídos, la mejora de las clases proletarias y el adelanto público mediante fórmulas de concordia y evoluciones legítimas, sin trastornos sangrientos ni represalias injustas que retrasen la marcha de la civilización, opongamos a las hojas efímeras de los diarios demagógicos las hojas del eterno Catecismo, vivificadas por la explicación oral, perfumadas por el amor hacia aquellos a quienes adoctrinamos, resplandecientes por nuestro espíritu de abnegación y de sacrificio en favor de los que trabajan como trabajó nuestro Dios, el humilde obrero de Nazaret.

A los que lágrimas de sangre lloran entre las garras de fiera tribulación mostrémosles la página del Catecismo desde donde la beatitud y los consuelos eternos se descubren; a los que ven cerradas a la esperanza todas las puertas y ennegrecidos en lo futuro todos los horizontes, repitámosles la oración que pronunció Jesús enseñándonos a pedir confiadamente al padre de todos que tenemos en los Cielos; a los que tascan impacientes el freno de la autoridad y de la ley, prontos a saltar las vallas de todos los respetos y de todas las conveniencias sociales, sin más guía que la satisfacción de las propias pasiones y apetitos, léanseles las penas contra los transgresores de las ordenanzas divinas.

En las antiguas religiones reservábanse los templos no más para el sacerdocio, y la sacra liturgia encerraba múltiples sentidos, para los no iniciados enteramente ocultos. Nuestras iglesias son tan amplias cuanto se necesita para que a ninguno, por falta de espacio, se excluya, y los misterios divinos, que se celebran a vista de todo el pueblo, se exponen en las hojas catequistas, que quisiéramos de nadie fuesen desconocidas ni olvidadas. En ellas hay bálsamo para todas las heridas, lenitivo para todas las congojas, medicina contra todas las enfermedades, y claridad para todas las dudas, y fuerza para todas las elevaciones, y ánimo en todas las desgracias, y dulce y confortadora resignación ante los más negros, terribles infortunios.

Fórmulas las suyas breves, precisas, transparentes, populares, no tienen nada del hieratismo de las religiones gentiles. No está su mérito en la combinación cabalística de los vocablos, sino en la comprensión racional de las ideas, fecundas y salvadoras. Por eso, si nosotros deseamos que se decore de memoria el Catecismo, no lo tenemos, ni mucho menos, por suficiente. Es preciso apropiarse sus pensamientos y madurarlos, rumiarlos con la reflexión hasta que se asimilen a la inteligencia. Cuanto más en ellos se ahonde, con mayor ímpetu saltan las refrigerantes corrientes de la eterna sabiduría.

De muy menuda simiente, decía Cristo en una de sus preciosísimas parábolas, surge el árbol frondoso en cuyas ramas hacen nido las aves del Cielo y a cuya sombra vienen a guarecerse las bestias de la tierra. Por semejante modo las cortas frases del Catecismo encierran en sí la materia de muchos libros abultados, y más difícil que trabajar éstos sacando sus materiales de las canteras catequísticas, fué, sin duda, el contraer a tan breve espacio, sin perjuicio de la claridad y de la exactitud, lo que puede extenderse y dila-

tarse por los cauces amplísimos de la literatura teológica. Empresa ardua no menos que provechosísima, ordenar, poner en método y reducir a sumas y epítomes las numerosas variadísimas enseñanzas de la Teología dogmática y de la moral, no lo es menos llevar la abreviación y el compendio hasta los límites de un Catecismo, y esto, como en el de Astete, conservando tal pureza y corrección el lenguaje, que se hace merecedor de ser citado por la Academia Española entre las autoridades para la formación del Diccionario.

Como el profeta, para resucitar al niño, al echarse sobre él, debió encorvarse y encoger los miembros de modo que se acomodaran a su pequeñez y flaqueza, así gigantes de la Teología expresan sus conceptos en forma adecuada a la débil inteligencia de los párvulos, y a los diversos grados de su desarrollo sucesivo, y a la rudeza de los adultos de escasa instrucción; y legiones de sagrados pedagogos continúan la obra, edificando espiritualmente, según las circunstancias, sobre tan firmes fundamentos, fijando bien el sentido de las palabras, aclarando las ideas, ampliando la doctrina en sus legítimas deducciones y enlaces, presentándola en figura o en vida y movimiento a través de la Historia y llamando la razón en auxilio de su hermana la fe para que demuestre los motivos de credibilidad ante toda inteligencia recta no preocupada.

Entre los antiguos, el sacerdocio era una casta o un privilegio de ciertas tribus o familias.

Entre nosotros, la vocación para ejercerle la da Dios a quien le place, y algunas de sus funciones en cierto modo están abiertas y libres a la actividad y celo de cualquier cristiano. "Enseñad a todas las gentes", dijo Jesús a los que llamó a la gracia del apostolado; y esa misma orden de enseñar repite hoy a cuantos distribuye las facultades precisas, no para tenerlas ociosas, sino para emplearlas en beneficio de los hermanos que de ellas carecieren. La Iglesia funda Congregaciones religiosas de catequistas que no son eclesiásticos; y, últimamente, hemos visto cómo las damas se asocian para catequizar a los obreros con su bendición y aplauso más entusiasta.

Enseñar al que no sabe lo pone el Catecismo entre las obras espirituales de misericordia, y su merced sobre las estrellas inextinguibles del cielo la suben las Santas Escrituras. Aquí mismo, en esta vida, principiase ya a gozarla con la satisfacción interior, con el testimonio de la propia conciencia. Ninguna dignidad más alta que la de ser coadjutores de Cristo, auxiliares de Cristo, continuadores de

su obra, partícipes de su misión entre los hombres, haciendo que no deje de resonar su palabra en el mundo y conduciéndola a lo interior de las almas sumidas en la cárcel oscura de la ignorancia o de la preocupación y hambrientas del pan de saludable doctrina.

A grandes males, grandes remedios. A proporción de los peligros han de ser los trabajos que se realicen para hacerles frente. Siglo el actual de profunda y extensa ignorancia teológica, hacíase preciso esforzarse en que fuese también el siglo de la enseñanza catequística racional, fundamentada, pedagógica, digna de su naturaleza y objeto. Cuando la Reforma, malamente así llamada, amenazó con invadir todos los pueblos cristianos, Pío V publicó su Catecismo para los sacerdotes, compendiando a maravilla los argumentos con que defender la Iglesia contra los embates del Protestantismo, que apenas dejaba intacto ningún dogma. Hoy que el enemigo es la indiferencia religiosa, favorecida por prejuicios en todo lo que al orden sobrenatural atañe, Pío X, de santa memoria, nos ofrenda su Catecismo para los fieles, dechado de precisión y de método, y proclamó en la admirable Encíclica *Acerbo nimis* una nueva cruzada, la cruzada del presente tiempo, la conquista, no del sepulcro de Cristo, de las almas con la sangre de Cristo redimidas, a las que hay que redimir también de la parálisis y de las tinieblas.

Por favorecer a las multitudes hemos de recurrir a la aristocracia espiritual, a los entendimientos más próceres y mejor cultivados, a fin de que nos ayuden en la empresa de cristianizar, de evangelizar al pueblo, que se va olvidando de su verdadero Redentor, seducido por quienes, en vez de prosperarle y subirle, buscan no más el propio medro y lucro.

Por esta triunfal senda nuestra nación será digna de volver al rango que tuvo cuando se la llamaba con razón *un pueblo de teólogos*.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ,

Arzobispo de Tarragona.

FRAY FELIPE DE MENESES

CAPITULO I

LAS CITAS CERVANTESCAS.—PATRIA Y PROSAPIA DE MENESES.—SU PROFESIÓN RELIGIOSA.—SU DISCIPULADO Y MAGISTERIO EN SAN GREGORIO, DE VALLADOLID. — SU LABOR LITERARIA. — SU ACTUACIÓN SANTIFICADORA.—EL “GERUNDIANISMO” EN EL SIGLO XV.

Tuvo esta singularidad, entre otras eminentísimas dotes, el Príncipe de los Ingenios españoles, que, sin él percatarse, ni menos intentarlo, comunicó el privilegio de la perenne supervivencia literaria a la innúmero falange de escritores cuyos nombres subrayó benévola su áurea pluma. Ha bastado no más que una cita, a veces caída así como al desgaire, una mera alusión cervantesca a determinado personaje, quier noble o ya plebeyo, para que, en torno de su nombre, por ventura anónimo—si se sufre la paradoja—, hayan surgido interesantes monografías biográficas y bibliográficas, con que se ha acrecentado el caudal, no muy abundoso, de nuestra historia literaria. ¡A cuántos poetas mediocres, humildísimos, que inadvertidos pasaron ante sus coetáneos, no ha salvado del olvido el feliz encuentro que con ellos hizo en su *Viaje del Parnaso* el César Caporali español! Bien puede afirmarse que fué la pluma del Manco sublime de Lepanto a modo de vara taumatúrgica que separó las aguas, siempre raudas y turbias, del Lete, de manera que lograran pisar la tierra prometida de la inmortalidad literaria no exigua muchedumbre de claros varones, con cuyo dulce trato familiar, por dicha nuestra, hoy podemos gozarnos.

De mí sé decir—viniendo ya a mi caso—que me ha movido a escribir este ensayo histórico una cita cervantesca. Porque cuantas veces mis ojos posaban en aquel episodio, que narra el escritor sin par, cuando el Ingenioso Hidalgo vió corregir en una imprenta de Barcelona “un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*”, sentía yo siempre muy vivo deseo de dar con aquel libro místico o ascético y saber algo de su autor, por

mí entonces desconocido. Y a fe que no era liviano aquel deseo, más vehemente y más ardoroso según que los días pasaban. Porque me decía yo a mí mismo: por los días, en que Cervantes llevó a su loco inmortal a la hermosa Ciudad de los Condes, brotaban de las prensas españolas miriadas y miriadas de obras de la más alta doctrina espiritual, como no las ha producido jamás nación alguna, ni en calidad ni en número—que de ellas bien puede decirse *ponderantur et numerantur*—. Ya el mismo don Quijote afirmó este fenómeno bibliográfico cuando dijo (1):

“Estos tales libros, *aunque hay muchos deste género*, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.”

Pues, si entre el número incontable de libros españoles de carácter religioso, que por aquel entonces se dieron a los tórculos, tan sólo *Luz del alma* mereció que don Quijote lo viese imprimir, méritos bien relevantes ha de tener, sin duda alguna, ese libro tan singularmente privilegiado.

En esto un día y otro pensando, me di, por fin, a huronear en Bibliotecas públicas y privadas, hasta que logré dar con el codiciado libro.

Confieso que comencé a leer la obra de Meneses con afecto reverencial, casi con espíritu de veneración, como reliquia cervantina—que por tal me plugo deputarla—, y, como iba leyendo aquel libro tan sugestivo, tan sincero, tan ameno—a pesar de la grave austeridad de sus enseñanzas—, vine luego en ganas de revolver añejas Crónicas y hacer las más diligentes y porfiadas pesquisas en diferentes Archivos, por ver si conseguía indagar algo referente al meritísimo religioso dominico que tal libro escribió. No ha sido tan ubérrimo cual yo anhelara el fruto de mis búsquedas biográficas; pero sí lo bastante para que otra pluma, mejor tajada que la mía, pudiera bosquejar, con justeza de parecido, el retrato de aquel ejemplarísimo religioso de cuyo vigoroso ingenio brotó, en buen hora, *Luz del alma*.

A este intento va enderezado el ensayo histórico que comienzo a escribir. Y también, ¿por qué no decirlo?, con el fin de pagar—siquiera sea no más que *con el cornadillo de la viuda*—una deuda más de gratitud que con Cervantes tengo contraída, ya que él fué quien me hizo con la buena ventura de conocer a fray Felipe de Meneses, varón de ínclita prosapia, religioso de eximia virtud y de muy acrisolado españolismo, grave y austero moralista, castizo y profundo escritor, injustamente preterido por los historiadores de nuestra Literatura patria y que, de hoy más, debe salir de esa desdeñosa penumbra, si ya no sombra de ostracismo, en que ha estado envuelto por tres largas centurias.

* * *

(1) Cervantes: *El Ingenioso Hidalgo*, parte II, cap. LXII.

Fué en la histórica ciudad de Trujillo donde rodó la cuna del insigne religioso dominico fray Felipe de Meneses. Afirmanlo unánimemente los cronistas de la ínclita Orden dominicana (1), y confírmalo el mismo Meneses, con su propio testimonio, en un documento memorable, hasta hoy inédito, de inestimable valor histórico, según más adelante parecerá (2). Dice así:

“Yo, fray Felipe de Meneses, fraile profeso de la Orden de Santo Domingo y natural de la misma cibdad de Trujillo... vine a esta cibdad el año de mil y quinientos y cincuenta y tres.”

Pero, si bien nos es conocido su solar nativo, ignórase cuándo, por vez primera, abrió sus ojos Meneses a la luz de la vida. Nada nos dicen, acerca de este particular, las historias dominicanas. Por otra parte, los libros parroquiales de Trujillo no se remontan más allá del 1520. Ni es sólo esto, sino que han desaparecido los *Libros de Profesión* que, con toda diligencia, se llevarían en el convento de la Encarnación, en los cuales se registraría, a buen seguro, la fecha de su nacimiento, juntamente con los nombres de sus padres, al extenderse la partida de su profesión religiosa (3).

No es posible, hoy por hoy, como se ve por lo que dicho queda, saber con exactitud cuándo nació el austero fraile dominico. Pero, si no tan exactamente como deseáramos, no es difícil calcular la fecha aproximada de su nacimiento, basándonos en la declaración por él prestada ante el Tribunal de la Inquisición, en el proceso que se seguía en Valladolid

(1) Los historiadores dominicos han despachado en pocas líneas los días llenos, si vale decirlo así, que, en su Orden, vivió el noble fraile extremeño. El que menos sumariamente indicó—iba a decir *narró*—los episodios más culminantes de su vida fué Arriaga, en su *Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid*. Véase lo que dice, a este propósito:

“La nobilísima ciudad de Trujillo, clara en varones ilustres, nos dió de su nobilísima y clara sangre al Maestro Fray Felipe de Meneses.” (Arriaga, *Historia de San Gregorio*, Ms., tomo II, libro V, pág. 684.) Consérvase este Ms. en el Archivo de la Diputación provincial de Valladolid.

(2) El documento a que se alude es la *Crónica de la Pacificación de los Bandos de Trujillo*. Todo aquel interesantísimo relato está escrito de puño y letra de Meneses, y pára hoy en el Archivo de la Catedral de Plasencia. Intitúlase *Paces entre los dos Bandos de Chaves y Vargas, de Trujillo, y demás linajes nobles de sus parentelas*. Debo copia de este Ms., cuya importancia por sí mismo se encarece, al muy ilustre señor don Eugenio Escobar y Prieto, deán de la Catedral placentina. Muy gustoso aproveché esta coyuntura para manifestar mi más profunda gratitud a mi docto y cordial amigo, diligentísimo recopilador y anotador de incontables documentos inéditos referentes a la historia civil y eclesiástica de los Obisposados de Coria y Plasencia.

(3) Aludo a los *Libros de Profesión*, de la época en que Meneses vestiría el blanco cendal dominicano. El más antiguo de los *Libros de Profesión* del Convento de Trujillo comienza en 1537. Tuvo, pues, que profesar Meneses antes de esta fecha. Mas diré: debió de estar, por aquellas calendas, en otro Convento—en el de Plasencia tal vez—pues no aparece jamás, ni como testigo, en ninguna de las profesiones que se celebraron del 1537 al 1540.

contra el cardenal de Toledo fray Bartolomé de Carranza, de quien fué Meneses muy leal y muy probado amigo, según más tarde veremos. Dos veces, cuando menos, declaró en aquel prolijo y enfadoso proceso, y en una de ellas, que fué a 29 de diciembre de 1559, respondiendo a las preguntas generales, confiesa ser *de edad de cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años, poco más o menos* (1). Si, pues, en los acabijos del 1559 tenía cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años—es decir, cerca de los cuarenta y cinco—, tuvo que nacer entre el 1514 y el 1515. He ahí lo que, por ahora, se puede conjeturar en torno a la fecha en que nació el noble dominico trujillense.

* * *

Coinciden todos los historiadores, por lo que a su alcurnia toca, en que por las venas de Meneses corría sangre de la más rancia prosapia extremeña. En la historia de Extremadura no comienza a figurar el claro linaje de los Meneses si no es en 1254, que fué justamente cuando don Alfonso Téllez de Meneses repobló a Alburquerque y a Meneses, en tierra de Campos este último. Desde esa fecha este noble apellido aparece inseparablemente asociado a todas las empresas, fastas o nefastas, de la región extremeña. Fué don Fernando de Meneses, héroe invicto en la memorable jornada del Salado, quien hizo de Trujillo el solar de su estirpe nobilísima (2), y fué por entonces cuando la ilustre sangre de los Meneses

(1) Volvió a prestar declaración jurada, en el mismo proceso inquisitorial, "en la villa de Valladolid, a nueve días del mes de Setiembre de mill y quinientos e sesenta y dos años", siendo Regente del Colegio de San Gregorio, "e dixo qu' es de edad de cuarenta e siete o cuarenta y ocho años, poco más o menos". Sale, según se ve, la misma cuenta que la deducida en el texto.

(2) Según advierte el clásico genealogista Salazar, al historiar la Casa de Silva, Fernando de Meneses, caballero portugués, pasó a Castilla con el propósito de pelear bajo las banderas de Alfonso XI, mostrando gran denuedo en el glorioso combate del Salado. Casó con Teresa Alvarez de Vargas, hermana del deán de Talavera, García de Vargas. Hijo de éstos fué Juan de Meneses, que casó con Inés de Guzmán. Por testamento otorgado en 1401 en Hinojosa, aldea de Trujillo, se sabe que tuvo una hija—amén de un hijo, por nombre Fernando—, a la cual dejó mucha hacienda, con intento de que entrara monja en el convento de San Benito, de Talavera, en donde el noble Meneses dispuso se le enterrara. Fernando de Meneses y Guzmán casó en Trujillo con María García de Orellana, hija de Diego García de Orellana, el Rico, señor de Orellana la nueva, o de la Sierra, y de Teresa Gil. Fundaron muy pingüe mayorazgo. Fernando fué enterrado en la capilla que tienen los de este linaje en el Monasterio de Guadalupe. Nació de este matrimonio—a más de don Juan de Meneses, obispo que fué de Zamora—don Francisco de Meneses, regidor de Talavera, que casó con Elvira de Toledo, hija de Pedro Suárez de Toledo. Fué hija de éstos Teresa de Meneses, que casó con Rodrigo de Orellana, VI señor de Orellana, de quien proceden los Marqueses de dicha casa. Según se colige del *Nobiliario de Trujillo de Fernando Martínez Calero*—precioso Ms. que obra en poder del señor Escobar y Prieto—, de este matrimonio nacieron: doña Elvira de Meneses, esposa de don Fernán, Duque de Estrada, corregidor de Córdoba y maestresala de los Reyes Católicos; Juan Duque, quien casó con doña Isabel de Portocarrero, hermana del ter-

comenzó a cruzarse con la no menos ínclita de los Vargas, Chaves, Orellanas, Mexías, Contreras y otros egregios linajes trujillanos.

El mismo Martínez Calero, en su precitado *Nobiliario de Trujillo*, hace constar que *Juan de Meneses* casó en Talavera con *doña Jimena Álvarez de Orellana*, hija de Alonso García de Vargas y de *doña Marina Álvarez de Orellana*. Jimena otorgó testamento en Trujillo en 28 de diciembre de 1519, y mandó ser enterrada en el sepulcro que la familia de los Vargas tiene en la iglesia de Santa María. Al reparar en la cercanía de esta fecha testamentaria con la del 1514, he dado en imaginar si nacería de esta esclarecida pareja trujillense el virtuoso fraile dominico.

Está fuera de toda duda que fué hijo del Convento de la Encarnación, que la Orden de Santo Domingo tenía en la ciudad de Trujillo (1), si bien desconocemos la fecha de su profesión religiosa (2).

Sólo esto tenemos por averiguado, en vistud del testimonio de Arriaga, que en 26 de octubre de 1540 juró los Estatutos del Colegio de San Gregorio en concepto de colegial por el Convento de Lugo (3).

El Colegio de San Gregorio de Valladolid, más mentado y conocido hoy por su valor artístico que por su antigua grandeza histórica, fué, un tiempo, taller de aprendizaje de los más eximios ingenios dominicanos. Vino a ser aquel glorioso Colegio, conforme a los planes del fundador y merced a varias circunstancias históricas que sería prolijo referir, el

cer Conde de Medellín; *Juan de Orellana, el Bueno*, señor de dicha villa, que casó con *doña María de Mendoza*; Hernando de Toledo, que murió desastradamente en Ibañero a manos de su enemigo García de Vargas, y *doña María de Sotomayor*, esposa de *Diego García de Paredes*, llamado *el Sansón extremeño*.

(1) De este convento dominicano existe una *Historia* escrita por fray Juan de Mondragón y terminada en 21 de junio de 1605. En ella se lee:

"Ha tenido este Convento hijos muy principales. Uno es el *P. Maestro Fray Filipe de Meneses*, natural de la mesma ciudad de Truxillo y de los nobles de ella, insigne en letras y religión..."

Posee este inestimable autógrafo—todo él, desde la cruz a la fecha, está escrito de puño y letra del padre Mondragón—el señor Escobar y Prieto, a cuya noble bizarría debo varios apuntes de este interesante Ms.

(2) Según indicamos más atrás, debió de hacer su profesión religiosa antes del 1537, año en que da comienzo el primer *Libro de Profesiones* celebradas en el Convento de la Encarnación de Trujillo. Esto y no más es lo que puede afirmarse cerca de este episodio trascendentalísimo, que forma época en la vida de Meneses.

(3) Confírmase el aserto de Arriaga con el testimonio del propio Meneses. Declarando en la causa seguida contra el Arzobispo de Toledo, dice, a 9 de septiembre de 1562, "que conoce al dicho Reverendísimo Arzobispo de Toledo, *de veinte e dos años a esta parte, de trato e conversación*, aunque antes le conocía de vista e haberle hablado alguna vez". Estos veintidós años harto se entiende que se refieren a la época en que convivió con Carranza en el Colegio de San Gregorio. Antes le había visto y hablado alguna vez; pero no había frecuentado su trato como desde que, en el nada exiguo período de veintidós años, cultivó y gozó su amistad, particularmente, cuando convivieron en el Colegio valisoletano de San Gregorio.

Noviciado, digámoslo así, científico de los teólogos dominicos españoles, o, si se quiere, la Gran Universidad dominicana.

Desde este punto de vista, fuerza es confesar que el Colegio valisoletano de San Gregorio no sufre el cotejo con ningún otro convento de la Orden de la Verdad, así de dentro como de fuera de España, sin excluir la Minerva de Roma ni San Esteban de Salamanca. Por las aulas académicas de San Gregorio pasaron—ya sentándose, cuando mozos, en los escaños, o bien ocupando más tarde las codiciadas cuanto honrosas cátedras de Prima o de Vísperas, en Artes, en Filosofía, en Teología, en Sagrada Escritura y en Derecho canónico—todos los sabios dominicanos, pocos o muchos, que en España han sido.

Cierto que, en los fastos de la Teología española, brilla con más radiantes fulgores el Convento de San Esteban; pero ¿quién desconoce que la causa de tan relevante y gloriosa prelación fué justamente la de haber estado vinculada la fama teológica del Convento salmanticense a la intensa y perenne celebridad de la Universidad salmantina, cuyo renombre aún resuena, con ecos de gloria, más allá de los montes y de los mares?

Nutriase el Colegio de San Gregorio con la flor de la juventud estudiantina dominicana. Tenían derecho todos los conventos de la Orden a enviar sendos coristas a San Gregorio, y harto se entiende que habían de elegir al que hubiese demostrado más idoneidad para el cultivo de las ciencias sagradas. Tanto más habían de ser extremadamente escrupulosos en la elección y selección de los candidatos, cuanto que los coristas becarios, antes de ser admitidos al disfrute de las becas, tenían que sufrir muy duro y muy recio examen ante severísimo tribunal, constituido por catedráticos del Colegio de San Gregorio. ¡Cuántos coristas no tuvieron que tornar a los conventos de su filiación rumiando las hieles amarguísimas de la reprobación *post demerita non praevisa* y del bochornoso vencimiento en aquel formidable estadio de San Gregorio, verdadero *foro agonal*, en donde luchaban, como denodados atletas, los juveniles ingenios dominicanos con los más famosos sabios de la Escuela, curtidos por el sol de cien victorias!...

Esto apuradamente debió de acaecer el año de gracia de 1540 con el corista becario del Convento de Lugo, por cuanto que, según nos cuenta Arriaga, fué Meneses a San Gregorio representando el Convento gallego, que no el suyo de Trujillo. Y es que estaba estatuido que, cuando quiera que un Convento no pudiese o no quisiese enviar ningún corista conventual suyo, por becario a San Gregorio, tenía, en todo caso, derecho a nombrar uno de otra filiación para que disfrutase la beca vacante, llevando la representación del Convento que le había elegido (1).

(1) El presentar los conventos coristas de distinta filiación para becarios de San

Fué gran fortuna para Meneses el alcanzar los días en que, con más esplendor, fulguró el sol de la ciencia teológica en el Colegio de San Gregorio. Justamente en los años en que él frecuentaba las renombradas aulas valisoletanas ocupaban las cátedras teológicas Cano y Carranza, y, a par de él, se sentaban, en los humildes escaños de los alumnos, fray Pedro de Sotomayor, catedrático de Prima, de Teología, en la Universidad de Salamanca; fray Juan de la Peña, catedrático de Visperas, de Teología, en la mismo celeberrima Universidad salmanticense; fray Juan de Villagarcía, catedrático de Oxonia, en Inglaterra; fray Ambrosio de Salazar, que leyó las sustituciones de Prima, en Salamanca por fray Domingo de Soto, luego de ser jubilado..., y otros muy lozanos ingenios que difundieron la luz del saber teológico en las más famosas Universidades del Viejo y del Nuevo Mundo.

Cinco lustros tendría, poco más o menos, cuando comenzó Meneses a disfrutar la beca del Convento de Lugo en el Colegio de San Gregorio. Para entonces puede darse por seguro que había terminado en su Convento de Trujillo los estudios eclesiásticos, de modo que a San Gregorio marcharía, no con otro fin que el de ampliar y perfeccionar sus conocimientos teológicos y exegéticos.

Su discipulado científico en San Gregorio no pudo pasar, según después veremos, más allá del 1544; siempre que no alternase, que bien pudo acaecer, las tareas escolares con las del magisterio. Pudo, pues, seguir las luminosas explicaciones del insigne autor *De Locis Theologicis* en todo el glorioso trienio que duró su regencia teológica en San Gregorio, por nadie tal vez superada, pero ni quizás igualada. De Carranza fué por más tiempo discípulo; cuatro años, de fijo; seis, por ventura—admitida la hipótesis de la alternancia del discipulado y del magisterio—, como quiera que la regencia teológica del infortunado Arzobispo de Toledo abarca del 1540 al 1546 (1).

* * *

Gregorio, obedecía, no infrecuentemente, a que se consideraba agraviado el convento cuyo corista no había salido airoso en la dura prueba del examen preliminar. Es por eso que, ya en son de protesta, o bien para no exponerse de nuevo a sufrir el bochorno de ver suspendido otro escolar de su convento—como lo sería probablemente, ya que había de ser, a buen seguro, inferior en talento y en cultura filosófica al que acababa de ser reprobado—, elegían y presentaban otro estudiante, el que más le pluguiera, de cualquier otro convento. De ahí es que, mientras de algunos conventos no había becario alguno en San Gregorio, otros, en cambio, tenían dos y aun más.

(1) Desde luego se puede asegurar que, en el curso académico del 1544 al 1545, Meneses era aún discípulo de Carranza. El diligente biógrafo Salazar de Mendoza dice, acerca del magisterio de Carranza, lo que sigue: "Después que vino de Roma el Mtro. Fr. Bartolomé de Carranza [vino a fines de septiembre del 1539], prosiguió en su regencia mayor del Colegio de San Gregorio, leyendo las Teologías escolástica y positiva. Duróle esta ocupación por otros seis años continuos, y, el último, leyó al Profeta Isaías." Pues este postrer año asistió Meneses a la cátedra de Exégesis

Del aprovechamiento científico de Meneses nada nos dicen los cronistas en sus pocos relatos; pero sin duda que el más brillante suceso coronó sus estudios teológicos, por cuanto que, al finiquitar su carrera, pasó, sin el más leve intervalo, de los escaños del alumno al encumbrado sitial del catedrático.

No se puede por menos de fijar en 1544 la fecha en que dió comienzo a su gloriosa carrera del profesorado, como quiera que, en el Capítulo Provincial celebrado en Segovia el 2 de febrero de 1550, fué pedida para él la Presentatura, la cual fuéle otorgada por el Capítulo General celebrado en Salamanca el 17 de junio de 1551 (1).

En todo este período desempeñó Meneses el cargo de *Lector extraordinario*, conforme al testimonio de Arriaga (2). Hasta que en 1553 fué nombrado *Regente de Estudios* en Trianos, permaneció Meneses en San Gregorio desempeñando primeramente el oficio de *Lector extraordinario* y más tarde el de *Regente de Artes* (3), y, juntamente con estos cargos escolares, el honroso y arduo oficio de Consiliario (4).

biblica, que Carranza explicaba. Afírmalo en la citada declaración. Dice así: "...venido el dicho Reverendísimo Arzobispo del Capítulo [general], continuó sus lecturas de Teología por algunos años; e que leyó *Sagrada Escritura*; e señaladamente se acuerda que leyó el profeta Esaías, con gran aplauso e concurso de gentes. E que este testigo era uno de los oyentes; el otro era el Maestro Fr. Juan de la Peña, e de otros no se acuerda bien, en particular."

(1) Está prescrito en las Constituciones de la Orden dominicana que, para ser investido un religioso con el título de *Presentado*, ha de haber ejercido el oficio de *lector* o catedrático seis años, cuando menos.

El título de *Presentado* viene a ser algo así como el grado académico de nuestra *Licenciatura*. Corre a cuenta del Capítulo provincial designar los que, en toda la Provincia, estima dignos de este honroso título académico. Una vez elegidos los candidatos a la *Presentatura*, elévase la propuesta al Capítulo general, o bien al Reverendo Padre General, suplicándole se digne aceptarla y ratificarla. Queda a su alto criterio confirmar o recusar la propuesta de los candidatos propuestos o presentados por el Capítulo provincial.

(2) Este cargo, así como el de *Regente menor*, era conferido por el Rector y Consiliarios de San Gregorio. Era muy semejante este oficio al de *auxiliar* en nuestros Institutos y Universidades; sino que, sobre correr a cuenta del *lector extraordinario* el suplir al regente o catedrático propietario en ausencias y enfermedades, solían encomendarle alguna otra asignatura que no estuviese incluida en el Plan de Estudios vigente en aquel curso académico.

(3) Abarcaba la Facultad de *Artes*, en quella época, todos los estudios concernientes a la *Filosofía* en general, es decir, el *trivium* y el *quadrivium* de nuestras antiguas Universidades. Adiestrábanse en el cultivo de la Filosofía, preparándose, de este modo, para poder ser promovidos a la *Regencia* o *Lectura* de la *Sagrada Teología*.

Este solía ser, de ordinario, el curso ascensional en la que pudiéramos llamar alta jerarquía del magisterio dominicano: Primeramente, en San Gregorio, *Lector extraordinario*—o *Pretendiente*, según la nomenclatura de los Estatutos universitarios de Salamanca—, *Regente de Artes*, *Regente menor de Teología*, *Regente mayor de Teología*. Más tarde, en Alcalá: *Catedrático de Teología*—ya fuese de *Visperas* o bien de *Prima*—y *Catedrático de Sagrada Escritura*. Por último, en la Universidad de Salamanca: *Catedrático de Teología*, ya de *Visperas* o bien de *Prima*.

(4) Arriaga, que es el historiador menos parco de Meneses, no indica la fecha

Fueron, cierto, estos años los de más intensa laboriosidad científica de Meneses, ya que empleó sus talentos; no sólo en la explicación de sus cátedras de Filosofía, sino dejando correr su docta pluma en la composición de sus dos obras doctrinales: *Tratado de Sacramentos* y *Luz del alma cristiana*. Ni fué esto sólo, pues supo hallar tiempo, en medio de sus graves ocupaciones de índole científica, para ejercitarse, con fervores de neófito, en el ministerio de la santificación de las almas, así en la catequesis como en el confesonario y en el púlpito.

Danos a conocer Meneses este su continuo empleo en aprovechar las almas y ganarlas del todo para Cristo, durante el decenio que estamos historiando, en la Carta-dedicatoria dirigida al preclaro Obispo de Palencia, don Pedro de la Gasca, con la cual abre su libro *Luz del alma*.

Dice así Meneses:

"Algunos años ha, *creo siete o ocho*, que comencé a entender esta enfermedad, que es la ignorancia de las almas cristianas, y *he tratado, cuanto en mí es, de ayudarlas*, no con el espíritu y eficacia que quisiera y su necesidad pedía, sino con el que podía." (1)

Y no se crea que su acción santificadora se circunscribía al aristocrático confesonario de San Gregorio y a los encumbrados pulpitos de Valladolid, por aquel tiempo, corte de España, sino que se extendió por otras diócesis su celo de misionero apostólico y penetró en las más remotas y escondidas aldeas montañosas.

Dícelo bien claramente en el prólogo, antes citado:

"Pero, como haya poco tiempo que Vuestra Señoría tomó a su cargo estos enfermos, y no baste poco, no digo yo para curarlos, sino para conocer bien su gran dolencia, osaré suplicar a Vuestra Señoría que, en tanto que les toma el pulso, oya *al que se le ha tomado*, ya que no con tanto tiento y sabiduría como Vuestra Señoría lo hará, a lo menos con mediana atención y *larga experiencia, no de días, sino de años*."

Y en otro pasaje de la misma obra expone con más precisión y singularidad este aspecto de su celo apostólico, con que se daba *todo a todos*, sin excepción ni acepción de personas, por ganar a Cristo.

Véase en qué forma lo asevera:

"Si dixe algo que yo haya hecho o haré adelante, solamente será para dos efectos. Lo uno, para que sepan los cristianos que esto leyeren que no solamente los quiero ayudar con borrar papeles y con palabras, *sino con muchos trabajos y caminos y sermones* y avisos dados a aquellas personas que me parecía podían algo en este caso. Lo segundo, para

en que fué investido con la dignidad de Consiliario; sólo sí dice que fué "en la juventud escogido Consiliario del Colegio". Hay que colocar, por tanto, este noble empleo en la década por donde ahora andamos.

(1) *Luz del alma*, prólogo, fol. iv.

que el medio que aquí diere por único, o a lo menos por el más importante para remedio deste mal, vean que va fundado, no en imaginación o antojo, *sino sobre larga experiencia. En todo el tiempo arriba dicho he tratado de aprovechar a las almas ignorantes y enseñarlas, así por las montañas como acá dentro de Castilla.* Porque, como arriba está dicho, la experiencia nos ha mostrado *dentro de España haber Indias y en el riñón de Castilla montañas*, en este caso de ignorancia.” (1)

Harto se alcanza que buscando, como buscaba, almas que salvar, por entre los obscurecidos lugares y pueblos de las montañas, no había de lucir en sus pláticas y sermones las galas y adornos de la opulenta oratoria cortesana. La predicación de Meneses, por lo que él indica y a juzgar por lo que de sus libros puede colegirse, fué eminentemente catequística. No que le faltara al austero fraile dominico el raro y difícil talento de la persuasión, ni que estuviera privado de las dotes que constituyen el don privilegiado de la elocuencia; antes hartos se advierte, leyendo sus obras, cómo en las más de sus páginas fulgura la llama de su espíritu ardoroso y vehemente que, sobre ilustrar al entendimiento, induce a la persuasión en párrafos de enérgica, briosa y muy ferviente elocuencia, tal, que no es improbable afirmar que debió de ser su palabra—aparte el género catequístico—voz de trueno que troncha y arranca de cuajo los cedros del Líbano.

Tocóle vivir a Meneses, por dicha suya, en el áureo período de la oratoria sagrada española, cuando la elocuencia cristiana tocó las más altas cimas en este arte soberano de salvar las almas por medio de la persuasión. El mismo austero dominico pinta, con sobrias pero muy vigorosas pinceladas, este cuadro luminoso de la oratoria sagrada en aquellos remotos y dichosos días. Por cierto que en aquel sumarisimo examen de conjunto, en un inciso comparativo, como que indica que, en todo el siglo xv, debieron de estar tocados los predicadores acá, en España, de la peste del más hinchado y grotesco *gerundianismo*.

Véase cómo se expresa:

“No te digo, pueblo cristiano, que la doctrina que se te predica no es verdadero manjar del alma. No te digo que no es manjar sano de suyo, antes te confieso *que la doctrina que agora se predica en los pulpitos de España es la más grave y pura, sin errores, que se ha predicado de cien años a esta parte*; porque en otros tiempos *la doctrina era vanísima, fundada en sueños et imaginaciones, y mezclada con chufas y chocarrerías. Ya no hay nada desto, ni se verá en los pulpitos. Y si alguno se atreve a hacerlo, es tenido de todos por el que es razón que se tenga. Todos ya predicán el Evangelio, y sobre él cosas substanciales y graves. Y en esto no puedo negar que no se ha afinado la predicación y el oficio de*

(1) *Luz del alma*, pág. 24.

ella extrañamente. Por lo cual es de dar muchas gracias a nuestro Señor." (1)

No han llegado hasta nosotros, que yo sepa—y es muy para lamentarlo—, obras suyas predicables, que, a juzgar por la cálida y vehemente elocuencia que vibra en no pocas páginas de sus libros, habrían de ser dechados perfectísimos de oratoria sagrada, que bien pudieran ponerse a par de los de Avila y Granada, Estella y Cáceres, Cabrera y Gallo y de toda la nobilísima y nutrida falange de eximios oradores cristianos preteridos, desdeñados y ¡oh dolor! desconocidos, por ventura, de no pocos predicadores modernos, automáticos repetidores de los eximios conferenciantes de Nôtre-Dame de París.

CAPITULO II

ES NOMBRADO MENESES "REGENTE DE ESTUDIOS", EN TRIANOS.—LOS BANDOS DE TRUJILLO.—"HEMATOLATRÍA" DE LA RAZA.—LOS PRELIMINARES DE LA PAZ.—ACCIÓN PACIFICADORA DE MENESES.—"CAPITULACIONES DE LA PAZ."—FRUTOS UBÉRRIMOS DE LA PAZ.

Ocupado andaba Meneses en las empresas santificadoras, de que hemos hecho mérito, y en las graves tareas de la cátedra y del libro, cuando, en el Capítulo Provincial celebrado en Burgos el 22 de octubre de 1553, fué nombrado Regente de Estudios en Trianos (2).

Es fama que, en aquel convento, se cultivaban muy fructuosamente en aquella época los estudios teológicos. En todas las historias de la Orden dominicana es grato ver cómo se tributan largos y merecidos elogios a aquel centro cultural, el más importante que la Orden tenía en el antiguo reino de León. Y pues eran días aquellos de tanta intensión en el fomento de las ciencias eclesiásticas, como no la hubo jamás en nuestros patrios lares, y aun dudo que en ninguna otra nación, no es posible sino que pusiesen toda diligencia en escoger y descoger los más bizarros ingenios, los más diestros y experimentados en las lides científicas, para encumbrarlos a las cátedras y regencias de la Orden. Sin duda debió Meneses de acreditar en San Gregorio su notoria aptitud, no sólo para la enseñanza, sino, lo que es más, para el difícil arte de la metodología científica, entonces más difícil por cuanto que las más de las ciencias sagradas se hallaban—valga la frase—en estado constituyente.

No más que un bienio pudo desempeñar Meneses la Regencia de Estudios en Trianos, como quiera que en 1555—presumo que por octubre,

(1) *Luz del alma*, pág. 32.

(2) El oficio de Regente de estudios equivale al de Rector de Universidad y al de Prefecto de Estudios en nuestros Seminarios Conciliares. Este cargo, por aquel entonces, era de duración indefinida. Hoy suele durar siete años.

al dar comienzo las tareas escolares—era ya Regente de Teología en el Colegio de San Gregorio (1). Durante este tan breve espacio de tiempo no es aventurado conjeturar que, en el retirado Convento leonés, seguiría alternando sus sagrados ministerios de confesonario y de púlpito con la cotidiana labor de la cátedra. Y más de una vez, según de sus propias indicaciones se colige, realizaría apostólicas incursiones por las ingentes y aspérrimas montañas que, desde su celda monacal, continuamente contemplaría con aquella mística mirada del divino Maestro cuando, sentado sobre el brocal del pozo de Jacob, clavadas sus pupilas en la feraz campiña que, en torno a la gran metrópoli samaritana, se extendía, decíales a sus discípulos: “Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse.”

Este su acostumbrado género de vida en Trianos—de labor científica y de actuación santificadora de las almas—rómpele inopinadamente con un suceso que forma época, más que en su vida, en la historia de su ciudad solariega, adonde su celo por la gloria de Dios, juntamente con su ardoroso patriotismo, le llevó, por dos veces, con el nobilísimo intento de pacificar los bandos que entonces, con más braveza y más saña que nunca, arroyaban con sangre noble y plebeya la histórica ciudad de Trujillo.

No es nuestro intento, sobre que nos alejaría extremadamente, aun corriendo veloz nuestra pluma, historiar aquellos revueltos bandos que, nacidos poco después de la Reconquista, tan hondas y tan intrincadas raíces echaron, como que aún retoñaban, con la más pujante y vigorosa lozanía, por los días que alcanzó Meneses, dando lastimoso ejemplo, y tal vez único, en la Historia patria, de tan luctuosa supervivencia. ¡Raza singular aquella de Trujillo, verdaderamente *hematófila*, si es que no *hematólatra*, que, no contenta con derramar su sangre siempre hervorosa, con heroica prodigalidad, combatiendo por su Dios, por su Patria y por su Rey, así en el viejo Continente como en las pampas vírgenes de América, aquí, en su noble solar, vertía a raudales, fertilizando así, con aquel tan copioso y perenne riego, las viciosas cizañas de la discordia más que civil que por tanto tiempo allí se había enseñoreado! ¡Discordia, cierto, *más que civil*, puesto caso que aquellas tan bravas y enconadas banderías penetraron, según el mismo Meneses lo cuenta, en los asilos de los religiosos, turbando y perturbando la paz de los Conventos!

Harto se comprende que el virtuoso dominico había de acometer esta empresa de la pacificación de los bandos de Trujillo con más celo y más interés espiritual que ninguna otra de su apostólico ministerio. Por

(1) Este título de Regente en San Gregorio aparece en la portada de la edición de *Luz del alma*, impresa aquel año en Valladolid.

muy sincero que sea el renunciamiento de todo afecto de patria y familia que el religioso hace, y por muy ferviente que sea el proselitismo cosmopolita de las almas que anima al apóstol cuando abandona el solar nativo y, salvando la pavorosa inmensidad de los mares, penetra hasta el corazón de las Indias en busca de almas que ganar para Cristo, no es posible que llegue a extinguir del todo aquellos otros nobles y santos afectos en él congénitos y consubstanciales. Por eso es—a lo que yo pienso—que el varón apostólico, consagrado al laboreo espiritual de las almas, anhelará vehementísimamente que sean más fértiles, más feraces, más productoras las besanas que se tienden en redor de la humilde o quier suntuosa Iglesia, en la cual él renació, por dicha suya, a la vida de la gracia, que no ninguna otra de la cristiandad. Y esto acaeció justamente con la obra pacificadora del fervoroso dominico en su ciudad nativa.

Por gran fortuna nuestra, fué Meneses puntual cronista de esta empresa de pacificación. Y, cierto, es un documento, el que nos dejó escrito de su puño y letra, de inestimable valor histórico, y aun pudiera decirse que no deja tener verdadera importancia para nuestra arqueología jurídica, ya que hay en él datos preciosos sobre instituciones sociales y Derecho usual de aquella época.

De la causa ocasional que le impulsó a ir a su pueblo nativo para sosegar aquellas turbulencias, nada dice. Véase, con todo, cómo refiere los preliminares de su actuación:

“...Doliéndome de los muchos y grandes males que de aquella discordia se seguían, de ofensas de Dios Nuestro Señor, hecha ya ley de ellas y casi vueltas en naturaleza, por rencores y odios, y malas palabras, y peores obras, y aun muertes, y continuo peligro de ellas, como también por las miserias que ellos mismos padecieron de trabajos, peligros y gastos con las justicias; y esto todo, lo uno y lo otro, no solamente en los mayores, sino en todo el pueblo, unos por obligación particular, otros por afición a la una u otra parte, inficionados de esta pestilencia, *me determiné, en el nombre de Dios y con su ayuda y favor; buscar el remedio y procurarle.* Con esta determinación vine a esta ciudad el año de mil y quinientos cincuenta y tres, y comencé a tratar de ello, al menos con secreto, tomando el pulso al negocio sin declarar en público mis intentos. Hablé, a este propósito, solas cuatro personas de un bando y de otro, las que me parecieron, así por edad como por muestras de cristianidad, más oportunas y disueltas para tratar con ellas semejante negocio y ayudarme de ellas en la prosecución de él.

Quiso Dios, platicado el negocio, los hallé de tan buena voluntad, que no solamente vinieron en que se emprendiese, sino que luego, sin dilación. Pero como yo entonces no tuviera lugar ni tiempo que era menester para

tratarlo... húbeme de volver a mi casa, prometiéndoles de venir, lo más pronto que pudiese, a proseguirlo.”

Los banderizos trujillenses tenían—bien claramente se ve—hambre y sed de paz. Sino que el discreto y prudentísimo varón apostólico, siquiera tuviese más ardorosos deseos que ningún otro de que la paz se enseñoreara sosegadamente y establemente reinase en su ciudad solariaga, no quiso apresurarse a acometer tan ardua empresa, temeroso de que, por hartó prematura y antes de sazón, tuviera mal logro.

Era, sin duda, el propósito de Meneses que fuese muy intensa la labor preparatoria, ya que tan profunda y tan extensa raigambre había echado la discordia en el corazón de los moradores de Trujillo. Por eso fué que, al año siguiente, aprovechando la oportunidad del tiempo santo de la Cuaresma, hizo que enviasen un predicador con el intento de que fuera poco a poco preparando el terreno para cuando él, luego que se hubiere desembarazado de muy urgentes y apremiadoras ocupaciones, pudiese ir a concertar las tan anheladas paces. Tan apremiadoras y urgentes debieron de ser las tareas que entre manos entonces tenía, que en muy poco estuvo que no pudiera proseguir él en persona la empresa sigilosamente iniciada el año anterior. Pero “quiso Dios—dice Meneses—que lo acabé y vine y llegué aquí a Truxillo, sábado antes de la Dominica de Pasión, que llaman de Lázaro”.

En llegando que llegó a su pueblo natal, sin limpiarse, como suele decirse, el polvo del camino “aquel mismo día, por ser el tiempo oportuno, ya casi Semana Santa”, dió principio a su labor, no ya en secreto, sino públicamente, en juntas y reuniones en que estaban congregados los más influyentes personajes y los más prestigiosos banderizos. De lo que en aquellas asambleas platicara Meneses y de la virtud persuasiva de su elocuencia podemos formarnos idea por lo que él mismo dejó transcrito en su Crónica. He aquí lo más substancial y lo más atañedero a este punto:

“Hablamos a esos caballeros, proponiéndoles los males y peligros, arriba dichos, que destas parcialidades se les seguían; y, *demás de aquello, la infamia y la afrenta que les era haber cesado todos los bandos en las otras partes, donde los solía haber, y quedado en solos ellos. Y que era gran confusión y vergüenza haber todo el mundo caído en la cuenta, aun hasta la gente montañesa, bárbara y salvaje de Vizcaya, Galicia y Asturias y otras montañas, y que solos ellos se hobiesen quedado en esta ceguedad tan perniciosa, loca y desatinada.* Quiso Nuestro Señor darles luz para que viesen el mal en que andaban y la vida tan dañada y peligrosa y trabajosa en que vivían, y, tras esta luz, un aborrecimiento grande de lo que antes amaban y una confusión y vergüenza y corrimiento de lo que antes tenían por honra.”

Era el celosísimo varón apostólico muy avezado en los arduos misterios de las misiones para que fuese la perennidad del fruto de esta empresa en esos propósitos, cierto, muy firmes y muy raigados, en aquel momento verdaderamente histórico, pero, tal vez, sin la seguridad apetecible para en lo venidero. Es por eso que, no bastándole con la palabra dada por aquellos caballeros de cesar en sus turbulencias y darse ósculo de paz, les propuso diesen a este negocio de tanta trascendencia sobrenatural la caución y garantía de sus firmas (1). Ni creyó bastante este medio de firmeza, sino que juzgó sería más eficaz a este propósito erigir una especie de institución social de carácter eminentemente religioso, que primeramente intitularon *Cofradía de la Paz* y más tarde se llamó *Concordia*, ordenada a la conservación y guarda de la paz, solemnemente concertada y jurada (2).

Los Capítulos de la Concordia constituyen un verdadero tratado de Filosofía moral. Admira el conocimiento tan hondo y tan claro que tuvo el eximio dominico acerca de la etiología de aquellas pasiones populares, que tantos asolamientos y tan fieros males causaron por luengos siglos. Por eso es que, conociendo la distinta virtualidad e intensidad de las causas que originaron y fomentaban de continuo aquel furioso y vengativo bandidaje, acudiese, en los *Estatutos de la Cofradía de la Paz*, a destruirlas del todo, de modo que no pudiesen ya más encenderse las ascuas totalmente extintas de aquellos odios seculares (3). Todo está, a

(1) Merece leerse lo que escribe a este propósito:

"Para esto me pareció conveniente, teniendo respeto a la universal división que había en este pueblo, que también cundía hasta los Monasterios y Religiones, tomar en mi compañía al guardián de San Francisco, que por entonces era fray Hierónimo de Ocampo; y así lo hice, andando entrambos, de uno en otro, tomando las firmas, y así se tomaron muchas y aun todas las de los que entonces estaban presentes, y no solamente de los que eran casados, sino de todos los mancebos que entonces eran de alguna edad. Esto se hizo, con ayuda de Nuestro Señor y por su gracia, en harto breve tiempo, porque estaba hecho para el Domingo de Ramos, habiéndose comenzado ocho días antes."

(2) El juramento que hicieron los caballeros que firmaron las *Paces* fué pleito-homenaje solemne y a fuer de España. Hácelo así constar el padre Meneses:

"...La experiencia nos muestra que el temor del infierno hace a muchos buenos que no lo serían, y el temor del Rey hace fieles a los que, sin él, serían traidores, y el de los jueces quita robos y agravios que, sin él, se harían en la República—como se dice de la viña—, y la tiene en paz y sosiego. Y, viendo esto, todos aquellos caballeros que se confederaron, con deseos de estar firmes en lo bien comenzado, cargaron sobre sí todas estas penas y temores de Dios, haciendo juramento de guardar la paz y los Capítulos que para ella se ordenaran del Rey, haciendo un pleito homenaje solemne, a fuer de España, como caballeros y hijos de algo, de guardar lo asentado y capitulado de los jueces, porque añadirían que cumplirían esta obligación so pena de perjuros e infames e fementidos."

(3) Para que se vea cuán profundo fué el estudio que hizo de las causas que contribuían a sostener los bandos, será bien transcribir algunos capítulos de la Concordia. He aquí dos, escogidos al azar:

"Iten, por cuanto de las más diferencias desta cibdad han sido ocasión criados

este intento, admirablemente pensado, maravillosamente trazado, de modo que no era dado presumir que aquel edificio tan hondamente cimentado sobre muy firme roca, tan sólidamente construído con recios sillares de granito, jamás pudiese venir a tierra, ya que, lo primero, se puso la mirada en lo alto, de donde viene todo don perfecto, y, luego, de estrellas abajo quedaron bien atadas las manos de aquellos caballeros para que, en adelante, no osaran, ya más, desenvainar la espada contra sus propios consanguíneos y conterráneos.

Concertáronse, por fin, las *Capitulaciones de la Paz* con la solemnidad propia de tan importante suceso (1), y, desde aquel punto y hora,

de caballeros, si aconteciere que algunos criados de los dichos caballeros hobieren alguna pendencia o cuestión, que sus amos los concorden y pacifiquen, y, si fuere necesario, los diputados entiendan en ello, para que, si no quisieren pacificarse y tomar el medio, que los diputados les pareciere, el que no lo quisiere tomar sea el señor, a quien sirve, obligado a despedirle; y el criado que por esta causa o por alguna ruindad o bellaquería que haga en la casa de su amo, fuere despedido, o que él se despidiera, o vaya sin licencia, de miedo de haberla hecho, no le pueda recibir ningún otro caballero de los aquí firmados sin la voluntad del señor con quien vivía, y que esto se entienda de los criados que sirven en la cibdad."

"El tercero linaje de gente mordedora destos capítulos son unos hombres que sacan honra y provecho temporal destas discordias y parcialidades, y, finalmente, su vida es la muerte de muchas almas, y se sustentan desta ponzoña. Unos, por tener poca honra de suyo, faltándoles sangre o linaje y otras cosas en que ella se funda, y, por otra parte, siendo muy ambiciosos desta honra, alléganse a caballeros principales de una parcialidad o otra, los cuales, con la necesidad de allegar gente a sí, les hacen mucha más honra de la que merecen y parece que los levantan del polvo; la cual honra, hecha la Concordia, desvanecería como humo, porque ya no los habrían menester. Otros, de poca hacienda y mucha codicia, o también a veces gente hambrienta, que aun para comer no tiene, han de vivir desto; porque, teniendo los caballeros discordias, han de tener muchos criados y darles mayores partidos y quitaciones, lo cual todo cesa hecha la paz."

(1) Véase la fórmula en virtud de la cual se asentaron las bases de la Concordia:

"A honor y gloria de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios verdadero, y de la siempre Virgen María, madre del Unigénito Hijo de Dios, singular patrona y abogada de esta ciudad de Trujillo. En la sobredicha ciudad, a cinco días del mes de abril, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y cincuenta y cuatro años, estando juntos en la iglesia de Santa María, de la dicha ciudad los muy magníficos caballeros y señores de yuso contenidos, que son vecinos de la dicha ciudad y de los tres linages antiguos de que ella está poblada, que son Altamiranos, y Bejaranos y Añascos, conviene a saber... dijeron que, por cuanto, por causa de los bandos y parcialidades que, entre ellos y sus pasados, ha habido en esta ciudad, se han seguido diferencias y escándalos y muertes, de que Dios Nuestro Señor ha sido muy deservido y la República muy damnificada, y porque de nada de los pasados ellos están ofendidos los unos de los otros ni los otros de los otros, ni obligados a satisfacción ni venganza alguna, y están desengañados de los bandos y peligros que los dichos bandos y discordia y disensión han traído y pueden traer a sus conciencias y honras, y a sus personas y bienes, y lo querrán y quieren, en lo que en sí fueren, remediar para lo presente y porvenir, por manera que viviesen ellos y sus descendientes quieta y pacíficamente, y se evitasen tan grandes daños e inconvenientes como están dichos, que renunciaban y renunciaron toda liga y bando y parcialidad que, entre ellos y sus pasados, haya habido y haya ahora al presente para ahora y para siempre, por sí y sus descendientes... Y, para más corroboración y firmeza, cada uno

inauguróse una era de bienandanzas para aquella ciudad tan sin ventura tiempo hacía. Describe este fruto dulcísimo de la paz el mismo Meneses en párrafos vibrantes de santo júbilo, que bien merecen transcribirse. Véase cómo narra aquel resurgimiento a un vivir tranquilo y apacible:

“Hecha la paz y concordia y confirmada con las capitulaciones ya dichas, firmadas y juradas, pareció cierto salir y resplandecer una nueva luz a este pueblo y toda su tierra, después de muy grandes y oscuras y antiguas tinieblas. Gozábanse los mismos caballeros pareciéndoles que ya respiraban y comían y dormían y, finalmente, vivían. Como antes no pudiesen gloriarse de esto, y como con una agonía de inestimable gozo, no se hartaban de comunicarse y visitarse en sus casas unos a otros, y jugar y regocijarse unos con otros, como gente que había estado privada de aquella tan agradable conversación tantos años y tiempos, siendo vecinos de un pueblo, y algunos en una misma calle o plaza, y parientes: que había primos hermanos de diversas parcialidades. Parecíame a mí, viéndolos holgarse tanto con la paz y dar tantas muestras de regocijo, como los que salen de un tempestuoso mar de larga y penosa navegación que, de puro regocijo y contentamiento, como locos abrazan la tierra y se revuelcan por ella. Gozóse también el pueblo—fuera de algunos dañados arriba dichos, que vivían con aquella muerte—, porque se habían visto también inficionados de aquella pestilencia, no nacida de ellos, sino que se les había pegado de los mayores. Viéndose libres de tantos males corporales y espirituales que de allí les venían, tomaban gran contentamiento en ver los que antes eran tan divisos, que en toda su vida se habían hablado palabra ni se habían juntado en cosa de amistad, verlos cada día juntos en la plaza, con regocijos en las calles y en los campos, paseándose cabalgando, y, muchas veces, los dos más capitales enemigos, ambos cabalgando en una misma mula.”

¡Tal fué el suceso por demás venturoso de aquella empresa pacificadora y santificadora, la más gloriosa tal vez de cuantas llevó a feliz término aquel dominico insigne, a quien sin duda le serían otorgadas las bienaventuranzas prometidas a los que evangelizan la paz!...

JOSÉ DE LA MANO.

de ellos, de por sí, por mano del señor Alvaro de Escobar, hicieron pleito-homenaje a Nuestro Señor, asiéndolos por ambas manos el dicho señor Alvaro de Escobar a cada uno con las suyas, decían que hacían e hicieron pleito-homenaje a Dios Nuestro Señor una, dos y tres veces; una, dos y tres veces; una, dos y tres veces, como caballeros hijosdalgos de solar conocido al fuero de España, de guardar, y cumplir, y pagar y mantener a la letra como de suso se contiene...”

EL CRITERIO ETICO EN LA NARRACION HISTORICA

(Conclusión.)

Desde el punto de vista ético, hay en los sucesos del pasado ejemplos buenos y ejemplos malos. Si bien los segundos nos dan de los hombres una idea más desfavorable y menos optimista que los primeros, unos y otros, sin embargo, han de tender a un resultado común, imprimiendo en el ánimo una saludable lección moral. De lo contrario, si los malos ejemplos hubieran de sofocar en la conciencia de los informados los estimulantes de los buenos, ninguna utilidad reportaría el meditar las vicisitudes de la historia humana, dado caso que más abunda en ellas la malicia que la rectitud y probidad. La eficacia catequizadora de las lecciones históricas debe tener un doble excitante: la moción atractiva de los buenos ejemplos y la moción repulsiva de los malos.

Por lo que concierne a lo primero, debemos establecer un principio que expresa un hecho general innegable, y es que la virtud encierra un atractivo poderoso, aun respecto de aquellos que menos la practican. Apenas habrá quien no sienta una emoción particular en presencia de los rasgos de abnegación, desinterés y altruísmo de los hombres del pasado. Y no digo de los hombres del presente, porque respecto de ellos suele guardarse otra actitud muy distinta: ni la virtud acrisolada, ni las intenciones puras, ni los procedimientos rectilíneos, relevan a nadie de verse desaprobado y censurado de sus contemporáneos; pues cuando otra causa no exista, hay en la conducta del bueno una secreta acusación contra el malo, acusación que desaparece cuando el bueno ha pasado a la historia. Esto es cierto, regu-

larmente hablando, aun cuando no falten en sentido contrario predisposiciones que desvanecer.

En efecto; apenas quieren pensar muchos que los ejecutores de memorables obras de virtud hayan podido ser de carne y hueso, como el resto del género humano. Hay propensión a mirarlos como seres de una constitución extraña, que no necesitaban someterse a ningún género de violencia para realizar cosas grandes, pues siéndoles connatural la virtud en cualquier grado y bajo cualquier forma, podían ejercitarse en ella a diario sin tener que vencer la más leve repugnancia. En suma: se les supone dotados de un espíritu del todo ajeno a nuestros comunes hábitos, pasiones y sentimientos, y esta suposición nos exime hasta de la tarea de admirarlos, cuanto más de imitarlos. Proviene de aquí el triste fenómeno de una increíble apatía, que viene a suceder en el puesto que debía ocupar en el corazón humano la fuerza sugestiva del ejemplo saludable. Pretenden algunos explicar esto, como otras muchas cosas, invocando el espíritu de la época a modo de una suprema, última y decisiva causa, cuando en realidad este espíritu es lo primero que necesita explicación. Porque se dice que la indiferencia es la característica de nuestra edad, descreída y profundamente positivista, en que no se reconocen más estímulos que los aceptados por un innoble interés individualista; y no se echa de ver que aun este culto tiene fervorosos predicadores entre los críticos y jueces de los tiempos pasados. Sin firmes convicciones éticas, todo historiador viene a ser un corruptor vitando, bajo cuya pluma se degradan y pierden su encanto las acciones más dignas y laudables (1).

Debe, por consiguiente, el narrador poner empeño en reducir las cosas a sus debidas proporciones, haciendo entrever el esfuerzo singular que hubieron de imponerse, y la lucha titánica que hubieron de sostener todos los que se distinguieron por acciones memorables en su más recto sentido. No es conforme a la verdad ni a la ejem-

(1) No escasean los ejemplos de este grupillo de historiadores entre los contemporáneos que han escrito de Historia de España, entre los cuales es justo conceder la primacía a Miguel Morayta por sus ideas antiprovidencialistas, por su moral acomodaticia, laxa o severa, según de quien se trate. Resulta este sujeto un tanto crudo e indigesto por una pueril afición a decir la última palabra, sobre todo, sin tener para nada en cuenta lo que escritores juiciosos han establecido y probado con acopio de datos y solidez de raciocinios. Morayta se propuso hacer obra de catequesis, y por eso se dirige a una determinada clase ante quien le sean permitidos ciertos abusos de lógica y ciertas formas de lenguaje, que dicen menos mal en tertulias de taberna que en congresos librepensadores.

plaridad de la historia, ocultar cuán trabajosamente estas figuras han tenido que subyugar muchos sentimientos espontáneos y volver la espalda a no pocos respetos humanos, quebrantando una por una todas las ligaduras, y deshaciendo toda la impedimenta que les confinaban, estrechaban y reducían a la categoría sin número de las mediocridades. De lo contrario, por procedimientos tan incompletos, nada queda de bueno e ilustre que admirar en la historia, porque, así como nadie se maravilla de que vuelen las aves, tampoco debe llamar la atención la serie de trabajos en que batallaron los paladines de las grandes causas, como Gregorio VII, Tomás de Cantorbery y Bartolomé de las Casas, supuesto que todos ellos se encontraban en su elemento. Eran, según todas las apariencias, genios batalladores, y cuando no tenían ambiente propicio, se lo creaban (1).

(1) Hemos nombrado tres figuras que descuellan por su indomable tesón y de quienes pudiera creerse, vista la historia de un modo superficial, que eran de un temperamento férreo capaz de hacer sentir su peso, con ladearse ligeramente en cualquier sentido. Y sin embargo, se trata de hombres de un natural tímido, que, a no ser estimulados por los gritos de una conciencia rectísima que se creía oprimida, jamás hubieran desplegado los labios por el solo gusto de significarse por algo. El primero se desahogaba en esta forma en una carta familiar a Godofredo, duque de Toscana: "*Nostra enim promotio quae tibi ceterisque fidelibus piam de nobis existimationem et gaudium administrat, nobis interni doloris amaritudinem et nimiae anxietatis angustias generat. Videmus enim quanta nos sollicitudo circumstat; sentimus quam nos suscepti oneris sarcina gravat sub quibus dum nostrae infirmitatis conscientia tremit, anima nostra in Christo potius dissolutionis requiem quam in tantis periculis vitam cupit. In tantum quippe commissi nobis officii consideratio nos sollicitat, ut, nisi in orationibus spiritualium hominum, post Deum, aliqua fiducia nos sustentaret, curarum immensitate mens nostra succumberet.*" (S. Gregorii VII Vita, auctore Paulo Bern.-Migne. Pat. Lat., tomo 148, col. 50.) De Santo Tomás de Cantorbery sabemos que, por amor a la paz, llevó sus concesiones, en perjuicio de la Iglesia, a términos tales que pensó debía revocarlas. La repugnancia con que sostenía su campaña, se manifiesta con toda claridad en estas palabras, dirigidas al Papa Alejandro III: "*Voe nobis qui in haec servati sumus tempora quorum diebus accesserunt haec mala, qui in priori statu tanta potiti sumus libertate quam modo dura et pessima servitute recompensamus. Fugissemus saltem ne in direptionem patrimonium Christi dari videremur, sed quo nisi ad eum qui refugium nostrum est et virtus ignoramus.*" (Barón, *Annal. eccles.*, tomo 12, pág. 494.) Respecto a las mocedades de las Casas, debemos decir que este teólogo dominicano, Orden llamada Jauría de Dios, profesó la jurisprudencia; que este defensor acérrimo de los indios tuvo por esclavo un indio en Salamanca; que este reformador, cuyas invectivas atacaban la apropiación de los hombres, empezó la vida de aquel Nuevo Mundo con ranchos y repartimientos; que este Obispo, calzado de sandalias, vestido de sayal, con su crucifijo en la mano y el ardor místico en los ojos, abordó a las playas de América como los más vulgares aventureros, aguijoneado por el apetito más ordinario, por la sed de oro. ¿Cómo, por qué causa, por qué motivo de la voluntad, por qué impulso de la inteligencia, por qué afecto cambió súbitamente su vocación? Misterios de la historia. Lo cierto es que el abogado de Sevilla, el propietario de un pobre indio, el rebuscador de lucros, se convirtió en misionero, en redentor de esclavos, en sacerdote de Dios y de la libertad." (Castelar en el Prólogo a la *Biografía de fray Bartolomé de las Casas*, por C. Gutiérrez.)

Aún subsiste otra preocupación, no menos arraigada, que tiende asimismo a anular toda acción de estímulos ejemplares. Implícitamente se viene a razonar del siguiente modo: Si el ejemplo tiene alguna eficacia en la conducta de los hombres, es sólo bajo condición de hallarse en circunstancias análogas, pues en el caso contrario ninguna paridad puede establecerse. Ahora bien: los incentivos, las fuerzas motrices de orden moral que de la documentación histórica se derivan, parecen mirar únicamente a la conducta que se debe observar en ciertas esferas de la vida pública o en los puestos de importancia, supuesto que los agentes que se revelan en la dinámica del proceso histórico son, regularmente hablando, hombres investidos de carácter público, son altos funcionarios que desempeñan un papel directivo en la marcha y eventualidades del cuerpo social. El número de estos agentes es reducidísimo, comparativamente al que compone la masa restante de los hombres, cuya acción no suele destacarse de entre las brumas monotonas de la vida privada, donde no penetra, normalmente hablando, la acción escudriñadora de los investigadores narrativos. Por tanto, parece obvio que los estímulos del buen ejemplo sólo conciernen a un número muy escaso de personas, cuales son las que descuellan, no tanto por su elevación social, cuanto por su acción reguladora, mientras la inmensa multitud restante no se siente atraída ni estimulada por mirarse fuera del caso. Cualquier alumno, y no alumno, de Historia de España podrá decir: "¿Qué dictamen práctico ni qué reglamento de vida puedo yo deducir de los hechos de Felipe II o del Duque de Alba, por citar un ejemplo clásico? Y, en general, puesto que de antemano sé que mi destino nada tiene de común con el de las grandes figuras cuyo relieve resalta en la Historia, me considero extraño a todo caso y ejemplo que salga a relucir de tiempos pasados. Si abrigase la pretensión de modelar mi conducta por la de algún personaje de viso y resonancia, ¿no correría el peligro de padecer una ilusión óptica, por figurarme que la realidad ambiente con que tengo que contar, es idéntica o parecida a aquella en que se movía el héroe de mis ensueños? La lección histórica que fomentara semejantes idealismos podría ponerse a la par de los libros de Caballería, que despertaron en don Quijote la idea de extrañas aventuras."

Así, con corta diferencia, se suele discurrir por los que, pasándose de discretos, o no se dejan aconsejar lo suficiente de la decisión y la firmeza, o se dejan aconsejar más de lo justo de la flojedad y

la indolencia. Es muy común pasar de un extremo a otro sin detenerse en los medios. De vivir absolutamente sin ningún estímulo espiritual elevado, a emular las glorias de la andante caballería, hay más que una regular escala de términos razonables; y quien abrigue temores fundados de padecer un error de tiempos al imitar lo bueno y laudable que en lo pasado se ofrezca, cuéntese desahuciado: ni con historia ni sin ella hará labor juiciosa y madura. Porque sólo podrán temer esto quienes no ponen los ojos más que en el brillo exterior de las acciones, pues en faltándoles este aliciente se tornan pesimistas y escépticos, por no vislumbrar un ambiente igual al que se imaginan que labró la corona inmortal de ciertas descollantes celebridades. Es una gloria falsa la que no reconoce otro origen sino la fortuna, el favor extraño, o bien el coeficiente de circunstancias extrínsecas. Es, consiguientemente, vano todo doctrinarismo histórico que no inculque adhesión inquebrantable a las fuentes auténticas de todo mérito real y positivo, o sea al esfuerzo personal por llenar las obligaciones del propio estado. Y no se puede poner en tela de juicio que, salvando las justas proporciones en toda la escala de oficios y empleos, es constante en todos ellos la austeridad inherente al ejercicio y desempeño de la propia misión; y quien sepa mirar a través de la historia algo más que lo puramente honorífico y brillante, está en condiciones de asimilarse la sana ejemplaridad que debe nutrir y robustecer a los altos ideales humanos. Bueno es que se sepa que ni en la Edad de Oro ni en la de Hierro nacen los héroes de improviso, y que las saludables lecciones y ejemplos admirables no han de tomarse por exhibiciones teatrales, que se preparen de antemano para deslumbrar. Presuponen, es verdad, un rudo y silencioso aprendizaje, y en esto deben fijarse los que piensen que la verdadera historia se paga sólo del ruido y estruendo de la fama; pero la virtud sincera no acecha la solemnidad de las ocasiones, ni se agota en una sola fase histórica del personaje, ni viene a consumirse o desvanecerse en la pompa de un solo día.

* * *

Las observaciones que anteceden se entienden en cuanto pueden referirse a sucesos dignos y de gloriosa memoria; pero hemos indicado que también los actos más reprobables de que la historia nos informa tienen su ejemplaridad saludable. Así nos lo muestran, entre

otras, las narraciones históricas contenidas en los Libros Sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, donde se contiene que los que obran mal, generalmente no tardan en recibir su correspondiente castigo. Y esto, no porque la disciplina social fuese tan austera que no tolerase ningún exceso sin la aplicación inmediata del correctivo, ni porque abundase en las masas un mayor celo por extirpar abusos y preservarse inmunes de todo contagio, sino porque la Providencia quiere mostrarse justa en la dirección de los destinos humanos, haciendo entender a los hombres la gravedad de las faltas por castigos proporcionados. Cuando por carencia de sentido ético se dejan llevar los hombres de instintos depravados, es necesario que el azote se deje sentir para que despierten las conciencias adormecidas y les haga entender el respeto a la ley moral, o, a lo menos, para que mantenga los espíritus en un temor saludable, base de aquella prudencia adquirida con que proceden los escarmentados. Que los pedagogos modernos no quieran oír la palabra escarmiento no hace al caso. Que el escarmiento, como cualquier género de temor divino o humano, no se cuente entre los frenos o estímulos más elevados, es una verdad que nadie desconoce, supuesto que el temor también coadyuva a la educación de los brutos, así como es un resorte para regir y dominar esclavos. Tampoco se puede negar que un régimen cuasi terrorista es indicio de costumbres rudas y denuncia fiereza de carácter; pero las teorías pedagógicas no han de mudar las realidades positivas de la naturaleza humana, y, a falta de otros frenos y de otros estímulos, el temor es tan necesario, que sin él no se concibe, no ya vida morigerada, pero ni aun orden ni disciplina que sea garantía de paz.

Síguese de aquí que para obtener resultados eficaces en la educación humana, mediante las enseñanzas de la historia, presentadas desde el referido punto de vista, requiérese, ante todo, una fe inquebrantable en la divina Providencia, como principio regulador de todos los acontecimientos humanos. La Providencia vela por la conservación del orden moral no menos que por la conservación del orden físico, y si en momentos determinados permite el quebrantamiento de aquel orden, es para mostrar que deja intacto el libre albedrío; mas en todo caso exige la reparación de la ley quebrantada, si es que alguna vez no llega a imponer esta reparación mediante un ruidoso y ejemplar castigo. Porque existen hechos muy elocuentes y coincidencias muy singulares que, supuesto un prin-

cipio de fe, dejan traslucir muy a las claras el movimiento y agitación de la vara de la justicia, empuñada por una mano vengadora. Sea un corolario de la filosofía moral cristiana, sea efecto de reflexiones particulares sobre datos hoy desconocidos, es ya un juicio histórico, incorporado al modo de pensar unánime, que las irrupciones de los bárbaros fueron un castigo público y solemne de las iniquidades del imperio romano, foco de toda degradación, expresión última y fórmula condensada de depravaciones y vicios. La entrada de los turcos en Constantinopla, con todo su séquito de horrores, tendrá en su favor toda clase de explicaciones que la hagan encajar sin ninguna violencia en el conjunto de precedentes acaecidos; pero el mundo cristiano cree, y los escritores no tocados de impiedad consignan, que la ciudad del Bósforo sufrió esta vez los efectos de la ira divina, provocada mucho tiempo antes por la doblez, contumacia y orgullo de sus desdichados moradores. Pudieran citarse otros muchos casos, en que parecen saltar a la vista los mismos juicios, sin que nadie tema incurrir en la nota de temeridad por escudriñar los secretos designios de Dios. La destrucción de Babilonia, predicha por los profetas (1), y la ruina de Jerusalén, anunciada por Jesucristo (2), cumplidas ambas en sus más insignificantes pormenores, ofrecen base a una ley histórico-moral, que pudiera enunciarse diciendo que, a grandes culpabilidades de carácter colectivo, han de seguirse, en concepto de retribución, profundos trastornos y públicas calamidades.

Indudablemente que se puede llegar a ridículas exageraciones invocando principios providencialistas; se puede llegar a lo supersticioso en el diagnóstico de los infortunios sociales cuando se señalan, como causa adecuada o razón suficiente de los mismos, estos o aquellos precedentes de orden moral, estilo muy usado en las crónicas medioevales ajustadas al tono y matices de la historia bíblica (3). Lejos de este achaque la moderna usanza de escribir la historia, más bien debe curarse del extremo opuesto, no menos reprehensible, cual es ese crudo agnosticismo positivista, que nunca llega

(1) Is., 13; ídem, 14, 2-4; ídem, 21, 2, 9; ídem, 47; Jer., 25, 12; ídem, 50-51.

(2) Matth., 24, 1, 15; Luc., 21, 6; Joann., 11, 48.

(3) Por citar un caso típico, véase cómo explica la invasión sarracena de España en tiempo de don Rodrigo el *Chronicon Sebastiani*, cuyas son estas palabras: "Witizane defuncto, Rudericus a Gothis eligitur in Regno. Iste nempe in peccatis Witizani ambulavit, et non solum zelo justitiae armatus huic sceleri finem non imposuit, sed magis ampliavit." Después de declarar cómo los hijos de Vitiza se entendieron con los moros

a la medula de la ciencia histórica, anulando toda educación moral, que queda postergada tras la cortéza de los hechos. Verdad es que nadie, por muy cristiano que sea, puede pretender arrogarse el tono profético propio de los autores inspirados; pero también lo es que Dios gobierna este mundo lo mismo hoy que ayer y que en los tiempos bíblicos. Si la moderación cristiana y la sobriedad científica nos vedan barajar de un modo caprichoso la justicia de Dios al dar razón de lo pasado y de lo presente, no es más que por reservar este género de crítica para circunstancias excepcionales, que no suelen faltar en la sucesión de las generaciones, y tal vez sean relativamente frecuentes.

Es posible desde luego señalar tales excesos descendiendo a hechos singulares, que llevan consigo la expiación como una secuela natural o como un fruto llamado a plena madurez en un plazo normalmente fijo. El cataclismo de la Revolución francesa no fué un monstruo de aparición imprevista; antes de ser abortado tuvo su período de gestación, al cual precedió la natural generación en las diversas culpas que la historia especifica, y éstas son señaladamente los punibles ejemplos de perversión que de la aristocracia y del trono se transmitían a las clases populares. De la revolución de Inglaterra se puede decir otro tanto. No se requieren ojos de lince, sutilezas ni alambicamientos para descubrir que los abusos del poder real, iniciados por el tiránico cesarismo de Enrique VIII y secundados vigorosamente por la dominante y altiva Isabel, habían de acarrear con el tiempo, por vía de reacción, ese cúmulo de desdichas que llovieron sobre el trono y sobre sus fervorosos adictos.

Cuando entre la culpa y la pena no hay un nexo tan claro, será prudente no emitir fallos rotundos, cuya certeza sólo puede abonar una luz superior a toda filosofía racional; mas, a pesar de ello, no queda justificada esa abstención absoluta y sistemática de toda reflexión religioso-moral, como si un ciego capricho de azarasas circunstancias rigiese los destinos humanos. Aun partiendo de la base de que el imperio ideal de la justicia, ni se realizó, ni se realizará jamás en este mísero mundo de una manera plenaria, cabe todavía

para preparar una irrupción en tierras españolas, con objeto de destronar a don Rodrigo, prosigue: "Itaque cum Rudericus ingressum eorum cognovisset cum omni agmine Gothorum eis preliaturus occurrit. Sed dicente Scriptura: *In vanum currit quem iniquitas procedit*, Sacerdotum vel suorum peccatorum mole oppressi... cum omni agmine Gothorum in fugam sunt versi et gladio deleti."

holgadamente la afirmación de que las obras humanas que contradicen a la misma justicia, aunque tengan un momento de prosperidad y de viento en popa, no suelen tener, no digamos el don de la perpetuidad, pero ni siquiera la condición de estables y duraderas. Ejemplos de esto los tenemos en los flamantes imperios de Alejandro y de Napoleón, tantas veces traídos por moralistas y retóricos como muestra de lo efímero de las glorias humanas. Desde luego el narrador que pretenda instrucciones morales tiene a mano este carácter de inestabilidad, que es como el sello de esterilidad y maldición con que puede estigmatizar todas las iniquidades de la historia, sin perjuicio de hacer resaltar, cuando las circunstancias den lugar a ello, otros daños más positivos acarreados por diversas culpas.

Para que éstas fuesen miradas con un horror saludable, como el origen auténtico de toda calamidad, y para que cupiese una enseñanza completa de la historia, mirada desde este aspecto particular, sería preciso que de tiempo en tiempo viniese un enviado de Dios con poderes bastantes para residenciar a los poderosos de este mundo y hacerles cumplir de un modo resolutivo y eficaz la sentencia dada conforme a la pena del talión; que se diese a estos juicios toda la resonancia y publicidad que hubiesen tenido las culpas que los promovieron, a fin de que, al ser reparado el escándalo, la satisfacción fuese en todas sus partes obra completa y se afirmase como hecho histórico para instrucción de la posteridad. Si tal fuese la realidad de lo sucedido, no sabemos si los hombres se quejarían de la Providencia más de lo que suelen hacerlo en el plan providencial existente y vigente; lo que no tiene duda es que los cuadros históricos habrían de tener entonces toda la eficacia de argumentos positivos innegables, y la ejemplaridad sería un hecho irrecusable que nadie podría poner en tela de juicio. Mas no verificándose nada de lo dicho, siempre quedan a los escépticos y descreídos, importantes subterfugios para no admitir que el Dios de la historia sea el mismo que castiga hasta la cuarta generación, y tal vez para negar que las culpabilidades de las generaciones pasadas hayan tenido para sus autores y coautores consecuencias penales de ninguna especie. Según este cálculo, las responsabilidades ante la historia son cosa fácil de eludir cuando no se hicieron efectivas en vida. Los acusados ante el mismo tribunal son insolventes y, declarándose tales, no hay justicia capaz de imponerles resarcimientos ni satisfacciones.

Cualquiera puede inferir, en vista de lo que antecede, que no es

la moral independiente la que debe predicarse con los hechos del pasado a la vista. Y no porque el narrador se vea obligado a anatematizar a los personajes que hagan alarde de conducirse por los mandamientos kantianos u otros análogos, mientras otros méritos no les falten, sino porque, de ser consecuentes, los moralistas independientes habrán de desechar de sus teorías el concepto de ejemplaridad, como es justo que desechen todo motivo extrínseco. De igual modo que se opondría directamente a la razón autónoma cualquier dictamen práctico motivado por intereses extraños, como premios, recompensas y castigos, no menos quedaría herida de muerte esta autonomía por cualquier moción de afectos que de la justicia vindicativa histórica quisiera resurgir e imponerse a la conciencia.

No siendo posible armonizar la moral independiente con la sana ejemplaridad de la historia, y a fin de no malograr los saludables efectos morales que son de esperar de la misma, es de absoluta necesidad a quien del pasado se informe, el ser creyente decidido y mantener incólume el dogma de los supremos juicios de Dios sobre las vicisitudes humanas. El creyente tiene además la ventaja de poder explicarse, sin dificultad ni obscuridad, las deficiencias reales o aparentes de la justicia histórica, o sean aquellas iniquidades nunca reparadas que han pasado a la calidad de hechos consumados, dando origen a un nuevo estado de cosas, sin que los derechos violados hayan sido resarcidos, ni los autores hayan expiado su culpa. Porque, admitiendo una justicia ultraterrena, el creyente tiene salvada esta dificultad, y allí donde el escéptico, por un exceso de crítica radical, suprime los castigos providenciales, el creyente hace apelación a la vida de ultratumba. Sólo, pues, dentro del Cristianismo cabe una concepción de la historia humana que no esté vacía de sentido ético, como la hegeliana y otras parecidas, porque sólo el Cristianismo sabe explicarse las aparentes deficiencias de una Providencia equitativa en la remuneración de las buenas y malas obras. El narrador cristiano puede desmentir rotundamente la pretendida impunidad de aquellos perversos afortunados que, a su paso por el mundo, lograron imponer sus planes con tal éxito, que semejaban tener de su parte todos los socorros de un poder invisible.

Por otro lado, la apelación a la vida de ultratumba es, sí, una solución en estos problemas histórico-morales; pero no es la única, y aun me atreveré a decir que ni es la más frecuente, cuando cristianamente se discurre sobre las violaciones del derecho, sobre los abu-

sos de la fuerza y sobre el predominio de la astucia, de que está llena la historia humana. En todas las causas y conflictos de que hay mención a través de los tiempos, existe una parte que representa el papel de víctima inocente, que demanda venganza de las injurias, y está clamando al tiempo y al espacio por reivindicaciones que nunca ve logradas; pues el tiempo, patrocinador de todas las injusticias, pone el último sello al despojo y quita toda esperanza de reintegro. Nada significa en este punto aquella regla de Derecho que dice: *Quod ab initio non subsistit tractu temporis non firmatur*. Pero por lo mismo que no se trata de un caso aislado, sino de un fenómeno que se reproduce casi periódicamente, interesa mucho examinar en cada caso, y con toda escrupulosidad, la hipótesis de la justicia violada; porque no es raro darse cuenta de que el estado primero de las cosas es un estado injusta o indebidamente adquirido por la parte supuesta inocente, y, por tanto, fundado en violaciones del Derecho, acaso más trascendentales y de mayor monta que las que de nuevo tienen lugar. Así sucede que los agraviados sólo en un sentido muy relativo pueden llamarse tales, o sea en cuanto que ningún derecho asiste al adversario para justificar sus excesos y extralimitaciones; pero de ningún modo pueden pretender los méritos de una probidad absoluta, de antecedentes immaculados, que les exima de toda deuda con el género humano y les haga irreprehensibles ante la opinión general. Y siendo ello así, ante la impotencia de la justicia humana para lograr efectos vindicativos, la Justicia divina, que no funciona con sujeción a emplazamientos prefijados por el hombre, se encarga de señalar la hora de la expiación en los momentos menos sospechados por la previsión humana. Entonces descarga el golpe de una manera que, si pudiera tal vez llamarse desordenada según los trámites humanos de administrar justicia, no puede decirse lo mismo según los secretos planes de Dios, inaccesibles muchas veces a la filosofía moral, particularista e incomprendiva.

Es verdad que aquí se ofrece otro nudo que soltar cuando se observa que los ejecutores de hechos que parecen vindicar la justicia en un orden determinado, no lo consiguen sin quebrantar la misma justicia en otro orden particular. ¿Acaso Dios toma por instrumentos a los malhechores? Ninguna duda cabe, ni tampoco está esto reñido con la santidad de los divinos decretos. Al tratar Santo Tomás del pecado de los que crucificaron a Cristo, se hace cargo de

la dificultad que implica el cumplir la voluntad de Dios en el mismo acto en que se quebranta por una acción, injusta desde otro punto de vista, la misma divina voluntad; y al punto esclarece esta dificultad alegando que, aunque Dios quiere la acción del malo, no quiere, sin embargo, la voluntad depravada con que la ejecuta (1). Es obvio que, pues se trata de cosas prácticamente inseparables, sólo se hace referencia en este pasaje al voluntario directo de Dios, quedando en pie la dificultad relativa al voluntario indirecto o de permisión. Mas bajo este aspecto apenas puede llamarse dificultad, porque podemos decir que, indirectamente, quiere Dios todas las maldades de la historia como justo castigo de otras maldades precedentes; castigo de quienes las padecen y de quienes las hacen, pues también es cierto, teológicamente hablando, que Dios castiga un pecado permitiendo la caída en otros pecados mayores (2). Y lo más de admirar es que todavía esta pena es, a veces, de carácter medicinal, además de ser ejemplar (3). Entre los varios argumentos aducidos por los partidarios de la esclavitud de los indios en el siglo XVI, es uno que Dios les había entregado en manos de los españoles en justo castigo de sus pecados. Francisco de Vitoria, admitiendo la posibilidad, niega los fundamentos de este alegato, cuya certeza sólo por un milagro podía ser aceptada. Pero dado caso que ello fuera así, ¡triste destino sería el de los españoles, que seguramente no estarían exentos de pecados cuando Dios les escogía para un ministerio tan odioso (4).

* * *

(1) "Ad tertium dicendum quod Christus voluit quidem suam passionem sicut et Deus eam voluit, inquam tamen actionem iudeorum non voluit. Et ideo occisores Christi ab injustitia non excusantur." (*Summ. Theol.*, p. III, q. XLVII, a. 6, ad 3.^{um})

(2) "Per accidens autem peccatum potest esse poena peccati tripliciter. Primo quidem ex parte causae, quae est remotio prohibentis. Sunt enim causae inclinantes ad peccatum, passiones, tentatio diaboli, et alia huiusmodi. Quae quidem causae impediuntur per auxilium divinae gratiae, quae subtrahitur per peccatum... quia, scilicet deserti homines ab auxilio divinae gratiae, vincuntur a passionibus. Et hoc modo semper peccatum dicitur esse poena procedentis peccati. Alio modo ex parte substantiae actus quae afflictionem inducit; sive sit actus interior, ut patet in ipsa ira et invidia sive actus exterior... Tertio modo ex parte effectus, ut scilicet aliquod peccatum dicatur poena respectu effectus consequentis." (I-II, q. LXXXVII, a. II.)

(3) "Ad primum dicendum, quod hoc etiam quod aliqui puniuntur a Deo, dum permittit eos in aliqua peccata profluere ad bonum virtutis ordinatur, quandoque quidem. etiam ipsorum, qui peccant, cum scilicet post peccatum humiliores et cantiores resurgunt; semper autem est ad emendationem aliorum, qui videntes aliquos ruere de peccato in peccatum, magis reformidant peccare." (*Loc. cit.*, ad 1.^{um})

(4) "Item, dato quod ita esset quod Dominus perditionem barbarorum facere constituisset, non tamen ideo consequitur quod ille qui eos perderet esset sine culpa, sicut nec erant sine culpa Reges Babiloniae qui contra Jerusalem ducebant exercitus et filios Israel ducebant in captivitatem, licet re vera totum fuerit ex peculiari providentia Dei, sicut saepe illis erat praedictum." (*Relectio V. De Indis*, sect. 2.^a, n. 16.)

De todo lo hasta aquí expuesto podemos llegar a una conclusión definitiva que, como remate de este trabajo, está pidiendo ser explícitamente formulada, y es que, si el conocimiento de la historia profana puede ser en ocasiones piedra de escándalo para los predispuestos con un criterio malsano, no cabe duda que para los bien dispuestos puede siempre contarse en el número de las gracias actuales. La misma oratoria sagrada puede reportar excelentes ventajas del conocimiento de la historia profana, considerada desde el punto de vista moral que hemos venido señalando. A todos sin excepción interesa hacer juicios prudentes y cabales sobre las cosas del pasado para conocer la actualidad histórica en que se vive y transmitir a las generaciones del porvenir apreciaciones, no elaboradas por la parcialidad, sino maduradas al calor de los principios morales y cristianos. Pero, por desdicha, esto no se toma en consideración, como se está viendo en muchos, que han escrito y escriben, en tono de críticos moralistas, de la actual guerra europea; la cual, pese a todos los anhelos de paz, todavía no ha cesado en los momentos de escribir estas líneas. En las mutuas inculpaciones que suelen hacerse las partes contendientes sobre la responsabilidad de la gran catástrofe, no se menciona para nada la causa tal vez más influyente y más general que provocó el conflicto, es a saber, las corrientes anticristianas, madres de las concupiscencias desatadas que se fueron apoderando de la sociedad europea.

Y bien: ¿no será justo hacer una excepción en favor de Bélgica, la laboriosa, la católica, la disciplinada Bélgica? La invasión de Bélgica, justa o injusta—que eso no hemos de definirlo ahora, porque creemos que ni nosotros ni la mayoría de los que han dado su opinión estamos en condiciones de saberlo, hoy por hoy—, es un ariete formidable que han movido contra el muro del derecho de un bando beligerante, los del opuesto bando. ¿Conseguirían derrumbarlo? Lo único que sabemos es que el tema de la violación de Bélgica va picando ya en literatura romántica. Contra lo que se ha plañido en torno de este asunto, no por los belgas—cuya desgracia nos merece respeto—, sino por los de afuera, decimos sencillamente una sola cosa, y es que la sociedad belga necesitaba una fuerte purificación. Por tanto, en lugar de entonar elegías inútiles, nos toca bendecir a la Providencia, que, seguramente, de esta calamidad hará resurgir una Bélgica más cristiana y menos entregada al culto de la carne que lo era en 1914. Y como no quiero hablar sin pruebas

en cosa de tanta gravedad, los mismos belgas se encargarán de suministrarélas. El 2 de junio de 1909 el Episcopado belga dió una pastoral colectiva, que comienza en estos términos:

“El pésimo pecado de Onán, que ahora se llama neo-maltusianismo, se desarrolló en nuestro país belga lo mismo que una peste; y tanto en las ciudades como en los campos, así entre ricos como entre obreros, se va extendiendo esta plaga a lo ancho y largo de todas las provincias. Hecho es éste de que dan fe unánimemente economistas, médicos y confesores. Aun so pretexto de divulgación científica se propaga la peste en una forma descarada, ya en diarios, ya en revistas, y hasta en conferencias públicas.” (1)

Afirmaciones tan categóricas y tan generales, suscritas en un documento que se lanza a la publicidad mundial, por sacerdotes cuya discreción y madurez son las que competen a dignísimos Prelados de la Iglesia, a la cabeza de los cuales figura el cardenal Mercier, y de cuyo patriotismo nadie en estos tiempos podrá tener la menor duda, tales afirmaciones, repito, no son para desmentidas ni atenuadas. ¿Luego—se preguntará—Dios castiga a los belgas por estos pecados? No lo afirmamos, pero tampoco lo negamos. Mucho menos pretendemos que los ocupantes de Bélgica puedan alegar algún derecho fundado únicamente en los hechos denunciados. No sería cosa de envidiar el papel de los alemanes si Dios los tomase por instrumentos de su justicia, diremos ahora con Francisco de Vitoria. Pero sea permitida una comparación: entre los alemanes deportando belgas, con o sin justicia, y los belgas atacando, en sus mismos orígenes, a la vida humana, ¿quiénes son más bárbaros? Pues esta pregunta es necesario la tengan en cuenta todos los tocados del lirismo plañidero, para que si como cristianos es justo que deploren, y que deplorem todos, los males de nuestros prójimos, como hombres debidamente informados de los hechos pasados y presentes, sepamos hacer aprecio de la ejemplaridad de la Historia.

FR. ANTONIO G. PELÁEZ, O. P.

(1) “Pessimum peccatum Onam, quod nunc neo-malthusianismus vocatur, in nostra regione belgicae ut morbus contagiosus invaluit, atque per omnes provincias, cum ruri, tum urbi, tam inter divites quam inter opifices, longe lateque serpit. Hoc factum testantur unanimi consensu viri vel scientiae oeconomicae vel praxeos medicalis vel ministerii confessionum periti. Palam aperteque lues propagantur etiam sub nomine et praetextu scientifico, tum diariis, tum foliis periodicis, tum imo in conferentiis publice habitis.”

El comentario de Santo Tomás sobre Job

Hemos dejado en otra parte declarada la naturaleza de la exégesis medieval, enamorada de las altas verdades de la Escritura; pero menos cuidadosa de las varias y sucesivas formas que estas verdades revisten en el largo proceso de la revelación profética y en la mente de los diversos autores sagrados.

Por aquí comprenderá el lector otro hecho, a saber: que de todos los Libros Santos son siempre los didácticos los que nuestros exégetas exponen con más acierto, por ser en ellos más escaso el elemento imaginativo y presentarse la verdad más lisa y escueta. En los otros libros, en que abunda más la forma sensible, la verdad no aparece sino a través de aquélla, que si bien presta a los conceptos sobrenaturales una expresión bella, y, por tanto, más accesible a la mente de los lectores; en cambio, hace más dificultosa la inteligencia exacta de la verdad al que no puede apreciar debidamente esta forma imaginativa a través de la cual la verdad profética se deja ver. Todavía en estos libros didácticos no falta el elemento literario é histórico, que es preciso distinguir de la verdad absoluta, para poder apreciar luego ésta en su verdadero sentido y según la mente del autor sagrado. Y naturalmente, en este punto también se echa de ver la inferioridad de la exégesis medieval con respecto a la moderna exégesis, tan cuidadosa de la precisión histórica. Ejemplo de esto nos lo ofrece el comentario de Santo Tomás sobre Job, obra característica entre todos sus comentarios sobre el Viejo Testamento; como las Epístolas de San Pablo entre los del Nuevo. San Gregorio M. había explicado abundantemente los sentidos espirituales de Job, y el Angélico se propone explicar sólo el sentido literal. En

ejecución de su obra muéstrase el Santo Doctor filósofo y teólogo consumado, pero también hombre de su época en lo que mira a la literatura e historia. Pero lo más importante y más digno de nota es que las mismas ideas altas de la Filosofía y Teología hayan conducido a Santo Tomás a principios históricos y literarios muy exactos, y que en vano se buscarían en otros autores antiguos. Este punto es el que deseamos poner de manifiesto en esta nota.

El carácter singular de la obra del Angélico salta a la vista desde el prólogo, en el cual explica el problema discutido en Job y los elementos que el libro sagrado aporta al conocimiento de la Providencia. No sólo se distingue este prólogo de los prólogos que los autores medievales acostumbraban a poner en sus comentarios; sino que se distingue también de los mismos de Santo Tomás. Y al prólogo corresponde luego el comentario. La erudición bíblica es en él escasa; la atención del autor se concentra toda en precisar el sentido de las palabras, en mostrar la conexión de las sentencias y el desarrollo progresivo de la disputa que entre Job y sus amigos se entabla. En vez de las consideraciones históricas sobre las antiguas concepciones, abundan las observaciones filosóficas y teológicas, que dan siempre un valor más alto a las palabras del libro inspirado. Las consideraciones literarias son también escasísimas. Prueba de ello es el modo como resuelve el grave problema suscitado por la entrada de Eliu en escena, sin ser desde el principio anunciado, sin que de él se haga mención luego de hablar. "*Finita disputatione Job et trium amicorum, subditur disputatio Eliu contra Job, qui quidem quibusdam acutioribus rationibus contra Job utitur, quam priores, et magis ad veritatem accedit, unde et Job ei non respondet; licet tamen in aliquo a veritate deviet et verba Job sinistre interpretetur*" (c. XXXII, l. 1.^a). Esto cuanto a la entrada del personaje en la escena; cuanto a la conclusión dice que Eliu sólo pecó "*ex imperitia, Job autem ex levitate, et sic neuter graviter peccavit*", por lo cual Dios no se irrita contra ellos, ni manda que ofrezcan sacrificios, como hace con los tres amigos (c. XLII, l. 1.^a).

En cuanto al juicio de las ideas expuestas por los amigos de Job, la explicación de Santo Tomás se resiente del mismo defecto excesivamente especulativo. Los tres amigos defienden la justicia de Dios; pero en la realización de esa justicia no entra para nada la vida futura. Sus consideraciones se limitan a la vida presente, a los males temporales con que Dios castiga a los impíos y a los bienes,

también temporales, con que remunera a los justos. Santo Tomás parece olvidarse de que tal es el lenguaje más ordinario del Viejo Testamento, y no tiene en cuenta lo que él mismo escribe en la *Suma* siguiendo la doctrina de los padres, es a saber: que la ley, dirigiéndose a hombres imperfectos, que se mueven por el amor de cosas sensibles, no propone sino promesas y amenazas temporales (I, II, q. XCIX, a 6) (1). Parecía natural que los discursos de los amigos y de Job se interpretasen a la luz de esta doctrina, todavía incompleta, de la Providencia divina; en vez de eso, el Angélico atribuye a los amigos la negación de la inmortalidad del alma, sentencia que un historiador no puede hoy aceptar. El mismo Job combate esta falsa opinión de sus amigos: “sed quia illi, contra quos disputabat, *immortalitatem animae non ponebant, ut sic post mortem remaneret*, ipse loquitur secundum positionem eorum... quae omnia prosequitur Job, ut de necessitate inducat eos ad ponendam aliam vitam, in qua et iusti premientur et mali puniantur, ex quo per ea nunc posita non potest reddi causa tribulationis iustorum, quos certum est aliquando in hoc mundo tribulari” (c. X, l. 3.^a).

También se deja ver el expositor medieval en el desarrollo excesivamente alegórico que da Santo Tomás a los elementos figurados del libro. Muy sabiamente interpreta en sentido simbólico la introducción del drama: “Hoc autem symbolice et sub enigmate proponitur secundum consuetudinem Sacrae Scripturae, quae res spirituales sub figuris rerum corporalium describit, sicut patet Isaiae, VI, et Ezechieles et in aliis pluribus locis. Et quamvis spiritualia sub figuris rerum corporalium proponantur non tamen ea quae circa spiritualia intenduntur per figuras sensibiles ad mysticum pertinent sensum, sed litteralem; quia sensus litteralis est qui primo per verba intenditur, sive proprie sive figurate” (c. I, l. 2.^a).

El principio universal asentado es evidente y está muy oportunamente aplicado; pero luego, en el detalle, tiende demasiado a la alegoría, buscando en cada término de la narración un significado particular y dejando poco al ornato parabólico literario.” (Cf. c. I, l. 2.^a, 3.^a; c. IV, l. 2.^a) Especialmente se nota esto en el capítulo XL, donde además de no estar en su punto el simbolismo en virtud del cual bajo

(1) “Unde legi veteri conveniebat, ut per temporalia, quae erant in affectu hominum imperfectorum, manuduceret homines ad Deum” (ib. c.). “Sicut patet historias Veteris Testamenti revolventi, communis status populi semper sub lege in prosperitate fuit, quandiu legem observabant; et statim declinantes a praeceptis legis divinae, in multas adversitates incidebant”, etc. (ib. ad 2).

la figura del *clefante* y de la *ballena* *entiende descrito el diablo*, todavía explica en el sentido muy rigurosamente alegórico lo que se dice de las dos bestias. Una excepción de esta regla es la exposición del capítulo III, la lamentación de Job, la cual interpreta en sentido más parabólico. Y es singular la razón que para esto alega: "Sicut Hieronymus dicit in prologo a verbis in quibus ait: *Pereat dies in qua natus sum* usque ad illum locum, ubi ante finem voluminis scriptum est: *Idcirco ipse me reprehendo*, examentri versus sunt, dactilo, spondeo currentes, et sic patet quod liber iste per modum poematis conscriptus est. Unde per totum hunc librum figuris et coloribus utitur, quibus poetae uti consueverunt. Solent autem poetae, ut vehementius moveant, *ad eandem sententiam diversa inducere*, unde et hic Job ad maledicendum diei suae, secundum modum quem diximus, ea inducit, quibus aliquis dies solet esse odiosus" (c. III, l. 1.^a). Parece que sólo la forma métrica afirmada por San Jerónimo induce al Santo Doctor a explicar en un sentido más ampliamente parabólico la lamentación de Job, y todavía, a pesar de esto, la antes citada descripción de las bestias la declara con entero rigor alegórico.

* * *

Veamos, sin embargo, cómo de esos altos principios especulativos salen conclusiones muy históricas. Empecemos por la historicidad del libro. "Fuerunt autem aliqui, quibus visum est, quod iste Job non fuerit aliquid in rerum natura, sed quod fuerit quaedam parabola conficta, ut esset quodam thema ad providentiae disputationem, sicut frequenter homines confingunt aliqua facta ad disputandum de eis: *et quamvis ad intentionem libri non multum referat, utrum sic vel aliter fuerit*, refert tamen quantum ad ipsam veritatem: videretur enim praedicta opinio auctoritati sacrae Scripturae obviare; dicitur enim Ezech., XIV, 14, ex persona Dei: *Etsi fuerint tres viri isti in medio ejus, Noe, Daniel et Job, etc.*" (Prol.) La razón, pues, de la historicidad de Job no se funda, según Santo Tomás, en el libro mismo y en su valor doctrinal, *ad intentionem libri non multum refert utrum sic vel aliter fuerit*; fúndase más bien en el citado pasaje de Ezequiel, que reclama la existencia real de Job, varón santo y poderoso intercesor ante Dios, como en el libro es representado. La intervención de Dios en el capítulo XXXVIII es interpretada en forma también amplia. "*De turbine, quod quidem*

potest ad litteram intelligi, ut dicatur formatam esse vocem Dei miraculose in aere cum quadam aeris turbatione, sicut in monte Sinai factum legitur... vel potest intelligi, *ut sit metaphoricè dictum*. ut haec responsio dicta sit inspiratio interior divinitus facta ipsi Job." (C. XXXVIII, l. 1.^a) Y esta segunda exposición metafórica la acepta el Santo Doctor luego en el capítulo siguiente, lección 1.^a

Si ahora penetramos más adentro, en la naturaleza de los personajes que forman la trama del libro, que expresan sus sentimientos, veremos que los amigos de Job tienen para Santo Tomás un valor representativo más bien que personal e histórico. "Considerandum est quod hi tres in aliquo ejusdem sunt cum Job, *unde ejus amici dicuntur*, et in aliquo ab eis differebant, inter se invicem concordantes, *unde ergo invicem connumerantur et ab Job discernuntur*. Conveniebant enim cum Job, quod, non solum res naturales, sed etiam humanae, divinae Providentiae subjicerent; sed differebant ab eo, quod putabant hominem pro bonis quae agit, remunerari a Deo prosperitate temporali, quasi temporalia bona sint proemia virtutum. et temporalia mala sint propria proenae peccatorum. Hanc autem opinionem quilibet eorum propriis modis defendere nititur, secundum quod sibi proprium ingenium subjerebat, *propter quod dicuntur venisse singuli de loco suo*. Job autem hujus opinionis non erat, sed credebat bona opera hominum ordinari ad remunerationem spirituales futuram post hanc vitam, et similiter peccata futuris suppliciis esse punienda." (C. II, l. 2.^a; c. IV, l. 4.^a) Ya dejamos dicho cómo Santo Tomás agrava aún la opinión de los amigos de Job atribuyéndoles la negación de la inmortalidad del alma.

Pero no sólo los amigos, el mismo Job habla en igual sentido, y aquí Santo Tomás recurre a una acomodación. "Vel melius dicendum quod *more disputatoris*, loquitur secundum id quod adversarii sentiunt, antequam veritas manifestetur. Infra autem Job manifeste resurrectionis veritatem indicabit, et ideo in omnibus praecedentibus loquitur de resurrectione, supponendo opinionem eorum, cum quibus disputabat, qui non credebant aliam vitam esse nisi istam: in hac sola, homines aut puniri aut praemiari pro malis ac bonis quae agunt." (C. X, l. 3.^a) Y en otro lugar: "Sed quia illi contra quos disputabat, immortalitatem animae non ponebant, ut sic post mortem remaneret, ipse loquitur secundum positionem eorum." (Ib. ib.) Aparte de esta acomodación de Job a la opinión falsa de sus amigos para refutarla, todavía hay que considerar en Job la expresión de muy

varios sentimientos. "Prius tamen quam ad investigationem procedat, ostendit (Job) quo animo hic loquatur; loquitur enim *in persona hominis afflicti, secundum conceptiones quas ei tristitia subministrat*; unde primo ponit taedium quod patitur in vita, etc." (C. X, l. 1.^a) Y más adelante, exponiendo un juicio sintético sobre los discursos de Job, dice: "Job tripliciter in hoc libro invenitur fuisse locutus. Primo quidem *quasi repraesentans affectum sensualitatis* in prima quaestione, cum dixit: *pereat dies*. Secundo *exprimens deliberationem rationis humanae*, dum contra amicos disputaret. Tertio *inspirationem divinam*, dum *in persona Domini verba induxit*; et quia humana ratio dirigi debet secundum inspirationem divinam, post verba Domini, quae secundum rationem humanam dixerat, reprehendit." (C. XXXIX, l. 1.^a)

En resumen: Job es una persona histórica, porque así lo testifica Ezequiel; pero Job, lo mismo que los amigos, no han de ser considerados tanto en su ser individual, cuanto en su ser ideal, representativo. Cada uno encarna una idea y según esa deben ser interpretadas sus palabras; las cuales son, sin embargo, inspiradas, en cuanto escritas por el autor sagrado y todas verdaderas, en cuanto corresponden a sentimientos de los personajes que las profieren y concurren a desenvolver el argumento del libro: *Por qué Dios permite el sufrimiento del justo*.

FR. ALBERTO COLUNGA, O. P.

Roma, Colegio Angélico.

La enseñanza de Santo Tomás en la Universidad de Alcalá

V. ÚLTIMOS AÑOS DE LA UNIVERSIDAD.

Uno de los puntos más delicados en la reglamentación de la enseñanza universitaria a principios del pasado siglo era mantener el justo medio entre las dos orientaciones extremas que entonces contendían en nuestras Academias. Con las reformas de Carlos III se desterraron multitud de abusos, y en las aulas de Teología se había verificado un cambio de decoración notable, aunque no colmaba los deseos de los partidarios de la Filosofía nueva. Uno de ellos, y ciertamente de los más mirados, don Gaspar Melchor de Jovellanos, a quien en diversas ocasiones se había encomendado el arreglo de la enseñanza en algunos Centros, celebraba estos triunfos en su *Elogio de Carlos III leído en la Real Sociedad Económica de Madrid el día 8 de noviembre de 1788* con frases que revelan la alta satisfacción con que en las esferas progresistas fueron recibidas las órdenes del Monarca. “La Teología—escribe el renombrado astur—, libre del yugo aristotélico, abandona las cuestiones escolásticas, que antes llevaban su primera atención, y se vuelve al estudio del dogma y la controversia. Carlos, entregándola a la crítica, la conduce, por medio de ella, al conocimiento de sus purísimas fuentes, de la santa Escritura, los Concilios, los Padres, la historia y disciplina de la Iglesia, y restituye así a su antiguo decoro la ciencia de la Religión.” (1)

La discordia entre progresistas y conservadores no recaía tanto sobre el método que convenía adoptar en Teología como sobre los conatos de

(1) “Biblioteca de Autores Españoles.” *Obras publicadas e inéditas de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, tomo I, págs. 313-14. Para que se pueda apreciar en su integridad el criterio de Jovellanos sobre estas materias, reproducimos, aunque sea por vía de nota, una página de ese *Elogio*, en que trata de la labor de saneamiento verificada en la escolástica por Carlos III: “Determinado este piadoso Soberano a dar entrada a la luz en sus dominios—escribe el Ministro gijonés—empieza removiéndolos los estorbos que podían detener sus progresos. Este fué su primer cuidado. La igno-

los primeros para introducir en las aulas la Filosofía francesa en lugar de la peripatética. Pero como era de temer que con lo uno se abriese camino a lo otro, los teólogos de la oposición, en la que figuraban casi todos los adscritos a la Universidad de Alcalá, resistieron tenazmente a las nuevas ideas, ocasionándose con ese motivo serios encuentros en algunas de nuestras Academias.

En esa tirantez de espíritus apareció el Plan general de estudios de 1807, de cuyas disposiciones sólo estudiaremos aquí las referentes a la enseñanza de Santo Tomás.

La elaboración de ese Plan se hizo, no por el Consejo, sino por la Universidad de Salamanca, razón por la cual al presente nos interesa más conocer la opinión de la Universidad de Alcalá que la que presidió a la confección de ese Reglamento de estudios. Por fortuna hemos podido hallar un informe amplio dado por la Facultad de Teología de Alcalá, donde se refleja el pensamiento de aquellos doctores acerca de la enseñanza de esa ciencia.

En agosto de 1806 se comunicó a la Universidad una Real orden en la que se mandaba que "informe, con separación del número de cátedras respectivo a sus estudios, dotación de ellas, duración de la enseñanza, por qué libros se hace ésta, con todo lo demás que juzgue conducente en el particular, exponiendo lo que estime digno de reforma". El Claustro alcalaíno obedeció este mandato, y, en cuanto a la Facultad de Teología, los informantes suscribieron el dictamen redactado por el doctor Domingo Dutari, antiguo miembro de aquella Academia y persona de respetable autoridad, como lo acredita su nombramiento para el Consejo de Estado.

rancia defiende todavía sus trincheras; pero Carlos acabará de derribarlas. La verdad lidia a su lado, y a su vista desaparecerán del todo las tinieblas.

"La filosofía de Aristóteles había tiranizado por largos siglos la república de las letras, y, aunque despreciada y expulsada de casi toda Europa, conservaba todavía la veneración de nuestras escuelas. Poco útil en sí misma, porque todo lo da a la especulación y nada a la experiencia, y desfigurada en las versiones de los árabes, a quienes Europa debió tan funesto don, había acabado de corromperse a esfuerzos de la ignorancia de sus comentadores.

"Sus sectarios, divididos en bandos, la habían obscurecido entre nosotros con nuevas sutilezas, inventadas para apoyar el imperio de cada secta; y mientras el interés encendía sus guerras intestinas, la doctrina del Estagirita era el mejor escudo de las preocupaciones generales. Carlos disipa, destruye, aniquila de un golpe estos partidos, y, dando entrada en nuestras aulas a la libertad de filosofar, atrae a ellas un tesoro de conocimientos filosóficos que circulan ya en los ánimos de nuestra juventud y empiezan a restablecer el imperio de la razón. Ya se oyen apenas entre nosotros aquellas voces bárbaras, aquellas sentencias obscurísimas, aquellos ratiocinios vanos y sutiles, que antes eran gloria del Peripato y delicia de sus creyentes, y, en fin, hasta los títulos de tomistas, escotistas, suaristas, han huido ya de nuestras escuelas con los nombres de Froilán, González y Losada, sus corifeos, tan celebrados antes en ellas como pospuestos y olvidados en el día. De este modo, la justa posteridad permite por algún tiempo que la alabanza y el desprecio se disputen la posesión de algunos nombres para arrancárselos después y entregarlos al olvido."

El informe no se imprimió hasta el año 1824, cuando la triste realidad había confirmado el acierto de su autor o autores en sus apreciaciones acerca del porvenir de la Teología escolástica (1). La actitud que en él se revela es de resuelta adhesión al Plan de 1771. Veamos lo que opinaban los teólogos informantes acerca de la enseñanza de la *Suma*.

Después de exponer el contenido del Plan de 1771 sobre el particular, reducen los motivos que pueden existir para introducir en él innovaciones a estos dos: 1.º, insuficiencia de los cuatro cursos prescritos para el estudio de los elementos de la Teología, y 2.º, inconveniencia de adoptar la *Suma* como libro de texto.

Al primero responden categóricamente, con “firmeza de convencimiento”, que cuatro años “bastan y se han entendido por suficientes dentro y fuera de España para adquirir los elementos puros de la Teología”.

En la exposición del segundo punto sobre el cual recaían principalmente las divergencias de los dos bandos opuestos, la Facultad manifiesta su opinión en forma clara, terminante, haciendo una defensa viril de la *Suma*. Sin salir del gremio de esta Universidad hemos visto apologías acérrimas de las *Partes* de Santo Tomás como libro de texto; pero a todas ellas sobrepuja la presente por lo incondicional y decisivo y por la vibrante energía con que argumenta contra los partidarios de la Filosofía nueva, a la que trataban de subordinar la enseñanza de la Teología. En otras circunstancias fuera ridículo insistir sobre lo que nadie había puesto en duda; mas la insidiosa guerra de descrédito que algunos filosofastros habían declarado a la tradición justifica plenamente esa actitud escénica que nuestros informantes adoptan para salvar lo que ellos tenían por más intangible de la enseñanza universitaria. La suerte, es verdad, les fué adversa en esta ocasión, y en sus corazones debieron pedir a Dios que la victoria enemiga y el predominio que a ella iba unido tuviese, como tuvo de hecho, una existencia efímera. Una vez más se cumplió el

(1) He aquí la portada íntegra de este impreso, que hoy ha llegado a ser raro: “Informe que la Facultad de Teología de la Universidad de Alcalá dirigió a S. M. el año 1806. Obra póstuma del Excelentísimo señor Dr. D. Domingo de Dutari, Presbítero, del mismo Gremio y Claustro, colegial que fué en el de Málaga, caballero pensionado de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, del Consejo de Estado, etcétera, etc. Y lo compuso a instancia de un catedrático de la misma Facultad, puesto de acuerdo al efecto con los señores informantes nombrados por ella, que le firmaron. Lo da a luz Don Anacleto de Fagoaga y Dutari, del Consejo de S. M., su ministro togado en la real Chancillería de Granada y caballero de la misma Real Orden de Carlos III, sobrino y ahijado del autor—Madrid, 1824. En la oficina de D. Francisco Martínez Dávila, impresor de Cámara de S. M.” En 8.º, 79 págs.

Domingo Dutari comenzó a cursar Estudios mayores en Alcalá en 1764, en 1772 se graduó de bachiller en Teología y en 1777, de Doctor en ídem. Fué colegial en el de Málaga, y habiendo sustituido varias veces a los profesores de Teología, se presentó por primera vez a oposición en 1779.

dicho de Montagne: que hay derrotas preferibles a victorias, porque éstas, en manos de los progresistas, sólo sirvieron para aumentar el descrédito del sistema innovador, y a la vuelta de algunos años, restablecida la calma en nuestra Patria, los altos Poderes, que antes habían cedido a la presión insana, sin necesidad de nuevas instancias, por propia iniciativa, restablecieron las cosas a su antiguo estado, según luego veremos.

Por ser excesivamente largo para transcribir íntegro el dictamen acerca de las ventajas didácticas de la *Suma* (ocupa 13 páginas en el citado folleto), nos limitaremos a darlo a conocer en extracto.

Los informantes comienzan exponiendo o demostrando la verdad de estas tesis: "La *Suma*, sobre todos los cursos conocidos, parece a la Facultad la más anivelada con los respetos y condiciones de un curso elemental." "Es la única que se ajusta o, a lo menos, la que más se ajusta con los intentos de la Teología de la Escuela y del Estado."

Respondiendo con acierto a la acusación del excesivo predominio que Aristóteles tiene en la Teología de Santo Tomás, escriben:

"Santo Tomás bebió su doctrina teológica en sus propias fuentes, en la Escritura y con tanta exactitud, que está probado hasta la evidencia que en cada cuestión doctrinal siempre, y sin excepción, usa del texto más literal y más directo de la Escritura en los límites de aquella cuestión. Discípulo sumiso de la tradición, la recibió toda, y entera, cual la conserva la Iglesia, y, después de creerla como cristiano sencillo, la defendió, la hizo armada, terrible y fuerte contra los enemigos como teólogo. ¿Y en dónde estudió la tradición? En los Concilios y en los padres, que poseía con tanta plenitud y con magisterio tan profundamente combinatorio, que pasma a los maestros y facilita a los discípulos la inteligencia por la digestión. Su misma *Suma* será siempre el testigo, el fiador y la prueba eterna de que su Teología, como dijo un docto varón, es un epítome de los Santos Padres. Parece el elogio una hipóbole; pero en realidad es una verdad exacta y acaso inferior al mérito de la *Suma*, si vale el juicio del padre Labbé. Este eruditísimo jesuita, que al parecer, por sus obras inmensas, había leído las colecciones y masas enormes de Concilios y Padres, sienta de propósito que quien ha aprendido a Santo Tomás, ha aprendido los Santos Padres; pero que todavía no sabe a Santo Tomás el que sabe todos los Padres. Luego la Teología de Santo Tomás no es aristotélica, sino cristiana y eclesiástica: es la teología de los Santos Padres y algo más."

Por último, temiendo lo que en efecto sucedió, que en el Consejo tuvieran más arraigo las insidias y pasiones de algunos exaltados que los razonamientos serios de personas honorables, previenen contra ese peligro el ánimo del Ministro y le ruegan que en asunto de tanta trascendencia se digne otorgarles siquiera un voto consultivo, poniendo en la balanza como contrapeso a los pareceres contrarios las reflexiones que ellos envían. He aquí sus palabras:

La facultad ha extendido sus pensamientos acaso con demasía; pero la excusará con V. E. y con sus ocupaciones, la importancia de la materia y el temor de que tal vez llegarán a sus manos opiniones muy contrarias. V. E. seguramente no se dejará sorprender, ni es fácil por su capacidad, en un punto de que depende la suerte de la Teología. Mas si la variedad de pareceres, tan común en todas materias y señaladamente en las del método teológico, por la suma diversidad de luces, de intenciones, de partidos, de escuelas, sugiriesen la exclusión de Santo Tomás de la asignatura de las Instituciones, confía la Facultad que V. E. al lado del Rey influirá de modo que S. M., si no admite el dictamen en calidad de opinión, se digne oírla como ruego y solicitud respetuosa de toda la Facultad por la conservación de la *Suma* de Santo Tomás en la cátedra de Instituciones. Importa a la Iglesia y al Estado desahuciar de una vez a los proyectistas de métodos y convencerlos de la inutilidad de sus tentativas en dirigir el rumbo de las ciencias por la inestabilidad eterna de sus planes. Y, ciertamente, si Santo Tomás en la teología no fija las inconstancias, será forzoso abandonarla a todas las contingencias, modas literarias, caprichos y antojos de la suerte. Porque, en fin, la *Suma* de Santo Tomás está sostenida por las pruebas, por los exámenes y por la admiración de seis siglos, y su estimación correrá a la par del honor que goce la Teología misma. Si un Cuerpo elemental teológico de tan superiores calidades cae en las escuelas al vaivén de opiniones y exámenes diminutos, recaeremos en la manía mañosa de poner hoy una Teología y mañana otra y de acomodar la Teología al gusto errante del siglo, en vez de sujetar los tiempos, los siglos y los hombres al estudio que dicta la Teología, invariable en medio de las vicisitudes sucesivas de las cosas humanas.”

No faltará quien tenga este alegato por expresión de un espíritu intransigente, de los que tanto abundaron en España entre los teólogos de la décimaséptima y décimoctava centuria. Nosotros no lo tenemos por tal. El peligro jansenista y volteriano, incubado en la Universidad de Salamanca y ya bastante difundido por los demás Centros docentes, inclinan nuestro voto en favor de la cordura y valentía con que procedieron los teólogos complutenses para conjurarlo, aun sin esperanzas de éxito. Si hoy, ante un peligro de proporciones más reducidas, como lo es el modernismo, los Pontífices han recomendado la vuelta a Santo Tomás (1), calcúlese el grado de razón que asistía a los que, fieles a una tradición tres veces secular, lucharon para defender los derechos adquiridos por la *Suma* como libro de texto. Si el nuevo Plan se hubiese confeccionado con maduro consejo y por quien correspondía, como se hizo en otras ocasiones, es seguro que la tesis de Dutari habría prevalecido; pero ya sabemos que al Consejo reemplazaron en estas delicadas funciones los amigos que tenía el Marqués de Caballero en

(1) “*Veteri more, qui nunquam excidere debuerat, revocato, de ipsa Summa Theologica habeantur scholae.*” Pius X, *Motu proprio Doctoris Angelici.*

la Universidad de Salamanca, "formados sobre la literatura francesa y las doctrinas de los enciclopedistas" (1). Y menos mal que no les dió por asignar un autor jansenista para el estudio de la Teología, como hacían temer las declamaciones que entonces se pronunciaron contra la Escolástica. El asignado fué el dominico italiano Pedro María Gazzaniga, cuyas *Instituciones teológicas* tenían la ventaja de asociar el espíritu y ambiente de cuatro o cinco Universidades de Europa en que el autor había enseñado esta Facultad. Tuvieron también para Santo Tomás un rasgo de atención muy de agradecer, porque al fin otros, puestos a dar gusto a los ideales de emancipación que entonces cundían, no hubieran dejado ni vestigio de las antiguas instituciones. "Cuidarán los catedráticos—añade el Plan después de ordenar el estudio por el curso de Gazzaniga—de conservar, como lo hace este religioso escritor, el espíritu y doctrina de Santo Tomás, obligando a sus discípulos a que evacuen las continuas citas de su *Suma Teológica* y a leer en ella las materias más importantes."

La paralización de la vida universitaria a consecuencia de los graves sucesos que sobrevinieron poco después en toda la Nación dejaron sin efecto estas disposiciones cuando apenas habían comenzado a regir. Al restablecerse la normalidad después de seis años de lucha para sacudir el yugo extranjero, uno de los primeros cuidados de Fernando VII fué organizar la enseñanza pública sobre las antiguas bases puestas por su abuelo Carlos III. Como la Junta de Ministros encargada de realizarlo procedía con lentitud suma, Alcalá, lo mismo que otras Universidades, propusieron al Rey un Reglamento provisional de estudios que había de regir hasta que se aprobase el definitivo que estaba en proyecto. He aquí la solicitud enviada a Madrid en 1817 por el Rector de nuestra Universidad:

"Señor: El Rector de vuestra fiel Universidad de Alcalá respetuosamente expone: Que con motivo de la publicación del Plan de estudios del año de 1807 se originaron en ella considerables variaciones contrarias a lo dispuesto por vuestro augusto abuelo y poco favorables a los progresos de la juventud. El exponente, señor, que por espacio de cuarenta años reside en dicha Universidad, conoce por experiencia las notables ventajas que produciría a sus alumnos el antiguo Plan, y no puede menos de elevarlo a la sabia penetración de V. M. en desempeño de los deberes de Rector: por tanto: a V. M. encarecidamente suplico se digne mandar que por ahora, y hasta tanto que se ejecute el Plan general que V. M. ha mandado formar, se observe el adjunto dirigido por la mediación de su augusto protector, como substancialmente conforme en todas sus parte al que rigió desde 1771 a 1817.—A l. r. p. de V. M.—Francisco Jerónimo de Haro, rector."

(1) Así lo dice Vidal en su *Memoria histórica de la Universidad de Salamanca*, y lo repite La Fuente *l. c.*, tomo IV, pág. 301.

El nuevo Plan fué presentado al Rey a mediados de enero de ese año, interesando al mismo tiempo al infante don Antonio, protector de la Universidad, para que "procurase inclinar el real ánimo de S. M." en favor de lo que se solicitaba. El 10 de febrero se comunicó al Rector de Alcalá que el Rey "se ha servido mandar que se siga en esa Universidad el Plan propuesto por V. S. mientras se adopta el Plan general mandado formar al Consejo".

El restablecimiento del régimen liberal en 1821 turbó de nuevo la paz que comenzaba a renacer en las Universidades. Los descontentos creyeron llegado el momento de imponer su criterio, y se apresuraron a presentar a las Cortes el desventurado Reglamento que ocho años antes, en 1813, habían ideado para implantarlo cuando se normalizase la situación.

Todo se hizo conforme a sus deseos y, para su mayor satisfacción, quedó acordada la traslación de la Universidad de Alcalá a Madrid en castigo de sus tendencias ultramontanas, según entonces se decía (1).

La reacción realista en 1824 detuvo el curso de la obra emprendida por los liberales, y Fernando VII reorganizó la Junta encargada de formar el Plan general de estudios, apremiándola para que lo antes posible presentase a la regia sanción el resultado de sus trabajos. El nuevo Plan quedó aprobado en 1825. En él se asigna como texto para el estudio de la Teología las *Institutiones theologiae* del padre Cerboni, O. P., ordenando a los catedráticos que ilustrasen la doctrina de este autor "con la de Santo Tomás, principalmente la contenida, en la *Suma Teológica*, obra clásica que consultarán diariamente los maestros y los discípulos". (Art. 46 del Plan.)

La Universidad de Alcalá no se dió prisa para implantar el referido Plan, y con ese motivo el Rey y el Ministro de Justicia enviaron a ella como visitador al Obispo de Ceuta, don fray García Casarrubios y Melgar, para que, examinando de cerca el estado de la Universidad, acordase lo que convenía hacer en el arreglo de asignaturas y profesores.

(1) Para impedir que se llegase a ese acuerdo envió la Universidad un Memorial a las Cortes, con fecha de 6 de agosto de 1820, en que, recordando sus glorias pasadas, implora que se le permita seguir viviendo. El Memorial se imprimió en ese mismo año en Alcalá, en casa de Manuel Amigo, y ocupa 21 páginas en 8.º. Inspira compasión el tono de súplica que en él adoptan los exponentes, sobre todo conociendo la astucia refinada con que procedía la Junta general de estudios para conocer las rentas de la Universidad, que era lo que se buscaba. Para que al expolio se añadiese el escarnio, al pedir al Claustro informes sobre el particular, lo hace elogiando el celo que demostraba por los estudios y representando el interés que el Gobierno se tomaba por su prosperidad, cuidándose muy bien la Junta de ocultar sus intenciones, que, para su mayor baldón, las estampó después a continuación del Informe del Claustro, con esta frase de crudo cinismo: "Como esta Universidad es de las que deben suprimirse, importa poco saber otra cosa que no sea su renta y las bajas que debe sufrir" (leg. 5, I. P.).

La sustitución de la *Suma* por Cerboni quedó por el momento aplazada, y no fué precisamente por haber pocos ejemplares del segundo, como insinúa La Fuente (1), sino por la razón que expresamente se indica en el acta de la Junta celebrada el 21 de enero de 1825 por estas palabras:

“Acuerdo de S. S. I.—Que en atención a no hallarse la obra del Cerboni impresa con la exactitud y corrección que el mismo Plan exige, dispone su I. se siga enseñando por ahora por la *Suma Teológica* de Santo Tomás, encargando muy particularmente a los respectivos catedráticos y sustitutos hagan que sus discípulos se provean cuanto antes puedan de las *Instituciones teológicas* del Cerboni exentas de los defectos notados en la edición de Madrid; de todo lo cual se enteraron los concurrentes, ofreciendo su cumplimiento” (leg. 5, I. P.).

Corregido o no, el texto de Cerboni fué el que se señaló para el estudio de Teología a principio del curso siguiente de 1825-26 (leg. 671, I. P.) y se continuaba estudiando por él en mayo de 1826, según se deduce de unas tesis defendidas en Alcalá en esa fecha.

No tuvo, sin embargo, Cerboni mejor suerte que Gazzaniga, como se ve por una Real orden remitida poco después a todas las Universidades del reino, y que reproducimos íntegra por ser de gran interés para el tema de que aquí tratamos.

“Inspección general de Instrucción pública.—El excelentísimo señor Secretario de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia, con fecha 23 de septiembre me ha comunicado la Real orden siguiente:

Ilustrísimo señor: Convencido S. M. de que la *Suma* de Santo Tomás en las actuales circunstancias es la única que puede preservar a la juventud de las perversas doctrinas que desgraciadamente se han esparcido entre nosotros, formando, además, hombres bien cimentados en todas las materias que abraza la Sagrada Teología, ha resuelto que en todas las Universidades del reino, Colegios y demás Estudios de Teología se enseñe la referida *Suma* de Santo Tomás. De Real orden lo participo a V. I para inteligencia de la Inspección y que disponga lo necesario a su cumplimiento, trasladándola a todas las Universidades y demás Cuerpos literarios del reino.

Lo que comunico a V para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde a V. muchos años. Madrid, 4 de octubre de 1826.”

En la presente, como en ocasiones anteriores, las notables ventajas didácticas de la *Suma* sobre los demás textos modernos de Teología eran tan evidentes, que, a pesar de la tenaz impugnación en contra, la antigua escolástica, abrillantada con el descrédito de sus adversarios, recobraba sus posiciones.

(1) *La Enseñanza tomística en España*. Madrid, 1874, pág. 40.

La Universidad de Alcalá debió celebrar como propio este triunfo, por el cual tan resueltamente había colaborado, y cuando diez años más tarde se acordaba en Madrid la supresión definitiva de aquella Academia, sus teólogos, en medio de la contrariedad que esa medida les proporcionaba, pudieron gloriarse de haberse mantenido siempre adictos, no sólo al espíritu y doctrina del Angélico, que eso nunca entre ellos sufrió oposición seria, sino también a la letra de la *Suma* con la misma fidelidad y reverencia que le habían profesado los grandes teólogos de nuestro siglo de oro.

Catedráticos de Santo Tomás desde 1771 hasta la supresión de la Universidad.—En el Plan de 1771 se asignó la explicación de la *Suma* a los dos catedráticos de la Fundación del Duque de Lerma y a los de la menor de Santo Tomás y de la de Durando. Al catedrático de Prima se le señala la asignatura de Concilios. Al de Escoto, la de Teología moral, por Natal Alejandro u otro autor, “teniendo presente y aun llevando lección a la letra de lo que trae la *Suma* de Santo Tomás en la tercera parte desde la cuestión 60 hasta el fin” (pág. 206).

Habiendo ya reconstruido la serie completa de catedráticos de la Fundación del Duque de Lerma, al presente nos resta sólo continuar la de los que desde 1771 compartieron con ellos la exposición de la *Suma*.

Cátedra menor de Santo Tomás.—1.º Al publicarse el nuevo Plan de estudios estaba vacante esta cátedra y la regentaba desde 1770, en calidad de sustituto *pro Universitate*, el padre Juan Ramírez de Orozco, mercedario calzado, que continuó en ella hasta 1775. En los cursos de 1772 y 73 compartió con él la enseñanza el padre Isidoro Morales, bernardo, explicando la lección de la tarde, conforme a lo que disponía el nuevo Plan (pág. 204).

2.º En diciembre de 1775 entró en ella el doctor José Domingo Acín, y la tuvo hasta el 1778, en que ascendió a la de Vísperas o de Disciplina eclesiástica. Era graduado por Avila: en 1767 obtuvo en Alcalá la cátedra de Filosofía moderna, de reciente fundación, y en 1787 fué nombrado canónigo de Zaragoza.

3.º Durante un decenio, que comenzó con el curso de 1779, la regentó el padre Miguel Acero, carmelita calzado. Era natural de Salmerón (Guadalajara). En 1757, a los veintisiete años de edad, se graduó de doctor en Osma, incorporando luego sus títulos en Alcalá. En 1773 y 1774 figura como sustituto de la cátedra de Durando, nombrado por el Claustro. De la de Santo Tomás pasó a la de Disciplina eclesiástica en 1789, y dos años después a la de Prima. Publicó un *Tratado de los funerales y de las sepulturas* (Madrid, 1786), presentado al Conde de Florida-Blanca y escrito tal vez a instancia del mismo.

4.º Le sucedió en la menor de Santo Tomás el padre Miguel de la

Peña, basilio, que entró en ella por agosto de 1790. Dos años después pasó a la Disciplina eclesiástica. Murió en 1806.

5.º Desde 1793 la regentó el *padre Jerónimo González*, agustino, y continuó en ella hasta 1803, en que le concedieron la jubilación.

6.º El 15 de diciembre de 1804 la obtuvo el *padre Clemente Barbero*, bernardo, abad que había sido del monasterio de Huerta y lo era del Colegio de Alcalá. Contaba a la sazón treinta y nueve años. Continuó en esta cátedra hasta el 1818, en que ascendió a la de Disciplina, para volver de nuevo a la de Instituciones, en la que figura por enero de 1822. Después, probablemente hacia 1825, ocupó otra vez la de Disciplina, y en ella fué jubilado el año 1830 (leg. 29, núm. 242). Llegó a ser General de los Cistercienses.

Cátedra de Durando.—Desde la publicación del nuevo Plan hasta 1774 estuvo regentada por sustitutos, figurando entre ellos el padre Miguel Acero.

1.º El 15 de abril de 1774 tomó posesión el *doctor Romualdo Palomar*, y a fines del año siguiente pasó a la de Teología moral.

2.º Le sucedió el *padre Isidoro Morales*, abad del Colegio de San Bernardo y más tarde General de los Cistercienses. La regentó desde el 4 de noviembre, en que tomó posesión, hasta el año 1786, en que murió. Era graduado por la Universidad de Avila.

3.º La obtuvo, al quedar vacante, el *doctor Juan Antonio Montes y Goyri*, el que, en 1789, la dejó por renuncia. Había cursado Filosofía en el Colegio de Santo Tomás de Madrid.

4.º En febrero de 1790 entró a regentarla el *doctor Manuel Justo Martínez Galiano*. Por febrero de 1796 comenzó en ella un nuevo sexenio, y por agosto de ese año pasó a la de Prima. En mayo de 1805 se le supone ya fallecido. Había nacido en San Lorenzo de Tajuña (Guadalajara). Hizo todos sus estudios en Alcalá, ingresando como becario en el Colegio de Málaga. En 1780 obtuvo una cátedra de Artes. En 1800 figura como visitador extraordinario de la Universidad, y desempeñó también el cargo de Rector del Colegio de la Concepción.

5.º Desde 1797 hasta 1806 estuvo regentada por el *padre Ramón Martínez Falero*, mercedario calzado, que después pasó a la de Moral. Llevó la de Durando en la primera oposición que hacía en esta Universidad, siendo ocho los contendientes. En el relato de méritos consignados en el expediente de oposición se dice, hablando de él, que “compuso una disertación latina sobre las señales de culto y santidad con que fueron hallados los Obispos desconocidos Nigrino y Sefronio, y sobre otros monumentos descubiertos en Cabeza del Griego, la que, remitida de orden de S. M. a la censura y examen de la Real Academia de la Historia por el excelentísimo señor Conde de Floridablanca, mereció su aprobación”

(leg. 29, núm. 219). Durante la guerra de la Independencia debió ausentarse de Alcalá, a juzgar por una carta que escribió desde Sahelices (Cuenca), su pueblo natal, el 12 de marzo de 1814 a los diputados de Hacienda de la Universidad, en que manifiesta que llevaba ya cuatro años manteniéndose de limosna, y pedía que se le diese lo que le había correspondido por la regencia de su cátedra de Moral, ocupada a la sazón por el doctor del Barco como sustituto (leg. 18 de varios). En su Orden desempeñó el cargo de Provincial de Castilla desde 1805 hasta 1816.

Cátedras de Instituciones de Teología durante los últimos años de la Universidad.—En los Planes de 1807 y de 1824 se sustituyó la denominación tradicional de las cátedras de Teología por la denominación genérica de cursos o cátedras de Instituciones. Estas, según el de 1807, debían ser regentadas por catedráticos de oposición. Los regulares—que en Salamanca, para cuya Universidad se hizo primeramente el Plan, eran benedictinos, dominicos y franciscanos—quedaban reducidos a “explicar en sus cátedras a solos sus colegiales, únicas personas que ganarán curso en ellas” (art. 23). Pero, según ya hemos indicado, este Plan apenas llegó a implantarse. Al terminar la guerra de la Independencia, en Alcalá, como en casi todas las Universidades, se volvió al Plan de Carlos III, ligeramente modificado, sirviendo ese arreglo provisional de intermedio entre lo dispuesto por aquel Monarca y lo que después se consignó en el Plan general de 1824.

En éste hay tres artículos relativos a la asignación de profesores para la enseñanza en las Universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá, donde los regulares tenían cátedras en propiedad. Aquí sólo nos interesa conocer el art. 335, que dice así: “En Alcalá enseñarán un curso mañana y tarde dos padres dominicos y continuarán en los cuatro con unos mismos discípulos, y los dos padres observantes explicarán por la tarde. Cuatro catedráticos de oposición y real provisión llenarán con los cuatro regulares las asignaturas de las Instituciones teológicas.”

La enseñanza propiamente teológica quedaba distribuída, según esta disposición, entre ocho profesores, y se daba el caso peregrino, tanto aquí como en Salamanca y Valladolid, que las cátedras fundadas para los franciscanos, y, naturalmente, para explicar a Escoto, pasaron a ser cátedras en que se debía explicar y exigir a los discípulos la letra de Santo Tomás. Así consta que lo hicieron los franciscanos Altamir y Escobar, cuyos programas y listas de artículos de la *Suma* dados a los discípulos para su estudio al comenzar los cursos de 1828 y 29 hemos visto en el leg. 671, I. P. (sig. antigua: leg. 10, I. P.). La otra cátedra de Escoto de oposición ya queda indicado que por el Plan de Carlos III pasó a ser cátedra de Teología moral, en que también entraba la explicación de la *Suma*.

La reconstrucción de la serie de profesores de los cursos de Teología durante los últimos años de la Universidad complutense ofrece tantas dificultades, que nuestro catálogo no puede tomarse por definitivo, aunque hemos procurado registrar cuantos documentos podrían suministrar-nos alguna luz. Las dificultades proceden, por una parte, de la misma multiplicación de regentes, entre los cuales no siempre se señala si son propietarios o sustitutos. Además, en esta última época tuvieron lugar toda clase de anomalías dentro y fuera de la Universidad, y ni aun la consignación expresa de un hecho permite a veces tener seguridad acerca del mismo. Desde luego en los libros de provisiones de cátedras hay lagunas de consideración, y lo mismo ocurre en los expedientes de oposición. Añádase a esto que al triunfo de un bando político solía seguirse en estos años de tanto apasionamiento la amoción de los catedráticos que no le eran afectos. También fueron depuestos por Fernando VII algunos profesores que no guardaron los trámites legales en la obtención de grados. Y, en fin, el desconcierto del régimen interno de la Universidad parece haberse extendido a las cabezas de algunos notarios, que se cuidan bien poco de la exactitud de sus testimonios.

A continuación indicamos los nombres de los regentes de Teología, sin tratar de precisar con exactitud el tiempo de sus regencias, por ser éste un dato secundario y que no siempre podría fijarse con toda certeza.

Durante la guerra de la Independencia y los primeros años que a ella siguieron regentaban las cátedras de Teología los padres Barbajero y Juan de Olalla. Este último sucedió a Falero y debió entrar en la de Durando o en la equivalente del nuevo Plan al dejar de regentarla como sustituto el doctor Nicolás Martínez de Tejada, por enero de 1808, continuando en ella hasta enero de 1814, en que octuvo otra de Teología correspondiente al tercer curso. En 1819 ascendió a la de Teología moral, siendo a la sazón Provincial de los clérigos menores. Murió hacia 1825 (leg. 29, núm. 254 y leg. 48).

En 1819, a 3 de enero, se registra el ingreso del padre Casiano Humarán y Argáiz, de la Orden de los Mínimos, en una de Instituciones. En 1826 pasó a la de Escritura, y en 1830 a la de Prima. En su relación de méritos para esta última se dice que "el Gobierno llamado constitucional le despojó de dicha cátedra (de Instituciones), le desterró de esta ciudad y, después de haber padecido mucho, estuvo en la cárcel de Corte por defender a rostro firme la soberanía de nuestro muy amado rey Fernando VII" (leg. 29, núm. 242). Figura como sustituto en las cátedras de Teología desde los primeros años de este siglo.

Por enero de 1822, según informe remitido por la Universidal a la Junta general de estudios del reino, regentaban las cátedras de instituciones los padres Barbajero y Humarán como propietarios y el padre

Miguel Martínez Muñoz, mercedario calzado, con el doctor Manuel del Barco como sustitutos (leg. 5, I. P.).

En 1825, al hacerse el arreglo de las regencias de Teología en la visita del Obispo de Ceuta, conforme a lo dispuesto en el nuevo Plan, se nombraron los siguientes catedráticos: padres Mariano de Jesús Gómez y Paulino Mencía, dominicos; Francisco Sánchez Escobar, franciscano; padre Casiano Humarán y los doctores Manuel del Barco y Juan Miguel de Iriarte. Al año siguiente figuran Barbajero, Humarán, Gómez, Mencía, Escobar, Martínez, Iriarte y el doctor Pascual de la Puerta (*ídem ibidem*). Martínez y Humarán ascendieron en ese mismo año a las de Moral y Escritura, respectivamente.

En 1827 recibió la Universidad una dura reprensión de la Inspección general de Instrucción pública por los abusos cometidos por la Junta de Método en la colación de grados, y a consecuencia de ello quedaron privados de sus cátedras el padre Martínez y el doctor La Puerta (1). La ejecución de este acuerdo, por lo que tocaba al padre Martínez, se retardó cerca de dos años, y entonces éste se retiró a Uclés, donde le encomendaron la enseñanza de la Teología moral a los caballeros de la Orden de Santiago. Después de algún tiempo volvió a Alcalá, y en 1835 fué de nuevo privado de la cátedra con otros que no simpatizaban con las ideas liberales.

Curso de 1827-28. El primero de Instituciones lo regentaban el padre Bartolomé Altamir y Paúl, franciscano, y el bachiller Venancio Bonilla; el segundo, Iriarte y Escobar; el tercero, el padre Patricio Sáinz de Robles, filipense, y el cuarto, el padre Mencía.

Altamir era aragonés y fué traído a Alcalá por el General de su Orden, que la tenía en gran estima. Se conservan de él varios sermones impresos, entre otros la *Oración panegírica del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, que dijo en la solemne función celebrada en la iglesia de los PP. Predicadores de la ciudad de Huesca el 7 de marzo de 1825.*—Huesca, 1825.

Robles, el otro nuevo regente que aparece en este curso, era natural de Agreda, había estudiado Filosofía en Irache, y la enseñó después en el Seminario de Tarazona. También éste experimentó los efectos de las iras liberales en 1835.

Curso de 1828-29. Primero de Instituciones, padres Gómez (que enseñaba, además, Religión y moral) y Mencía; segundo, padre Rodolfo Millaña, bernardo, y padre Altemir; tercero, Escobar (?), y cuarto, Robles.

En el curso siguiente sólo figura como catedrático nuevo el padre Manuel Fernández Arango, mercedario calzado, natural de Quinzanas (Asturias), que contaba a la sazón veintiocho años.

(1) La Fuente, ob. cit., IV, 377.

En noviembre de 1832 entró a llenar la vacante que tres años antes había dejado Iriarte el doctor Juan Fernández Pintado, catedrático de Filosofía hasta esa fecha, de treinta y dos años de edad.

En los tres años siguientes apenas debió haber cambio de personal. Las víctimas del atropello que los liberales progresistas cometieron en Alcalá el día de los Inocentes de 1835 son los mismos profesores que ya conocemos. Humarán, en previsión de tan desagradables sucesos, había huído de la población. A Robles, Millana, Escobar y Martínez se les privó de sus cátedras. Iriarte, que enseñaba Teología moral, y Pintado y La Puerta, que regentaban dos de curso, fueron desterrados. En su lugar entraron, a principios del año siguiente, Mariano Lebrón y Gil Alberto Acha (lib. 413, fol. 50 v.), que, junto con el padre Manuel Arango y los doctores Nicolás Heredero y Tomás Palacios y algún sustituto improvisado, formaban la Facultad de Teología. El retrato que hace de algunos de estos profesores don Vicente de la Fuente, que tuvo que *sus-tituir* en esos años—como dice él con gracia—al sustituto de Biblia, nos da idea del envilecimiento a que habían llegado después de tres siglos las cátedras ocupadas por Ciruelo, Cano, Mancio, el cisterciense Cipriano de Huerga y otras figuras de primera magnitud en la décimasexta centuria (1). Y, con todo, suman los teólogos matriculados en el curso de 1836-37 cuarenta y cinco, número no alcanzado en muchos de los años anteriores.

En octubre de 1837 se trasladaron a Madrid las Facultades de Filosofía y Teología (las demás Facultades se habían trasladado antes), instalándose la enseñanza en el edificio de las Salesas nuevas, donde continuó hasta 1843. El futuro historiador de la Universidad Central podrá completar la lista de catedráticos que queda expuesta con la de los que durante treinta y tantos años enseñaron la Teología en Madrid hasta que la Revolución suprimió esa Facultad en las Universidades del Estado. Hoy está la documentación relativa a ese punto en el Archivo privado de nuestra Universidad, y, aparte de las dificultades que esa obra implica, se tiene por prematuro revisarlo y sacar a la publicidad su contenido.

FR. V. BELTRÁN DE HEREDIA.

(1) La Fuente, l. c., tomo IV, págs. 402 y 412.

Evolucionismo y transformismo según la ciencia

I

ORIGEN Y CAUSAS DE LOS SISTEMAS TRANSFORMISTAS

Que las ideas evolucionistas y transformistas dominan hoy en todos los ramos del saber humano es un hecho que no puede negarse. Se aplica la idea de *evolución* a todo, o casi todo: a la formación de los cuerpos sidéreos, incluso el planeta que habitamos; a la materia inorgánica, en general; a la naturaleza toda del mundo dotado de vida, no sólo respecto de los individuos vivientes (que aquí no es sólo teoría, sino hecho primitivo y palpable), mas también a los grandes grupos en que se contienen aquéllos, como *reinos, clases, órdenes, familias, especies y géneros*; a la *Psicología, la Historia, la Sociología, la misma Moral y Religión...*

Aunque *evolucionismo* y *transformismo* se toman de ordinario como sinónimos, empleándose indiferentemente estos dos términos, en realidad no significan lo mismo, y conviene fijar entre los dos alguna diferencia, sin perjuicio de usar cualquiera de ellos, como lo haremos, cuando la idea fundamental representada por estos nombres se mantenga invariable.

La idea de "evolución" denota primeramente seres en movimiento, en cambios continuados tocante a *su modo de ser* o estar, sin excluir, por lo regular, la permanencia en *su ser substancial* o fundamental. El fenómeno-tipo de evolución le tenemos en cualquier individuo viviente, desde la fase de su vida embrionaria hasta su completo desarrollo, hasta la adquisición de la forma propia de su especie, en toda la perfección

de que es susceptible; y ya se ve que aquí el individuo se conserva *idéntico a sí propio* en lo fundamental de su ser, aun a través de las importantes modificaciones que en su evolución ha ido experimentando.

Puede observarse que los cuerpos en actividad, cuanto ésta les sea más propia, más íntima, menos debida a simple comunicación del exterior, tanto su desenvolvimiento se verifica a expensas de más importantes modificaciones sufridas por el agente, como se ve en las acciones químicas y en los fenómenos de acción orgánica y vital. Hay, pues, evolución en donde hay movimiento y actividad, llevando consigo modificaciones experimentadas por los móviles y agentes, aunque persistan en su propia naturaleza fundamental.

El nombre de "transformismo", sin dejar de implicar algunos conceptos del anterior, es más significativo; lleva más directamente a la idea de lo que hay de cambio en los seres que evolucionan. La *transformación* (como también la evolución) puede ser más o menos profunda y, según frecuentemente se emplea en Biología, puede significar el tránsito en un mismo ser (o grupo de seres) de una a otra diferente naturaleza. Particularmente, el transformismo que ahora nos va a ocupar implica la idea de *descendencia* en todas las formas orgánicas unas de otras, viniendo las más complicadas de las más rudimentarias, en la sucesión de los vivientes con vida orgánica, a contar de los primeros en que la vida empezó a manifestarse. Este transformismo, como sistema, presenta diversas gradaciones, comprendiendo, en un extremo, los transformistas más radicales y exagerados, para los que la evolución transformativa empieza en el mundo mineral y termina en el hombre, sin solución de continuidad; negando primero la distinción esencial entre lo orgánico y lo inorgánico, haciendo a lo primero proceder directa e inmediatamente de lo segundo e imaginando a todas las especies vivientes engendradas unas por otras, sin exceptuar al hombre mismo, a quien asigna origen tan ruin como a los más primitivos organismos monocelulares. En el otro extremo están los transformistas moderados, para los que el proceso evolutivo no es tan absoluto; admiten la creación directa de la materia inorgánica primero, y después la de la orgánica en reducido número de vivientes primitivos, típicos, de los que sucesivamente fueron procediendo las múltiples especies que ya han desaparecido y las hoy existentes; pero reconociendo la superioridad de naturaleza en el hombre, la espiritualidad de su alma y su creación directa por Dios en los primeros individuos de nuestra estirpe. Entre éstos hay algunos católicos aventajados en el conocimiento de las ciencias.

Los trabajos a que han dado lugar las referidas cuestiones no se limitan a simples discusiones de teoría y controversia, sino que han

sido manantial fecundo de pacientes y delicadas y numerosísimas experiencias, que desde luego han servido mucho para conocer más íntimamente los secretos de la vida orgánica, por más que no hayan logrado el acuerdo en las opiniones y maneras de ver de los científicos, y aun de los filósofos. Inmediatamente que sea preciso salir de la enunciación de los datos adquiridos o los hechos experimentados u observados, para generalizar o sacar alguna consecuencia importante, comienzan las discrepancias: en unos la más sincera convicción, en vista de lo que manifiesta la verdad; en otros la obstinación acerca de lo que buscaban de antemano y pretendían demostrar a todo trance, aunque sea preciso desfigurar los hechos o dar de ellos interpretaciones falsas y sectarias.

Mucho podría decirse acerca de esto; pero nos contentaremos, por ahora, con recordar los nombres de Pouchet, de Bastián, de Darwin, Haeckel, M. Duval, Huxley, Ives Delage, Le Dantec, Spencer, Herrera, perseguidores incansables de la sombra transformista, a que no han logrado dar cuerpo real.

Aunque nunca debe olvidarse la parte principal que en la elaboración y defensa del transformismo exagerado ha tenido *la voluntad*, el espíritu de secta, al mismo tiempo hay aquí lugar para cierta explicación psicológica que da razón del empeño con que, a pesar de su absoluta carencia de valor intrínseco, se ha mantenido y mantiene, no sólo el evolucionismo exagerado y radical, sino también el de los más moderados y que más le restringen. Y es la natural tendencia del espíritu humano a explicar los efectos observados en el mundo visible por causas que se hallen a su alcance, sin la precisión de recurrir a la intervención extraordinaria de alguna causa trascendental y oculta, como es la acción del Creador, sacando de la nada y dando la existencia a las criaturas, que de la nada salieron. Llevada esta tendencia *al extremo*, resulta la necesidad de recurrir, para la explicación de ciertos hechos, a causas en sí mismas incapaces de producirlos, como sucede con el intento, siempre frustrado, de encontrar en la materia inorgánica el principio de la organizada; en el mundo mineral, el más primitivo, el origen de la vida, absolutamente superior a las energías de aquél, y en las especies más ínfimas de vivientes la razón de las partícipes en más alto grado de la vida, a la manera que en lo inacabado del germen o del embrión está el determinante del mismo ser llegado a su edad adulta.

Por otra parte, la rutina o falta de suficiente análisis da por sentada como cosa cierta y corriente alguna vez algo que no pasa de ser un *postulado* sin sólido cimiento, de donde resulta la necesidad de hacer intervenir la acción directa e inmediata del Creador, con una frecuencia que parece incompatible con lo que piden los métodos y

procedimientos verdaderamente científicos. Así, dando por legítima la explicación corriente relativa a las imaginarias "épocas geológicas" (1), y a la aparición *sucesiva* (que negamos) de organismos gradualmente surgidos según el orden de perfección, a fin de no multiplicar las creaciones divinas, directas e inmediatas, a que estamos poco acostumbrados, y menos inclinados, viene el transformismo (moderado) a defender, contra el *creacionismo*, la formación directa por el Creador de unos cuantos tipos, de entre los que hoy se hallan ser de sistema de organización más divergente e irreductibles entre sí, y de éstos todas las demás clases, órdenes, etc., en la variedad inmensa con que hoy los vemos y los han visto sucesivamente las pasadas épocas geológicas. De entre estos últimos transformistas pocos hay que crean en la generación espontánea, oponiéndose a tal concepción el resultado de cuantas experiencias se han hecho científicamente para dar con ella; mas, así y todo, no faltan quienes quisieran encontrarla; abundan éstos entre los incrédulos, y se deciden todos los monistas a aceptarla cual un *postulado*, como decía Claus, indispensable para explicar la existencia de seres vivos sobre la tierra.

En general, los demasiadamente encariñados con el poder y los recursos de la Naturaleza, superficiales en conocimientos filosóficos y algo así como supersticiosos para con cuanto lleva el nombre (más o menos legítimo) de ciencia, se figuran ser un pobre recurso o cierta depreciación de la Naturaleza misma todo lo que sea intervención en sus actividades y fenómenos de la acción divina, mientras el científico sólido y el filósofo que sepa penetrar más allá de las apariencias verán tanto más íntimamente a Dios en todo, aun en lo natural, y sin depreciar a esto en nada de lo que es suyo, cuanto más atentamente estudien en el gran libro de la Naturaleza.

En todo caso hemos de reconocer como hecho innegable que, a la cabeza de los transformistas de todos los tiempos y de los *evolucionistas*, entre los que contamos a los forjadores de las teorías cosmogónicas, que hacen derivar el estado actual de los grandes sistemas corpóreos (astros, planetas, tierra) de nebulosas parecidas a las que hoy todavía aparecen allá, muy lejos, muy lejos, en las profundidades del espacio, han estado constantemente los naturalistas y filósofos, que se han esforzado por hallar la explicación de todo, con independencia, hasta con exclusión positiva, de cualquier intervención divina, o de lo sobrenatural, milagroso, metafísico, según el lenguaje de aquéllos. Concedemos de buen grado que, si bien los apriorismos exclusivistas de los aludidos científicos los desautorizan notablemente, y su sectarismo previene en

(1) Véase sobre éste lo dicho en "Teorías cosmogónicas...", págs. 164 y sigtes.

contra de las teorías iniciadas por ellos, mas al fin y al cabo, como *la verdad* es lo que buscamos ante todo, si lo que ellos han imaginado es verdad, será preciso aceptarlo; si sus construcciones científicas o filosóficas están fundadas en sólidos argumentos, hemos de ser los primeros en reconocerlas, aun deplorando lo que haya de intención torcida en los primeros móviles.

Pero lo que realmente sucede con harta frecuencia es que se abusa del nombre de ciencia, encubriendo con él hipótesis que tienen aspecto y no realidad de ciencia. Y si no es racional rechazar las aseveraciones de los sectarios *sólo por serlo*, aún lo es menos admitir sin examen y cual moneda legítima la que es falsa, respetando como científico lo que sólo tiene de tal el nombre, únicamente con la condición de que las teorías aludidas sean compatibles en absoluto con el dogma y la religión, lo cual no es raro que suceda en píos escritores, demasiado benévolos para los que no corresponden con la misma sinceridad. En fin, que la verdad ante todo, venga de donde viniere.

Muchos e irrecusables testimonios pudiéramos aducir en comprobación de lo que acabamos de indicar acerca de la importancia que el móvil sectario tiene, tratándose del transformismo en particular. Creyendo innecesaria la multiplicación de textos, citaremos las palabras de uno de los más autorizados transformistas, de los que han tratado más a fondo, desde hace ya bastantes años, las cuestiones relacionadas inmediatamente con el evolucionismo. En su reciente obra (1909) *Les Théories de l'Evolution* se expresa de este modo Ives Delage: "El que las especies hayan nacido unas de otras no es tan sólo deducción que se apoye sobre hechos, pues que los hechos pueden ser negados y principalmente interpretados de otro modo, sino que es *una noción que se impone a nuestro espíritu* como la única aceptable, desde que *hemos abandonado* la teoría de la creación sobrenatural." (Introd., pág. 4.) Poco después, entre otros despropósitos, añade: "En vista de esta cuestión, la más ardiente, la más dolorosa (la del origen del hombre), es por la que combatían los dos bandos enemigos, y por ella es por la que su victoria ha costado a los transformistas tantos esfuerzos. *Pero esta victoria fué definitiva*; desde entonces quedaba el hombre irrevocablemente considerado cual último eslabón de la evolución del mundo animal, producido por causas tan naturales como las que han presidido al nacimiento de otras especies."

¡Deliciosa manera de prosperar la ciencia, no admitir otra que la conforme a estas parcialidades estrechas, ni más razones dignas de atenderse que las suyas y de sus secuaces! Sería de oír a estos científicos, si los que pensamos al revés que ellos no leyésemos sus obras, ni nos enterásemos de sus argumentos, ni diésemos valor alguno a lo que en

ellos mismos lo merece, atentos sólo, como ellos, a afirmaciones contundentes contra toda razón y aun contra la misma evidencia...

Por nuestra parte, nos proponemos en este trabajo estudiar el evolucionismo y principalmente el transformismo, pero sólo desde el punto de vista científico y filosófico, reconociendo que, dentro de la más pura ortodoxia, cabe perfectamente defender uno y otro, mientras no se llegue a los excesos de los monistas y ateos y materialistas que sistemáticamente niegan toda intervención del Supremo Hacedor en la creación y gobierno del mundo, así como lo referente a la creación del hombre en especial.

Aunque el evolucionismo o transformismo suele considerarse como sistema único, podremos, siquiera para mayor claridad, distinguir en él tres aspectos o fases: la del evolucionismo en el mundo inorgánico; la del tránsito de éste al de los vivientes, y la de las diversas especies de estos últimos, en cuanto descendencia de unas procedentes de otras. Nuestro principal intento es lo referente al transformismo evolutivo de las especies vivientes; mas creemos oportuno apuntar algo, siquiera brevemente, acerca de lo relativo a las dos primeras fases enunciadas.

BOLETÍN DE TEOLOGÍA DOGMÁTICA

III. MONOGRAFÍAS DE LA ENCARNACIÓN.

El padre Eduardo Hugon, O. P., profesor del colegio "Angélico" de Roma, filósofo ya conocido por sus *Cursus philosophiae thomisticae*, es también un teólogo muy docto, según lo acreditan varios libros suyos y, desde luego, *El Misterio de la Encarnación* (1), que vamos a presentar a nuestros benévololectores.

Consta de cinco partes. En la primera, define el autor ese misterio "la singular y maravillosa unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la sola persona del Verbo, unión de la cual resulta este término único y adorable, que es Cristo Jesús". Prueba su existencia por la Escritura, los Padres y las definiciones conciliares. Expone sus vicisitudes por los grandes errores que negaron ya la divinidad de Jesucristo, ya la humanidad, ya la unión de las dos naturalezas. Resume su orden a la razón, que, si es impotente para descubrir y demostrar el misterio, puede hacer ver que es creíble, y no contradictorio, y esclarecerle con símiles, analogías, inducciones. Discurre por sus causas, y muy en detalle por la causa final, defendiendo con mucha solidez la tesis tomista discutida en estos últimos años por los secuaces de Escoto. El capítulo que consagra a este debate es interesantísimo.

En la segunda, estudia la divinidad y la humanidad que en la Encarnación se unen.

En la tercera, dice cómo la unión de esos dos términos es substancial, personal, hipostática, y de ésta discute las diversas teorías de los teólogos, adhiriéndose a la de "las tres realidades" que comúnmente defienden, con Santo Tomás, sus más fieles discípulos. Ya menos abstracto, manifiesta que esa unión es la más íntima que pueda concebirse, inmediata, toda sobrenatural, superior a todos los otros dones que pueda Dios hacer a la criatura,

(1) *Le Mystère de l'Incarnation*. París, P. Téqui, 1913. Un vol. en 8.º de vii-350 págs.

eterna e insoluble. Acaba por el examen de ciertas fórmulas cristológicas difíciles.

En la cuarta, desenvuelve las propiedades de la humanidad de Jesucristo: su gracia, su ciencia, su voluntad, su sensibilidad, su poder y sus defectos. El capítulo que dedica a la ciencia es no menos erudito que sólido.

En la quinta, estudia el culto al Salvador y a su humanidad, y, en particular, al Sagrado Corazón.

Eso viene a decir este volumen. Si quisiéramos definirle por un rasgo, diríamos que es una síntesis popular, o punto menos, de la honda cristología de Santo Tomás. El padre Hugon le escribe, no para los teólogos profesionales, sino para el pueblo fiel, ávido de instruirse sólidamente en los altos problemas religiosos, a la vez antiguos y nuevos. Huye, pues, cuanto puede, el tecnicismo y las áridas discusiones de escuela, y, en estilo fluído, limpio, preciso, luminoso, desarrolla los conceptos más sublimes con miras a la edificación espiritual. Elabora una teología *mentis et cordis*. “¡Puedan nuestras humildes páginas—dice en el prefacio—contribuir a dar a conocer y amar al Verbo encarnado, mostrando... que la Encarnación es la aparición de la gracia y de la belleza, que Jesús es el encanto de Dios puesto al alcance de los hombres!” Ni aun cuando desentraña ideas muy abstrusas olvida el fin por que se decidió a escribir. Por ejemplo, el capítulo II, el más especulativo de la tercera parte, y aun de todo el libro, lo remata así: “Esta metafísica de la Encarnación interesa también a la piedad, pues nos ayuda a comprender, a gustar, a saborear este pensamiento de Santo Tomás, tan profundo, tan dulce, y que será nuestra conclusión: “La vida corporal de Cristo, a causa de su unión con la divinidad esencialmente, tenía una tal dignidad, que la pérdida de esta misma vida, aun por una hora, debería inspirar más dolor que la pérdida de toda otra vida humana por cualquier tiempo.” Que el sabio padre Hugon sigue buen método, yendo de la teología *mentis* a la teología *cordis*, lo pensará el que no reduzca la piedad a un sentimentalismo fofo, sin raigambre en las más excelsas regiones del espíritu.

Recomendamos, pues, el volumen a los legos cultos que anhelan una enjundiosa piedad, y aun a los sacerdotes que aman una predicación sólida y una catequesis concienzuda.

*
* *

De tendencia a difundir el estudio de los altos problemas religiosos es también *El dogma de la Redención* (1), escrito por el abate Rivière, insigne ya por el ensayo que con el mismo título, aunque con otro carácter, dió a luz en 1905.

“Parecíanos, en efecto—dice en el prólogo—, que a nuestra literatura católica le hace falta, en este punto, una obra intermedia entre los tratados

(1) J. RIVIÈRE, *Le dogme de la Rédemption*. Etude théologique. Paris, Lecoffre, 1914. Un vol. en 8.º de xvi-570 págs

didácticos de la escuela y las exposiciones oratorias o piadosas, siendo, como son, éstas las más veces demasiado leves de doctrina, permaneciendo aquéllas poco accesibles al común de los lectores a causa de su lengua y de sus modalidades técnicas. Esta convicción se fortificaba en nuestro espíritu viendo la multitud de publicaciones que los protestantes de todos los matices, así en Francia como en el extranjero, han consagrado a este dogma.”

El señor Rivière divide el libro en tres partes.

En la primera, que titula *Revelación del misterio*, afirma estas conclusiones:

a) El paganismo y el judaísmo no idearon la Redención propiamente dicha, ni menos aún su naturaleza o las condiciones de su realización. “Todo esto hacía parte de este gran misterio de la salud, cuya manifestación estaba reservada al buen querer divino”, como dice el Apóstol. Sólo de un modo obscuro, “la historia religiosa del mundo se orientaba hacia su término providencial: la encarnación y la cruz del Hijo de Dios” (cap. I).

Esta no es ya la tesis de J. de Maistre, la del “grito profético del género humano, anunciando la salud por la sangre”, un tiempo muy en boga.

b) La Redención la exprime en sus rasgos esenciales todo el Nuevo Testamento (cap. II).

Esta conclusión dedúcela el señor Rivière por una exégesis documental estricta, después de anticiparnos que el teólogo de hoy debe examinar de cerca las bases mismas del dogma, “so pena de hacer labor estéril”. Si no es original aquí, pues recoge las síntesis de los especialistas, sigue ciertamente un muy discreto método.

c) El dogma de la Redención, por el solo esfuerzo del pensamiento cristiano, sin la amenaza de la herejía ni el choque de la controversia, tuvo un desarrollo continuo, autónomo, que es una precisión más exacta, una inteligencia más amplia y más metódica de los datos de la Escritura (cap. III).

Establece la conclusión por la síntesis finísima de la teología redentriz de los Padres, por la del *Cur Deus homo* de San Anselmo, etc. Es síntesis nueva de los datos dispersos en el ensayo a que antes aludimos.

d) “Las decisiones del magisterio eclesiástico sobre la Redención son poco numerosas y poco explícitas.” Hay una afirmación general “que se expresa en las declaraciones sumarias de los viejos símbolos, así como en las fórmulas más explícitas de los documentos posteriores, a saber: que la muerte del Salvador es ordenada por la divina sabiduría a la reparación de nuestros pecados; que tiene de esta parte, a los ojos de Dios, un valor definitivo y absoluto... Debe, pues, ser excluida de la fe católica toda concepción que no acordase a la muerte del Salvador más que una eficacia subjetiva... Para traducir esta sobrenatural eficacia, la Iglesia no ha formulado ninguna definición propiamente dogmática; pero en su lenguaje recibió primero las expresiones escriturarias de rescate y de sacrificio; más tarde, el término escolástico de satisfacción” (cap. IV).

e) “La teología católica se atiene a los principios puestos por Santo Tomás: la razón no podría demostrar por sus solas fuerzas los misterios de la fe; mas una vez esclarecida por la Revelación, puede mostrar su posibi-

lidad y aun descubrir en ellos una cierta conveniencia. En otros términos: la razón tiene una función apologetica, no un valor doctrinal" (cap. V).

Prueba la conclusión *indirecte*, demoliendo los argumentos metafísicos, psicológicos, históricos, que se alegaron o se alegan para persuadir "estos dos extremos de un mismo racionalismo": o que la Redención es un dogma racionalmente demostrable, o que es un dogma inútil, cruel, absurdo. Adapta muy bien al medio intelectual de hoy las clásicas respuestas de los teólogos. Por cierto que de ese debate salen malparados J. de Maistre y A. Nicolás.

Advertirá el lector que en esta primera parte expone el señor Rivière la fe católica del dogma y desenvuelve, por las fuentes de la Revelación, las pruebas que garantizan su certidumbre.

Explicación católica del misterio titula el señor Rivière la segunda parte, donde, en siete largos capítulos, expone la teología del dogma, a que dió origen la *fides quaerens intellectum*.

Después de recordar en un primer capítulo los postulados filosóficos y dogmáticos que a esa teología sirven de base, llega en los demás a estas conclusiones:

a) Las ideas de rescate, de sacrificio, de satisfacción y de mérito, en que los teólogos, después de Santo Tomás, suelen expresar la Redención, no la agotan, ni aun por sí solos la explican. "En términos de escuela, que fijan a la vez su valor y sus límites, ellas nos aparecen en la Teología como los elementos formales del misterio" (cap. II).

Insinuemos las consideraciones en que apoya la tesis el señor Rivière.

La idea de rescate es una metáfora... Y es una metáfora que, si se la continúa, nos mete en esta cuestión difícil: "¿De quién nos rescató Cristo y en virtud de qué acuerdo...?" Por metáfora la juzgan "los teólogos más calificados", como, por ejemplo, Santo Tomás.

La idea de sacrificio es oscura y es análoga: necesita definirse... "Santo Tomás, que admite, a no dudarlo, un *verum sacrificium*, añade al mismo tiempo este matiz, demasiadamente olvidado: "La muerte de Cristo fué una *manera de sacrificio* muy agradable a Dios..." Y esta fórmula de significativa reserva es muy notable en un maestro cuyo pensamiento riguroso se expresa en términos tan cuidadosamente comedidos."

La idea de satisfacción—así como la de mérito—no es tan clara como se piensa... En su mayoría, los teólogos contentáanse con definir la satisfacción, sin detenerse en su análisis íntimo. Y "se percibe que los teólogos que quieren pasar de la definición verbal a la definición real, llegan a nociones discordantes". Así el señor van Noort y el padre Prevel... Los dos dicen que "la satisfacción tiende a reparar la injuria hecha a Dios, y que su valor depende de la persona que la ofrece... Mas el primero entiende la satisfacción como un pago de pena, y, por esta causa, la hace consistir esencialmente en el sufrimiento; mientras que el segundo la concibe *principaliter*, como una reparación de honor, y, por este motivo, la traduce en una obra moral de sumisión". Llega al colmo la confusión cuando un mismo autor emplea sucesivamente ambos lenguajes. Ejemplo, el padre Pesch...

Condensa el señor Rivière su *enquête*, y luego escribe: "Lo que importa es saber, con todo el respeto que conviene al misterio, en qué, por qué y para qué la muerte de Cristo vale delante de Dios, de tal manera que, por ella, pueda hablarse de rescate, de sacrificio, de satisfacción y de mérito. Ahí es donde primero debe concentrarse la atención del teólogo que quiere hacer obra sólida y clara, traspasando las apariencias para tocar el fondo, cavando las fórmulas para extraer su sentido, mostrando lo que el molde tradicional encierra de substancia revelada."

b) La Redención no es sólo, ni especialmente, una expiación penal. La teoría que la reduce a eso, "a un pago por sustitución de la pena debida a los pecadores", con ser tan clásica en el púlpito y en la piedad, "no es exigida ni por los principios de la Teología ni por los textos de la Escritura", y, además, "tropieza con graves dificultades..." (cap. III).

Esclarece el señor Rivière la teoría, en su forma oratoria, según la desenvuelven los padres Corne, Monsabré, etc. No sin fustigarlos, limita sus hipérboles por las ideas exactas de Santo Tomás, por la exégesis de los padres Lagrange y Prat, por el discurso que, en sus líneas generales, resumimos. La teoría nos pinta al Padre como un juez cruel y sanguinario, que descarga en Jesús toda su cólera, su venganza, su furor... ¿Puede esto admitirse? "A la Reforma se le debe el origen y toda la responsabilidad de estas doctrinas extremas."

Esclárela, en su forma teológica, por el padre Pesch, y la arguye de reducir el plan redentor a "un proceso jurídico, emergiendo especialmente del código penal", y a una sustitución penal, la *satisfactio vicaria* de Cristo.

Muestra, por último, que la teoría, si reduce a su solo aspecto penal la Redención, ni entiende el pecado, pues le mira como un *reatus poenae*, ni el medio de repararlo, porque piensa que el sufrimiento de sí basta para ello.

c) La Redención es una expiación penal, "mas subordinada al amor de quien es ella la condición o el resultado". La teoría que esto enuncia, admite que la Pasión del Salvador tiene un valor objetivo que, "supuesta la unión hipostática, encuentra su realización concreta, y, si puede así decirse, su raíz psicológica en una serie de acciones morales" (cap. IV).

Esta teoría prueba el señor Rivière que, con base firme en la Escritura y en los Padres, es la que enseñaron San Anselmo, Santo Tomás, Escoto, y la que aceptan "los místicos y teólogos modernos". Y, después de dibujarnos la fisonomía del Salvador, concluye que es el orden moral quien nos da el sentido último de su muerte, no menos que de su vida santísima.

d) La Redención es, en suma, dolor expiatorio y amor, fundidos ambos, con sus riquísimos aspectos, en la unidad de una vida de abnegación sublime. No construyen su fiel esquema lógico los que cortan el misterio en cuatro partes, correspondientes a las cuatro nociones de satisfacción, de mérito, de sacrificio y de rescate, sino los que le sienten y le piensan en su síntesis viva, que nos da la fe. En esa síntesis toman, sin el riesgo de un vano formalismo, su hondísimo sentido concreto esas nociones y las

demás tradicionales, por contacto con la única realidad que forma su base (cap. V).

Esta conclusión es el término y el resumen de los tres capítulos anteriores. Indiquemos cómo la establece el señor Rivière.

“Santo Tomás, recogiendo las principales expresiones tradicionales, para aplicarlas a la pasión redentriz, las reduce a cuatro...” (III, q. 48, arts. 1-4). “Esta cuádruple división pareció apta para suministrar el marco que se busca. Muy recientemente, el padre Hugon y el señor Laminne acometieron la empresa de ordenar, según este plan, considerado a la vez como suficiente y necesario, los materiales teológicos, cuya abundancia y variedad se ha visto.”

La dificultad está en saber si esas nociones son “ideas bien distintas y abarcan todas juntas las diversas partes del mismo objeto, agotando así su capacidad lógica”. Por de pronto, “se ve muy luego a nuestros comentaristas de la *Suma* llegar a interpretaciones divergentes”.

Las ideas de satisfacción y de mérito son sólo *formaliter* distintas, como lo dice el mismo señor Laminne... Dos, pues, de esas nociones son, en el fondo, una idea sola.

Y es difícil que juntas adecuen el objeto. A lo menos, difícil es situar ahí la expiación penal. El señor Laminne la descubre “bajo la metáfora de rescate, mientras que el padre Hugon la identifica con la noción de sacrificio... No se puede llegar más que a un *impasse* tratando como cantidades distintas nociones que exprimen sólo diversos aspectos de la misma realidad... Santo Tomás no es responsable de esta confusión: es fácil ver, leyéndole, que sus respuestas se reducen siempre a un mismo principio real, es decir, al amor desplegado por Cristo en su Pasión...”

“Así, pues, ya de la letra misma de Santo Tomás, ya de la enseñanza de los mejores teólogos, resulta que las ideas de rescate, de sacrificio, de mérito y de satisfacción, en lugar de expresar los elementos parciales y complementarios de un mismo hecho, se aplican todas igualmente a la realidad total del misterio, según el punto de vista formal desde el que se la considere. He ahí por qué es un vicio de método yuxtaponerlas como conceptos más o menos simétricos, cuya sucesión abarcaría un todo más vasto que cada una de ellas, siendo así que son más bien... otras tantas nociones concéntricas, superpuestas por la reflexión a un mismo objeto, del que cada una hace resaltar un aspecto.”

La conclusión, en su última parte, la esclarece el señor Rivière por el Evangelio, donde está la Redención en acto, “en el estado de dato viviente y concreto, antes de ser puesta en tesis por la reflexión de los especulativos”.

e) La Redención dió frutos respecto de Dios, y respecto de nosotros, en los órdenes moral, místico y social... (cap. VI).

f) La Redención no era necesaria, sino convenientísima... (cap. VII). Desenvuelve las ideas en el espíritu de Santo Tomás.

Como el análisis va siendo largo, no nos detendremos en la tercera parte, interesantísima, donde expone y critica el señor Rivière el protestantismo ortodoxo, el racionalismo sociniano, el legalismo de Grocio, la evolución

del liberalismo y de la ortodoxia. Sólo diremos que su conclusión es que "el protestantismo moderno abandona cada vez más las posiciones de los primeros reformadores, para orientarse, en medio de múltiples peripecias, hacia la anchurosa vía de la tradición católica".

Acabemos. El señor Rivière, escritor difuso, es un teólogo positivo muy notable. Espíritu abierto, muy conocedor de la historia de la Teología, de los progresos de la exégesis, de los métodos de investigación religiosa, de las modalidades intelectuales de estos tiempos, suele dar, así en el planteo como en la solución de los problemas, notas de modernidad cultísima, muy atrayente y muy educadora. No se ocupa en discusiones de escuela, no porque niegue en absoluto su importancia, sino porque, además de constarle que no son muy del gusto de la época, hartó tenía que decir de las doctrinas comúnmente admitidas para haber de concentrar ahí todo su esfuerzo. Y no se paga de fórmulas abstractas, sino que ahonda en la realidad viva que ellas expresan o deben expresar. No descende, pues, de las fórmulas a la realidad, sino que sube de la realidad concreta a las fórmulas, para calificarlas con criterio, no partidista, sino autónomo, cuanto puede serlo, manifiesto más que nunca en los capítulos II-V de la segunda parte, en que analiza los elementos formales y reales del misterio, como ha podido advertirlo el lector por el resumen que hicimos, sin matices.

Ha escrito el señor Rivière una monografía utilísima a los seglares muy cultos, y acaso más a los teólogos ansiosos de empaparse de la teología de los Padres y de la de los escolásticos, que la desarrollaron y la erigieron en sistemà. A verificar ésta tendió él, según en la *Conclusión* lo dice: "Esta tradición de los grandes escolásticos deseáramos que la presente obra la hubiese hecho bastante revivir para que se le devolviese la estima que merece y el pensamiento moderno la pusiese más que nunca en el número de las fuentes donde puede él útilmente alimentarse."

Como rasgo, en suma, que pinta el espíritu en que el señor Rivière escribió su libro, puede servir este párrafo con que le da fin: "No nos cuesta reconocer que las mejores teorías están lejos de traducir adecuadamente una realidad siempre inefable, que los sistemas más defectuosos no han menos contribuido a mantener las almas en contacto con la verdad divina, y que las más bellas concepciones del espíritu, cualquiera que sea su importancia y su razón de ser, no valen lo que un acto de amor."

¿Se nos permitirá, a pesar de eso, decir que el teólogo a quien más respeta, a quien más explota el abate Rivière es, sin duda, Santo Tomás de Aquino? Es que Santo Tomás no cabe en el diminuto molde de una escuela, y exprime como nadie las tradiciones seculares de la Iglesia.

*
* *

Aunque es ya algo viejo, incluimos en esta sección el libro del anglicano señor Digges La Touche, *La persona de Cristo en el pensamiento moder-*

no (1), una serie de lecturas que puede ser útil a los teólogos—a los demás no la recomendamos—que deseen asomarse a ver qué piensan alrededor de tan excelso tema los teólogos y exégetas protestantes y racionalistas de los últimos tiempos.

Prescindiendo de la lectura I, dedicada a la Teología, en sus relaciones con la tendencia materialística moderna, vamos a tomar nota de lo más instructivo que, a nuestro parecer, haya en las otras tres, y más en la segunda, que lleva este título: *La persona de Cristo y la crítica negativa de la época moderna*. Condensémosla sin más preámbulos.

El deísmo, teniendo por absurdo el milagro, tuvo a Cristo por finito, como su patria, y fugaz como su tiempo. Su “representativo”, Voltaire, “espíritu brillante, pero superficial y educado en la escuela de los jesuitas, era incapaz de un tratamiento realmente profundo de la persona de Cristo”.

La “ilustración”, densamente racionalista, estimó a Cristo por una personalidad extraordinaria, mas medible por nuestro entendimiento... Reimarus juzgóle casi un Maquiavelo... Paulus, un doctor excelso... Strauss, en la primera *Vida de Jesús*, una nebulosa inmensa, punto menos que un mito, sublime encarnación de nuestra raza... Baur y la escuela de Tubinga, un espíritu estupendo, mas, con todo, sujeto a evolución... Estos “representativos” querían unos Evangelios sin sobrenaturalismo. Debe, en síntesis, decirse que la “ilustración” es una época enteramente *unhistorical*.

El viejo liberalismo no es más benévolo.

Renán, muy sensual para entender a Cristo, le describe como si fuese un francés de las clases más humildes. Strauss, en la segunda *Vida de Jesús*, le define como un reformador académico, no muy sutil ni culto. Keim le conceptúa una altísima personalidad, el hombre “nuevo” que nos da el más íntimo conocimiento de Dios; pero, al fin, *hombre*... Todos estos “representativos” estudian a Cristo en su enseñanza, como si fuese sólo un eximio doctor de la vida “natural” más sublime que puede imaginarse. El viejo liberalismo, “brillante y cuidadoso en la crítica, es lastimosamente defectuoso en la construcción y su prejuicio fundamental contra lo sobrenatural vició los más de sus resultados”.

El nuevo liberalismo es más agudo. Reduce la enseñanza de Cristo a su “persona”.

¿Qué dicen los liberales alemanes?

Pfleiderer dice que Cristo es el Mesías porque anuncia un reino nuevo, nuevo sólo por el carácter que le da su persona augusta; pero no divina. El no resucitó. Sus discípulos fingieron el fenómeno.

Jülicher dice que Cristo es el Mesías porque predica un reino nuevo en contenido y no sólo en carácter. Es, en suma, una persona singular, mas no santísima, pues pide a Dios que le perdone sus culpas. Los textos que le manifiestan Hijo de Dios atribúyelos a la influencia de San Pablo. ¡Linda manera de salir del paso!

(1) *The person of Christ in modern thought*, by E. DIGGES LA TUCHE. London, Clarke, 1912. Un vol. en 8.º m. de 420 págs.

Weinel, más que pensador, propagandista, dice que Cristo, persona santísima, pero no impecable, es sólo un profeta, influyentísimo por todos sus detalles.

Wernle dice que Cristo es una persona original, porque se apropió el capítulo LIII de Isaías. Holzmann, además de esto, dice que era un "extático", un soñador de la proximidad del reino, que hoy iría a dar con sus huesos en la cárcel. Esto último claro que no lo dice Holtzmann; pero debía decirlo si desenvolviese sus premisas.

Harnack dice que Cristo, ser intermedio, ni puro hombre ni Dios, venía a predicar este evangelio: *Dios es Padre...*

Bousset dice que Cristo es un profeta. El Barón de Soden, que es un hombre aparte...

¿Qué dicen los liberales franceses?

A. Réville dice que Cristo es un profeta y un reformador, que nos reveló que Dios es, no una terrorífica nebulosidad, sino un Padre, todo él bondad y amor. A. Sabatier, que es una conciencia religiosa que fundó la religión del espíritu. Stapfer, que se distingue por "predicarse"...

Es fácil ver que los liberales franceses traducen a los "bárbaros" teutones. Ni más ni menos que los ingleses. Green dice que Cristo es una encarnación de Dios al modo que otros seres. Gardner, que fué una conciencia religiosa genial, que, al cabo, dió cuenta de su altísima finalidad aquí en el mundo. Warschauer, que es el supremo tipo de la divina inmanencia, ni Dios ni hombre; vamos, una contradicción *in terminis*.

El señor Digges tunde al nuevo liberalismo, probando que su interpretación, "excesivamente arbitraria y subjetiva", nos da un Cristo *unhistorical*, moderno de carácter, caricaturesco, contradictorio, etc. La verdad es que el liberalismo disuelve a Cristo, porque no le reconoce por verdadero Dios.

El liberalismo trajo, por reacción, el escatologismo. Este, que debió su origen a Hilgenfeld, su extensión a Baldensperger, su influencia a J. Weiss y a Schweitzer, dice que Cristo era el predicador de la esperanza en el reino, ya próximo. Cuanto dijo e hizo fué para prepararlo. Era un futurista, un "apocaliptista".

No gratis, sino por sólidas razones, califica el señor Digges las tentativas del escatologismo de "una absoluta bancarrota".

El modernismo inclinóse a la escatología... "En contraste con el liberalismo, el modernismo hace del organismo religioso su primer interés. Los liberales, de ningún modo irreligiosos, ponen el énfasis sobre la santidad de la razón y son, por ende, fieles a la exaltación del derecho del juicio privado por la Reforma. Los modernistas, al contrario, inclínanse a mirar la religión en su aspecto social más bien que individual y a convenir con el catolicismo en su exaltación de la experiencia colectiva sobre la individual. En otras palabras: el liberalismo y el protestantismo ortodoxo aceptan como regeneradora la experiencia individual; mientras que el modernismo y las iglesias medievales la subordinan a la colectiva."

Pensamos nosotros que, desde otro punto de vista, el modernismo llegó, en el fondo, a exaltar la experiencia religiosa individual como regla direc-

triz de las creencias y de los dogmas. Más exacto que al establecer el anterior contraste anda el inglés al añadir que la Iglesia romana cumplió con su deber excomulgando a quienes, como los modernistas, rechazaban dogmas y competían con los críticos negativos en el formular y el aceptar las más audaces, las más extremas hipótesis.

Después de estos preliminares clava el señor Digges La Touche sus garras en el modernismo de E. Le Roy, poniendo al desnudo su pragmatismo, su escepticismo, su fracaso en distinguir el cristianismo de su presentación intelectual, su "fatal defecto" de aislar la religión del conocimiento científico, su "desvergonzado oportunismo", su apelación a una experiencia falaz... Nota, por fin, que "el modernismo, fiel al instinto medieval, deifica a la Iglesia en lugar de Cristo".

Esta última crítica nos parece falsa. El modernismo no es fiel al instinto medieval, según el inglés lo entiende, y si, por dicha, lo fuese, no deificaría a la Iglesia en lugar de Cristo, ya que el instinto ése no la deificaba. Lo que hay es que el señor Digges, como los modernistas, no conoce el alma del catolicismo. No hemos de insistir en un punto ya esclarecido mil veces por nuestros teólogos.

No menos que en el modernismo de Le Roy, clava el señor Digges sus garras en el de Loisy, espíritu falto de sentido moral, crítico arbitrario y subjetivista, irrespetuoso con los relatos históricos del cristianismo primitivo. Su modernismo nos describe un Cristo que no es Dios, sino un simple predicador iluso del próximo reino...

Luego que estudió el escatologismo y el modernismo, cada uno de por sí, los critica en globo, diciendo, sin otras cosas dignas de reflexión, que ambos, acordes en ciertas aserciones fundamentales, hacen de la persona de Cristo un retrato verdaderamente inconcebible... "En vista de estos hechos—concluye—, debe admitirse... que su interpretación nunca puede conquistar una extensa aceptación entre los pensadores por razones históricas, y puede ser mirada sólo como una interesante y significativa revulsión o reacción del criticismo liberal."

Acaba el señor Digges La Touche su lectura II examinando en general la crítica moderna que hasta aquí resumimos.

Su carácter dice que es el hegelianismo de la izquierda, que le dió su ímpetu y le guió en sus ataques al pensamiento y a la persona del Señor... "A este fondo filosófico, la crítica ruinoso de los relatos del Evangelio y de la personalidad de Nuestro Señor, debe sus dos más grandes defectos: la arbitrariedad y subjetividad, que en tantas ocasiones hemos hecho notar, y el desprecio de la personalidad, fatal para ésta como para la crítica histórica. Esto no es sorprendente, porque, siendo el principio director que la idea es todo y que los hechos son de muy inferior categoría, síguese que la concepción del espíritu del investigador racionalmente llega a ser reguladora y determina la selección de los hechos que interesen, y también la probabilidad o improbabilidad de cualquier suceso dado."

La crítica fracasó en sus conatos de eliminar lo sobrenatural. Aun hoy tiene que "empalarse" en este dilema: Cristo, o es Dios o es un mito.

Dice, con todo, el señor Digges, que esa crítica ha tenido algunos resultados de incalculable valor ético y religioso. "Grandes como eran las excelencias de los antiguos teólogos de todas las confesiones y profundo como era su pensamiento, ellos eran virtualmente docetas en su énfasis sobre la divinidad del Señor hasta la exclusión práctica de su humanidad." Por ese énfasis ocasionaron el deísmo, que "exaltaba a Dios en tal grado que le desterraba del universo..." La crítica moderna, acentuando la humanidad de Cristo y la inmanencia de Dios en el mundo, "nos forzó a corregir y modificar las *doctrinarias* concepciones teológicas formuladas por nuestros padres".

Si los teólogos de la Reforma, discípulos de los del siglo xvi, pusieron quizá su énfasis sobre la divinidad del Señor hasta la práctica exclusiva de su humanidad, negamos rotundamente que así le pusiesen nuestros teólogos antiguos, modernos ni contemporáneos. Negamos, pues, que a las concepciones por ellos formuladas hiciese la crítica moderna esos servicios que el señor Digges le atribuye sin causa. Es esto tan claro que no hemos de insistir.

Continúa asestando a la crítica moderna rudos golpes, aunque, al fin, reconoce que en algún modo "ha establecido los hechos fundamentales de la historia y de la experiencia que son necesarios a la completa vindicación del carácter esencialmente científico de la adoración y fe cristiana".

"Si este es el caso, me preguntáis, ¿por qué los críticos negativos no adoran al Redentor-Rey...? Sólo una ética y espiritual respuesta a la tierna piedad y a las amorosas invitaciones que vienen del verdadero Corazón de Aquel que murió por nosotros; sólo una espiritual renuncia de sí mismo e identificación de la vida individual con el Cristo de Dios pueden habilitarnos para apreciar la significación espiritual de las verdades vindicadas por la investigación científica... *El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son necesidad para él, y no puede entenderlas a causa de que ellas son espiritualmente discernidas.* La divergencia de interpretación resuélvese, pues, en una diferencia de punto de vista y de poderes. El que está al pie de una montaña no ve el mismo panorama que los que están en la cumbre. Para el ciego, la belleza de la pintura, virtualmente no existe; para el sordo, el genio de un Handel o un Mendelssohn es como el murmurio de un arroyo; para el muerto, las glorias del alba y del atardecer, de la ciudad y de la naturaleza, del humano amor y del humano conocimiento, son como cosas de nada. Semejantemente, los que están muertos en trasgresiones y pecados, cuyos ojos están retenidos, cuyos oídos permanecen cerrados, no pueden ni ver la forma, ni oír la voz del Hijo de Dios, ni comprender su amor. Todo lo que ellos pueden es turbiamente apreciar que en el primer siglo de nuestra era, en un oscuro rincón de la tierra, aconteció un trascendental y maravilloso algo que ha tenido éxito en la verdadera regeneración de la vida humana; un algo que es descrito por aquellos cuyas naturalezas (cambiadas por la renovación del Espíritu Santo) son capaces de apreciarlo como la Encarnación del Hijo eterno de Dios."

La lectura III titúlase: *La persona de Cristo como revelada en la historia*. Veamos sus conclusiones.

a) Cristo fué una conciencia sin pecado, inocentísima, siempre agradable a Dios.

Pruébanlo el testimonio de sus íntimos, el del mundo en general y el del mismo Cristo.

Para expresar ese su carácter moral singularísimo, “algunos teólogos, como Godet, hablan de “la perfecta santidad de Jesucristo”, y otros, como Ullmann, prefieren hablar de su carencia de culpa. La primera frase, si tiene la ventaja de ser positiva en carácter, es muy equívoca. Tal lenguaje no deja espacio realmente a la progresión moral, y... connota inevitablemente la absoluta e intemporal santidad de Dios. En una palabra: él destruye la realidad de la humanidad de Cristo”.

No estamos de acuerdo. Pensamos que el carácter moral de Cristo lo expresa más propiamente el vocablo “santidad (*holiness*) que el vocablo “carencia de pecado” (*sinlessness*). Por qué aquél ha de ser equívoco y excluir de suyo la progresión moral y destruir la realidad de la humanidad de Cristo, no lo adivinamos.

b) Cristo tuvo una altísima conciencia mesiánica. Pruébanlo sus títulos, que se dió El, o aceptó, de *Cristo, hijo de David, hijo del hombre, hijo de Dios*. Al discutir los dos últimos muéstrase el inglés exégeta sutil.

c) Cristo tuvo una lucidísima conciencia filial, es decir, la conciencia de ser el Hijo de Dios como ningún puro hombre lo fué ni puede serlo.

Nunca asoció El a los demás consigo en su relación con el Padre. Así, “nunca habla a sus discípulos de “nuestro Padre”, sino siempre de “mi Padre” y “vuestro Padre”. Ni la oración dominical constituye una excepción de la regla...”

A sus discípulos no les adjudica la divina filiación sino en cuanto de El son partícipes...

“Preparaba la vía para una más profunda concepción ontológica de su persona por su famosa cita del salmo CIX... Si David llama al Mesías Señor, el Mesías debe ser ontológicamente más grande que David, y no meramente descendiente de su línea.” (Matt., XXII, 45.)

Que Cristo sentía su “parentesco único respecto de Dios, aparece, además, en el bien conocido pasaje...” (Matt., XII, 32), y “en la parábola de los perversos renteros” (Matt., XII, 37), y en el texto relativo a la ignorancia del último día (Matt., XXIV, 36), y en el otro donde “el Señor reclama estar en términos de igualdad de conocimiento con el Padre”. (Matt., XI, 27.)

Su ontológica filiación divina todos los Evangelios sinópticos la presupon.

“Concluimos, pues...—dice el señor Digges La Touche—, que, desde el meramente humano punto de vista, la conciencia de nuestro Señor difería de las de los otros hombres en que era sin pecado (*sinless*); que, desde el histórico punto de vista, él reconoció su destino en términos de la concepción mesiánica, la cual, sin embargo, transformó y espiritualizó de todo punto, y, finalmente, que, desde el punto de vista de su esencial carácter y ser, El se

concebido a sí mismo como el Hijo ontológico del altísimo Dios, como “siendo una substancia con el Padre.”

Si hasta aquí probó el señor Dígges la divinidad de Cristo por su *self-consciousness*, luego la confirma, por la evidencia “implícita, en su *self-assertion*, en los milagros atribuidos a él y en los tres grandes milagros personales”, que son su concepción, su resurrección y su ascensión.

Donde es de advertir que, según el señor Digges, el milagro sólo indirectamente prueba la divinidad de Cristo, en cuanto que la revela más a los que ya la admitiesen. “Si el milagro no puede probar la verdad de un sistema religioso, es naturalmente mucho menos adecuado como prueba de la divinidad de Cristo... No puede probar su divinidad; pero es su natural acompañamiento y resultancia. Deidad encarnada sin milagro, sería casi impensable.” No estamos conformes con el señor Digges. Aun hoy, después de tantísima hipercrítica, suscribimos a la tesis de Santo Tomás en la *Summa Theologiae* (III, q. 43, a. 4).

En favor de la divinidad de Cristo aduce también el señor Digges “el testimonio apostólico”, estudiando a este propósito los tres grandes ciclos cristológicos... “El primero y menos desenvuelto... son los discursos de San Pedro consignados en los Actos de los Apóstoles, el grupo petrino de Epístolas y la Epístola de Santiago.” El segundo es el paulino, “de más adelantado y moderno tipo”. El tercero es el joánico, que halló “una más adecuada y conveniente fraseología en la expresión *Logos*. Resúmelas el inglés en los tres textos que literalmente copiamos: *Καὶ Κύριον αὐτὸν καὶ Χριστὸν ὁ θεὸς ἐποίησε* (Act., II, 36).—*Ὁς ἐστιν εἰκὼν τοῦ θεοῦ ἀοράτου* (Col., I, 15).—*θεὸς ἦν ὁ λόγος* (Joann., I, 1).

Exprime el señor Digges todas las pruebas en la conclusión: *Cristo es Dios verdadero de Dios verdadero*. Y termina la lectura con el himno de alabanza a Cristo: “Porque tú sólo eres santo, tú sólo eres el Señor, tú sólo, oh Cristo, con el Espíritu Santo, eres altísimo en la gloria de Dios Padre.”

La lectura IV, última de la serie, lleva este título: *La unidad de persona*.

Expongamos. La Escritura nos dice que Cristo era, no sólo Dios, sino hombre... ¿Cómo se unieron y coexistieron en su única persona la divinidad y la humanidad, dos naturalezas tan diversas? Las tentativas modernas para resolver este problema dieron cuatro teorías...

a) *Teorías kenóticas*.—Estas teorías presuponen los datos—divinidad y humanidad—que en el problema intervienen. Su fin es reconocer el altísimo sacrificio de Cristo, cuya magnitud obscureció la teología del niceno tipo, y reconocer su humanidad, que obscureció el énfasis casi exclusivo sobre su divinidad, según ya se dijo. Su método es la divina *self-depotentiation*. Por las tres maneras de entenderla, esas teorías son tres...

El *dualismo absoluto*, después de distinguir los divinos atributos en *físicos* (omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia) y *éticos* (verdad y amor), dice que el Logos, al encarnarse, se *depotenció* en cuanto que se desnudó de los primeros quedándose sólo con los últimos, los sólo esenciales a la Divinidad. Concibe, pues, la “Encarnación por parálisis de las divinas actividades”.

El *metamorfismo absoluto* dice que el Logos, al encarnarse, se *depotenció*

porque, desnudándose, vaciándose de todos los divinos atributos, se convirtió en alma humana, así como la nuestra. Admite, pues, la "Encarnación por divino suicidio".

El *relativismo* dice que el Logos, al encarnarse, se *depotenció* porque tomó una conciencia humana incomunicada con la divina que tenía eternamente como Verbo y que siguió teniendo. Esas dos conciencias eran dos centros de vida sin ninguna comunicación mutua.

Esas teorías—el señor Digges es quien habla—no tienen adecuado fundamento escriturario; tienden esencialmente al monofisismo y "en su trampa caen inevitablemente"; envuelven triteísmo, destruyen la realidad de la humanidad glorificada de Nuestro Señor. El dualismo, además, introduce en los divinos atributos una distinción ilegítima.

Por no interrumpir la exposición, no rectificamos antes cuanto escribe el señor Digges de los fines en que esas teorías se inspiraron. "No puede haber duda—escribe—de que el más viejo pensamiento cristológico del tipo niceno tendía a obscurecer la grandeza del sacrificio envuelto en la Encarnación por entenderla como divina condescendencia (*condescension*), en lugar de divino sacrificio de sí mismo (*self-sacrifice*).” Pues, ¿no ha de poder haber duda? ¿Como si la *condescension* y el *self-sacrifice* se opusiesen! La cristología del tipo niceno, ni el sacrificio de Cristo, ni su humanidad obscureció. Lo que es, si para iluminar esas dos verdades surgieron las teorías kenóticas, bien de más estaban. Al cabo, ¿qué son sino monofisismo y *ainda mais* en forma un poquito nueva?

b) *Teorías evolucionistas*.—Vienen a estimar "la Encarnación, no como un acto consumado en el momento de la concepción de Nuestro Señor, sino como un proceso gradual, por quien el Verbo era siempre más y más unido al hombre único y representativo, hasta que, al último, la vida perfecta habilitó una completa e indisoluble unión".

Estas teorías tienden irremediablemente al nestorianismo; son incompatibles con la preexistencia de Nuestro Señor y con los hechos de su vida terrestre. "Podemos, pues, concluir nuestra consideración de estas teorías preguntando la cuestión... que ellas envuelven: ¿Cómo eran dos distintas personalidades, una humana y otra divina, fundidas en una sola y completa personalidad, verdaderamente humana y verdaderamente divina?"

c) *Teoría ritschliana*.—"Su debilidad ha de encontrarse en el hecho de que restringiría el *nexus* entre la divinidad y la humanidad de nuestro Señor a una identidad del querer."

Asaz benévolo es el señor Digges con una teoría cuyo espíritu reduce a Cristo a la clase de un hombre de bien, que, por serlo, nos reveló el amor de Dios como ninguno. No insistiremos.

d) *Teoría del doctor Sanday*.—Dice que "el asiento de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo ha de buscarse en su subconciencia, y acentúa mucho la superioridad de la subconciencia a la conciencia".

En primer lugar, "es demasiado mucho decir que lo subconsciente mismo es el alcázar de las cosas precisamente más lúcidas y más triviales que en la conciencia entran. Es más bien la reserva de nuestro ser". No es el

área decisiva de la personalidad: "el valor de nuestros trabajos subconscientes depende del todo del carácter de nuestra vida consciente".

Incurre esa teoría en el defecto de concebir la personalidad "en el espacio". Cuando el doctor Sanday "urge que nosotros estamos en el espacio, y, sobre esta base, vindica la concepción de nuestras personalidades como divididas en regiones actuales, separadas por una línea fronteriza tan matemáticamente exacta como la que divide a Francia de Alemania, toma una posición insostenible". La personalidad no puede concebirse debajo de las categorías de espacio y tiempo.

Establece casi exclusivamente en la subconsciencia el *locus* de acción del Espíritu de Dios. Por último, concibe la divinidad de Cristo como un simple *donum superadditum* a la naturaleza humana.

Debe, pues, recusarse "en los intereses de la verdad".

Después de criticar esas cuatro teorías, bosqueja el señor Digges la suya en el párrafo VI, que lleva el epígrafe: *La solución más probable*.

"Será bien—dice—, antes de proceder a delinear lo que parece ser la más probable solución del problema, establecer claramente los hechos con que hemos de contar. Estos hechos son que, por una parte, Nuestro Señor era consciente de su divinidad, y, por otra, que parece haber sido consciente de ella dentro de las limitaciones de la humanidad."

Supuestos los dos hechos, delinea el inglés una teoría, por lo menos, obscurísima.

La Encarnación no es una inmanencia, aun intensísima, de Dios en el hombre Cristo Jesús. Afirmarlo es negar la Encarnación. Porque "una inmanencia intensificada significaría sólo una diferencia en grado, no en especie, entre el Salvador y sus hermanos, y, en el mejor de los casos, envolvería la coexistencia de dos personas más bien que de dos naturalezas en una persona". Incluye, pues, realmente, la divinidad. E incluye la perfecta y completa humanidad de Cristo; pero humanidad impersonal, que no es contradictoria *in terminis*, ya que "humanidad, como tal, no es personalidad". Incluye, por último, una personalidad divina común a las dos naturalezas.

El eterno e infinito Verbo de Dios, para vivir vida humana, se limitó, se restringió voluntariamente sus divinos poderes. "Tenemos en un tal acto de *self-restraint* de la parte del Logos, no *depotenciación* de sus poderes, ni parálisis de sí mismo, ni cesación de la segunda persona de la Santísima Trinidad de sus funciones trinitarias, sino, por el contrario, una profunda manifestación de su esencial divinidad en un continuo acto de *self-sacrifice*..."

No decíamos gratis que es obscurísima la teoría que esboza el señor Digges. Si nos explica algo por qué la Encarnación no es simple inmanencia, no nos esclarece cómo incluye una humanidad "impersonal" y una personalidad "común". Si la humanidad de Cristo es impersonal, si su personalidad es una, común a las dos naturalezas, ¿por qué nos habla de su *humana personalidad* como siendo una copia, una imagen, una representación de la divina?" Y ¿cómo entiende la *self-limitation*, el *self-restraint*? Dice que es un acto de voluntario *self-sacrifice*, por el cual el Logos no se *depotenció* ni por esa parálisis ni por ese suicidio que los kenotistas fingen. Parece, pues, afirmar

que el Logos, encarnándose, quedó tan infinito como era antes. Pero entonces, ¿cómo, al comparar su teoría con las otras, dice que “el sujeto de la humanidad de Nuestro Señor no era el ilimitado Logos”? ¿Es que desdobra el Logos y quiere decir que, como sujeto—demostramos la nomenclatura—de la divinidad, era infinito y como sujeto de la humanidad era finito? Todo eso nos sugiere graves dudas, que no vamos a dilucidar aquí. Lo mínimo que puede decirse es que esa teoría es un *imbroglio*.

El señor Digges, huyendo las altas especulaciones metafísicas, encerrándose en un positivismo miope, no posee una filosofía sólida, que le ayude a coordinar los datos ni de la Escritura, única regla a que él se rinde. Si, presuponiendo, como presupone él, que Jesucristo es *verus Deus* y *verus homo*, ahondase en estas fórmulas, tan ricas de verdad, constituiría una teoría, si no tan vasta como la de Santo Tomás, a lo menos, exenta de contradicciones internas, que no sería ya poco. Mas él, en vez de ahondar en esas fórmulas, al plantear el problema limitase a establecer dos hechos, el uno de ellos falso. ¿Por dónde induce que Nuestro Señor “parece haber sido consciente de su divinidad sólo en los límites de su humanidad”, que es inducir un dislate? Y luego, no define la encarnación, ni su modo, ni sus términos... Así, ¿cómo precisará las ideas de naturaleza, de persona, de *self-restraint* y otras que era tan necesario precisar?

El pleito que ventila el señor Digges, como los kenotistas, gira casi todo alrededor del célebre pasaje en que el Apóstol, exhortando a los filipenses a la humildad generosa, les pone por modelo a Cristo Jesús, “ὃς ἐν μορφῇ θεοῦ... ἑαυτὸν ἐκένωσεν (Phil., II, 6-7).

Veamos con qué sencillez lo lee Santo Tomás:

“Postquam Apostolus posuit exhortationem suam, hic hortatur ad virtutem humilitatis, exemplo Christi... Deinde, cum dicit: *Qui cum in forma Dei etc.*, proponit exemplum Christi... Et primo, praemittit Christi maiestatem; secundo, ponit ejus humilitatem, ibi: *Semetipsum etc.*; tertio, exaltationem, ibi: *Propter quod etc.*... Dicit ego: *Sed semetipsum etc.* Sed quia erat plenus divinitate, nunquid ego evacuavit se divinitate? Non, quia quod erat permansit, et quod non erat assumpsit... Sicut enim descendit de coelo, non quod desineret esse in coelo, sed quia incoepit esse novo modo in terris, sic etiam se exinanivit, non deponendo divinam naturam, sed assumendo naturam humanam. Pulchre autem dicit: *Exinanivit*. Inane enim opponitur pleno. Natura autem divina satis plena est, quia ibi est omnis bonitatis perfectio... Natura autem humana, et anima non est plena, sed in potentia ad plenitudinem, quia est facta quasi tabula rasa. Est ego natura humana inanis. Dicit ego: *Exinanivit*, quia naturam humanam assumpsit.” (*Expos. sup. Ep. S. Pauli Ap. ad Philippenses*, cap. II, lect. II).

Santo Tomás, sin leer el texto con los escrúpulos de un exégeta de hoy, le interpretó como, en el fondo, los Padres griegos y latinos, según es de ver en el sabio jesuita padre Prat (*La Théologie de Saint Paul*, tomo I^o, páginas 438-452). Y Santo Tomás resuelve el pleito que no pueden resolver ni los kenotistas ni el señor Digges con no entender el texto como ellos.

El Cristo preexistente, el Verbo, se *vació*, porque se dignó asumir nuestra naturaleza, unirla a la suya eterna, completarla por su misma personalidad, de modo que sus actos, finitos de sí, tuviesen infinito valor para salvarnos. Se *vació*, porque se dignó asumir una alma de suyo *quasi tabula rasa* y un cuerpo sumiso a los dolores y a la muerte. Se *vació*, porque se dignó ocultar su forma de Dios bajo la forma de esclavo hasta, escoger la cruz, que fué “escándalo para los judíos y necedad para los gentiles”. Se *vació*, en suma, porque, permaneciendo Dios, se dignó, por así decirlo, limitarse, restringirse, en cuanto que permitía a su humanidad seguir sus leyes en orden a nuestra redención. *Beneplacito divinae voluntatis*—dice San Juan Damasceno—*permittebatur carni pati et operari quae propria*. ¡Qué feliz es esa frase! Desenvolver su sentido, como lo desenvuelve Santo Tomás, sería dar a la solución del problema toda su plenitud...

Pero basta. Harto espacio dedicamos ya a un inglés que desdén nuestra cristología por estéril, y eso *a priori*, porque no la conoce. Verdad es que no lo hicimos atraídos por la simpatía, sino por el espíritu que se esconde en esta idea de San Agustín, que recuerda Santo Tomás en la *Suma*: “*Qui philosophi vocantur, si qua forte vera et fidei nostrae accommoda dixerunt, ab eis tanquam ab injustis possessoribus, in usum nostrum vindicanda sunt*” (I, q. 84, a. 5).

El señor Digges La Touche, no filósofo, pero sí exégeta serio, teólogo erudito y crítico personal, pleno de fe en su secta, dice cosas *vera et fidei nostrae accommoda* y sugiere quizás estímulos, de que bien necesitamos los tataranietos algo poltrones de aquellos exégetas y teólogos de la España de los siglos de oro, que se desesperaban por enterarse y por no ir a la zaga de otros países y por dirigir el movimiento intelectual del orbe. Hoy son legión los que miran la Teología con olímpico desdén, ni más ni menos que si fuese un saber inactual, caduco, propio de incultos y misántropos, que pueden aburrirse en las soledades de los seminarios y los claustros, mas no vivir al aire libre, en íntima y dulce sociedad con los espíritus modernos, adaptados a las legítimas exigencias de su siglo. El mismo señor Digges les dirá, con el lenguaje mudo de los hechos, cuánto es la Teología un saber actual, perenne, atracción irresistible de espíritus cultísimos... ¡Lástima que, olvidando que la Teología es, según la frase felicísima de la *Suma*, *velut quaedam impressio divinae scientiae, quae est una lex simplex omnium*, nos dejemos casi vencer de los heterodoxos los que heredamos la más gloriosa tradición teológica que heredó pueblo ninguno de la tierra! En el resurgir de nuestra Patria, ¡ojalá tornen a su antiguo esplendor los estudios que más la enaltecieron!

*
* *

Si la *Teología tradicional de la Encarnación* (1), a juzgar por el título, parece un estudio del desarrollo histórico de ese augusto dogma, en realidad

(1) P. MICHEL-ANGE, F. M. Cap., *Théologie traditionnelle de l'Incarnation*. Toulouse, Les Voix Franciscaines, 1913. Un vol. en 8.º m. de xxxii-196 págs.

es una respuesta a un artículo del canónigo señor Marchand, francés, como su autor, el capuchino padre Michel-Ange.

Para abreviar, situemos, centremos el debate, desentendiéndonos de incidentes que no puedan interesarnos.

Escribía el padre Deodato en *L'Ecole franciscaine*:

"...Los dos lenguajes de Cristo, hablando en su propio nombre de *Individualidad humana*, personizada en el Verbo, y hablando en el nombre del Verbo, en el cual se encuentra personizado, dominan todo el Evangelio y lo explican. Quien no tiene conocimiento perfecto de esta dualidad de lenguas, embrollará todo el Evangelio. Dirá que el Hombre personizado en el Verbo posee una personalidad humana. Es negar que este Hombre sea Dios. O dirá que este Hombre, sin personalidad humana, no tiene *individualidad*. Pero una cosa sin individualidad es una cosa que no existe. Solos los individuos existen en la naturaleza real. Suprimir la individualidad humana de Cristo es la manera más radical de suprimir la Encarnación, suprimiendo su base. Porque la verdad es que Cristo es un *Quelqu'un* humano, un *Individuo*, pues, humano..."

El canónigo señor Marchand, en *La Critique du Libéralisme*, censuró así ese párrafo:

"...El error de Escoto ha sido creer que haya una distinción que establecer entre la subsistencia o individualidad y la personalidad de los seres racionales. Así, aun admitiendo dos individualidades en Cristo, pensaba salvar la integridad del dogma. Mas para Santo Tomás esta distinción es absurda: a su juicio, como al nuestro, lo que subsiste en nosotros, es decir, el individuo o el *Quelqu'un* que tiene conciencia de existir, de hablar y de hacer, es precisamente lo que todo el mundo nombra, con razón, la *persona*. En efecto, el Doctor Angélico no duda en calificar de herejía la tesis que combate..."

Inde irae.—Como herido en la pupila del alma, revuélvese el padre Michel-Ange para decirle al canónigo que en su forma de tratar a sus adversarios no reconoce de ningún modo el sello de ese Angel "que la tradición nos revela como más recomendable aún por su dulzura y modestia que por su prodigioso saber teológico". ¡Y qué le diría a él el señor Marchand si le contestase! En la forma de tratarse, allá se van los dos. Pero oigamos al padre capuchino...

Santo Tomás repite cien veces que la naturaleza humana en Cristo era concreta, particular, singular, individua. ¿Cómo, pues, calificará de error absurdo, ni menos de herejía, la distinción entre el individuo y la persona? En esa distinción, Santo Tomás y Escoto coinciden.

Lo que Santo Tomás condena de herejía es la tesis de los que "conceserunt unam Christi personam, sed posuerunt duas hypostases, sive duo supposita, dicentes hominem quemdam compositum ex corpore et anima a principio suae conceptionis esse assumptum a Dei Verbo" (III, q. 2, a. 6). Y también la condena Escoto. En un solo detalle se diferencian las dos "antorchas de la Teología": Santo Tomás dice que "non est proprie dictum quod Filius Dei assumpsit hominem"; Escoto dice que "esta fórmula comporta un sentido plenamente, rigurosamente católico". Y nosotros diremos que lo

dice por una sutileza de las suyas... Pero continuemos. En el sentido del XI Concilio de Toledo y del *Te Deum*, "Escoto mantiene que en Jesucristo la naturaleza humana es un *quelqu'un*, un individuo cuya naturaleza ha sido *asumida* por el Verbo". Aunque no está eso claro, dice el padre Michel-Ange que hasta aquí, en el fondo, coinciden ambos, porque, en fin, "todo lo que Escoto ha admitido en Jesucristo, ha sido la existencia de un *quelqu'un* humano, existencia muy realmente distinta de la existencia del Verbo mismo... Mas esto no entraña en modo ninguno una nueva subsistencia, la sola que hubiera condenado Santo Tomás".

A este propósito será útil no olvidar la excelente observación del cardenal Cayetano de que hay que "guardarse de implicar la fe en las cuestiones donde se estudia la existencia humana de nuestro Señor Jesucristo", ya que su solución depende de muchos problemas filosóficos: "Attende diligenter et caute, novitie, quod ista decisio pendet ex duabus quaestionibus communibus. Altera est: an existentia et essentia distinguantur realiter. Altera: an existentia substantialis sit personae, ut proprii susceptivi, an communiter sit personae, vel naturae. Praesupponit enim doctrina ista et esse aliam rem esse ab essentia, et esse deberi personae ut proprio subjecto. Et quoniam variae sunt opiniones circa haec, cum de Christi existentia humana quaestio est, noli haec intelligere quasi suit fidei, noli pertinax esse in conclusione, nisi evidentiam prius habeas de communibus quaestionibus, sed ut rationalia ac consona haec amplectere." (In III p., q. 17, a. 2).

Muy bien. Pero el padre Michel-Ange desea, al parecer, que Santo Tomás y Escoto coincidan, no sólo *in necessariis*, sino *in dubiis*, porque se da a zurcir textos que nos presenten a Santo Tomás enseñando "la existencia propia de una individualidad humana que en manera ninguna se confunde con la existencia eterna del Verbo, bien que no pueda en ningún modo estar de ella separada o simplemente independiente". ¿Por qué no cita el trascendental art. 2 de la cuest. 17 de la p. III? ¿Es que vale bordear textos donde la idea es abstracción inerte y no abismarse en uno donde la idea es realidad vivísima, germen de luz para ver las reconditeces del organismo de un sistema? No emularemos ese método.

Y no hemos de intervenir en el debate para dejar las posiciones tomista y escotista como antes, como las dejaron los dos teólogos franceses, limitándonos a afirmar que, si los jefes sienten *idem in fide*, Santo Tomás lo habla mejor que Escoto, ya que es tan claro, tan preciso, tan unánime con el común decir católico, que no ha menester escoliadores más o menos sutiles que le defendan de una nota acre, como es la que infligió a Escoto un censor tan rígido como el señor Marchand.

El cual, por cierto—dice el padre Michel-Ange—, "evoca un enterramiento que había presidido Capreolo". Pero es el caso que, mientras que éste desaparece, vivió Escoto dirigiendo "multitudes, legiones de pujantes doctores" que ante él desfilaban "aun a través de casi todo el siglo XVIII. Necesario fué el cataclismo de la revolución para introducir en Francia una solución de continuidad en la escuela escotista". No pensó que Escoto fuese *un enterré, un oublié*, el ilustre cardenal Cayetano, que tuvo "el coraje de

consagrar quince años de su existencia al examen y a la discusión de una sola de sus objeciones" (*Comm. in I p., q. 14, a. 13*). ¡Si sería vivo Escoto! Tan vivo, que no logró entenderle M. Cano, con no ser *ingenio nimis tardus*... "Esta derrota de Cano tiende, a lo menos, a establecer... que, hacia mediados del siglo xvi, la escuela escotista era floreciente y Escoto *enseigné, et non point enterré. Enterré!* No lo estaba aún en tiempo de Alejandro VII..."

Por entonces, un escritor (cuyo nombre se calla el padre Michel-Ange), deseando ver a Escoto definitivamente *enterré*, osó calumniarle en un libelo firmado con pseudónimo. Estamparle y ponerse él, el autor, a las puertas de la tumba, fué todo uno. Gracias a que se arrepintió y se retractó y puso por las nubes a Escoto... "Año de Christo nuestro Redemptor 1663, por el mes de agosto, adolescí... Pedí a Dios N. S. salud, y prometí, consiguiéndola, retratar mis sinrazones y declarar las verdades. Mejoré por diciembre, y, en cumplimiento de mi promesa, omitidos aparatos de adorno en títulos, prólogos, divisiones y párrafos, satisfaciendo en conciencia, doy a la stampa este particular... Es alumbrar ciegos, hablar quedo a sordos, el reducir obstinados. La embidia enterró vivo a Escoto en los escritos, mas en los escritos está vivo a pesar de la embidia... Cubriera la frente Goliath y no le diera el pastorcillo tal pedrada... ¡Ay de mí! Señor, pésame de mi soberbia. Quien busca imposibles, halla confusiones: si no levantaran tanto la torre de Babel, no hubiera ladrillazo de tan alto."

No gustamos de la sátira; mas ¿cómo hemos de ocultar que nos parece algo grotesca esa apología que hace el padre Michel-Ange, *furiis invectus*, por un inciso del canónigo, que no aludía a un Escoto *enterré*, sino sólo a una opinión suya, que *tous la croyaient reléguée pour jamais dans la poussière des vieux parchemins*?

Si alguien quisiese enterarse más del libro, piense que no perderá el tiempo, pues el padre Michel-Ange es teólogo no lerdo ni indocto, capaz de sugerir ideas no baladíes y de excitar otras que acaso duermen solitarias en un rincón del alma.

FR. MATÍAS GARCÍA.

CRONICAS CIENTÍFICO-SOCIALES

ESPAÑA

Las ideas del momento: la cuestión militar.—No es extraño que, en esta conmoción universal, que ha volcado los tronos de Bélgica, Servia, Montenegro, Rusia y Grecia, España experimentase también una fuerte sacudida, una verdadera revolución. Si no hubo derramamiento de sangre, ni cambio de régimen, y se ha reducido todo, por ahora, a la dimisión del Gobierno liberal y subida del partido conservador, no fué seguramente porque los elementos promotores de este suceso careciesen de medios y de cierto ambiente propicio para revolución más honda.

El malestar general, el examen y la liquidación rigurosa que la guerra europea permite y hasta obliga a hacer de todas las instituciones y normas de conducta, hace que todo lo veamos pequeño, inseguro, fácil de derribar y de sustituir por el ideal que cada uno lleva dentro. Dígase si este estado psicológico no es propicio a las revoluciones. Además, en la vida social y en el reducido pero siempre decisivo mundo de las ideas, se sufren verdaderos contagios y epidemias, cuya presencia no se nota hasta que ha caído buen número de víctimas, que constituyen otros tantos centros de contagio. ¿Cómo se forman, cómo obran esas ideas-fuerzas en la colectividad? ¿A qué leyes obedece su trayectoria y qué resultados pueden anticiparse? He aquí el gran problema o la serie de problemas que se propuso resolver la Sociología, la ciencia nueva ideada por Quetelet y A. Comte, aunque hasta ahora, con poca fortuna, para dar base a una política sabia y previsor. La guerra europea, ¿no es una magna revolución? ¿No es enteramente revolucionario el ambiente que nos circunda?

A no ser por los ejércitos permanentes, revoluciones parciales estallarían todos los días, ocasionadas por el malestar que aqueja a muchas clases y grupos sociales. ¿Qué sucederá cuando esos mismos males llegan a afectar a los propios organismos armados, encargados de sostener el orden a viva fuerza? Por otra parte, lo ingente y formidable de la lucha entre los mejores y más numerosos ejércitos del mundo, ¿no hace pensar en una pronta y radicalísima *transformación*, ya que no en la supresión de los ejércitos permanentes?

He aquí, en su desnudez ideológica, la cuestión planteada por los militares en España. Ya que no tengamos que lamentar sucesos, se impone el comentario al enorme cúmulo de ideas y de orientaciones a que ha dado lugar este

hecho, más social que político, ciertamente. Resumamos, ante todo, los hechos. Desde hace algún tiempo, el arma de Infantería venía organizando en todas las guarniciones *Juntas de Defensa*, la Suprema de las cuales residía en Barcelona. Enterado de ello el Ministro de la Guerra, ordenó la disolución de dichas Juntas a todo trance; sobrevino el arresto de la Junta de Barcelona y el relevo del capitán general Alfau, siendo sustituido por Marina, y al notar éste la resistencia formidable del Ejército, solidarizado, a disolver tales *Juntas de Defensa del arma de Infantería*, se sacó del arresto a la Junta de Barcelona; pero el Gobierno García Prieto, antes que transigir con la aprobación de las Juntas, presentó la dimisión el día 9 de junio, subiendo el día 11 el Gobierno Dato, que ya ha reconocido la existencia y personalidad de las Juntas militares, pues no otra cosa pedían, ante todo y sobre todo, los jefes y oficiales del arma de Infantería. Todo el problema está ahora en lo que pidan esas Juntas, una vez aprobadas, y en lo que conceda o niegue el Gobierno; por una parte, pues, está resuelto el pleito en favor de los militares, y, por otra, está simplemente aplazado. ¿Qué deducir de todo esto? Por de pronto, que un organismo parcial del Estado, una clase social determinada se ha impuesto al Poder público. He aquí la verdad escueta, llamada por muchos *revolución*. En el Mensaje, fechado el 1.º de junio, que los militares entregaron al general Marina, decían éstos: “No sólo el arma de Infantería, que guarnece todas las regiones de la Península, y que *sólo obedece exclusivamente, en la actualidad, a esta Junta Superior del Arma*, sino las Armas de Caballería y Artillería, *están resueltas* a que en el Ejército rijan en lo sucesivo solamente la justicia y la equidad; *afirman su determinación de que se reconozca su personalidad* para su progreso y defensa de sus intereses, renovando su más sagrado juramento, ante su bandera y estandartes, de que tales intereses *no son los egoístas individuales*, sino los sagrados de la Patria, por los que están sujetos y resignados durante tantos años a toda clase de sacrificios, incluso el de su dignidad, desde el final desastroso de las campañas coloniales.”

Confrontando este lenguaje con el que emplean las colectividades obreras ante el Estado y las Empresas, diríase que estábamos en vísperas de una revolución político-social como la de Rusia, con sus correspondientes “Comités de obreros y soldados”. Para muchos (liberales y partido socialista), la aceptación de esas imposiciones significa la subordinación intolerable del Poder civil al Poder militar; para otros (extremas izquierdas y derechas), representa la posible transformación de todas las normas jurídicas vigentes y el comienzo de una España nueva, que salga de su postración y de esa *neutralidad* económica y social, en que sigue aferrada, sin duda, por una falsa interpretación de su sagrada e intangible *neutralidad* con respecto a la guerra europea. Nadie, ni el mismo Ejército, desea lo que antiguamente era consecuencia forzosa, aunque baladí, de una *cuartelada* o de un *pronunciamiento*. Un Gobierno militar no resolvería absolutamente nada: sería funesto. En este punto, el Ejército español, huyendo de toda política partidista (bien adulado y requerido ha sido por ciertas agrupaciones) y de todo afán de mando, ha dado una gran prueba de cultura y de consciencia.

¿Cuál ha sido, pues, el significado hondo de este movimiento militar? No el triunfo pasajero de la fuerza, que no emplearon, sino el triunfo material y moral del *espíritu de asociación*, de agremiación profesional, del espíritu consecuencia forzosa, aunque baladí, de una *cuartelada* o de un *pronunciamiento* como un aspecto parcial y secundario de la totalidad del problema social, lleva en germen, sin embargo, toda la organización futura de la sociedad sobre bases más firmes y justas. El individualismo liberal, atomizando en exceso los elementos componentes de toda sociedad, para manejarlos más a su antojo, produjo el *centralismo* contra el regionalismo; el *socialismo revolucionario* contra la verdadera *agremiación obrera*, exclusivamente profesional; la *libre concurrencia*, en que el poderoso vence siempre al débil, y el *favoritismo*, como único medio de atraer y engañar al oprimido con la esperanza de ser protegido en cada caso contra el opresor. Esto no podía prevalecer, y no prevaleció. Los elementos naturales (en tanto que son imprescindibles) de la sociedad tratan de convertirse en células vivientes y reclaman su personalidad y su autonomía; haciéndose cargo cada colectividad de su función, quieren desempeñarla por sí mismas, automáticamente, con el *mínimum* de intervención que sea posible.

Prueba de ello es que, apenas reconocida la personalidad jurídica de las *Juntas de Defensa* del Ejército (al que tantas veces puso el Gobierno en pugna contra las organizaciones obreras y sus reclamaciones, si bien extraviadas y exageradas tantas veces por el socialismo y el anarquismo), casi todo el personal administrativo dependiente del Estado, el cual constituye una numerosísima clase social, se ha apresurado a constituir sus respectivas *Juntas de Defensa* para regular el ingreso y los ascensos, sustrayendo todas estas cosas al favoritismo de los partidos, y defender sus intereses con la fuerza de la Asociación, y, llegado el caso, con la resistencia. Así acaban de constituirse *Juntas civiles de Defensa* entre los empleados de Hacienda (1) en Madrid, Barcelona, Valencia y casi todas las capitales de provincia y entre los *empleados de todos los Municipios*; se habla de los *carteros* y empleados de *Correos*, y en Santiago de Galicia acaban de reunirse los *catedráticos* de

(1) He aquí las peticiones que hizo públicas la Prensa el 8 de junio. El texto del impreso en que se formularon es una tremenda diatriba contra las corruptelas de la política en la Administración de Hacienda. Alude a la actitud de los militares, considerando que puede servir de pauta a los funcionarios civiles, y después de algunas consideraciones, propone lo siguiente:

"Primero. Constituir en todas y cada una de las Delegaciones de Hacienda Asociaciones dispuestas a secundar un movimiento general, sea cualquiera la actitud.

"Segundo. Esperar quince días para que el Ministro ponga en vigor un decreto que se ajuste a nuestras aspiraciones, expresadas en diferentes ocasiones, y que el Gobierno se obligue formalmente a asegurar la independencia del empleado, para que éste se pueda sentir ajeno a las presiones políticas, que conducen irremediamente a la desmoralización pública y administrativa.

"Tercero. Si en el citado término no se nos da satisfacción, la Junta que se nombre dará al Gobierno, como *ultimatum*, un plazo de doce horas.

"Cuarto. Si no se nos atiende, se irá a la *huelga general indefinida*."

la Universidad para redactar las bases de una *Junta de Defensa* "que vele por los prestigios de los Centros docentes". Es decir, que el sindicalismo societario, con todas sus derivaciones, ha dejado de ser exclusivo de las *Casas del Pueblo* y demás organizaciones obreras, y se ha introducido de golpe y perrazo en las arterias del Estado. He aquí la característica trascendental de este golpe militar, de esto que todos han convenido en llamar una profunda revolución, porque a la vista está el cúmulo de consecuencias jurídicas, políticas y sociales que todo esto ha de traer consigo.

Esta fiebre sindicalista que rápidamente se ha extendido a todo el organismo social, si en parte favorece la tendencia central del proletariado organizado (ya en católico, ya en socialista), puede ser, por otro lado, la muerte del socialismo revolucionario y anticatólico, el cual ya no puede ostentar la exclusiva de la bandera *socializadora* con que sugestionaba a las masas. Tal vez por eso quiera apresurar su triunfo *partidista*, que sería funesto para los mismos trabajadores, intentando la huelga o las huelgas revolucionarias mediante la fuerza de los *millones* de las Potencias extranjeras, que tienen interés en que España siga en decadencia a la hora de la paz, si es que no pueden lograr imponernos un Gobierno siervo suyo, como el de Grecia. Dudamos que la masa obrera siga ya tan ciegamente como antes a los asalariados jefes políticos del socialismo.

La guerra europea, con todas sus complicaciones, ha hecho perder el respeto y la veneración a las normas jurídicas escritas. Ante la *necesidad* se rompen los contratos, se viola la costumbre, se cambia y se renueva el derecho, y, al atropellarlo aparentemente, los infractores se nos presentan como apóstoles iluminados de otras normas jurídicas superiores, no escritas, pero que deben escribirse.

Antes de la guerra mundial, ya el sindicalismo de los funcionarios públicos había dado muchas señales de vida en la República francesa. A los cuarteles llegaban las influencias antimilitaristas; se rompía la disciplina y se discutía mucho sobre el modo de *democratizar* el Ejército (como ha hecho ahora la revolución rusa), tratando de convertir los cuarteles en algo así como *Universidades populares*, para hacerlos menos odiosos a los gustos y costumbres de aquellos días; pero nunca el Ejército, permaneciendo disciplinado y sin hacer causa común con los movimientos populares, como lo esperan algunos revolucionarios, tomó la actitud que acaba de adoptar el Ejército español.

Y ¿qué pretende el Ejército, volvemos a repetir? El Mensaje aludido es un precioso documento histórico. No tanto se fijan los militares en el mejoramiento de su clase y en el engrandecimiento del Ejército mediante el aprovisionamiento necesario de elementos materiales para combatir, cuanto en los demás problemas de la vida nacional, de los que parece no preocuparse ningún Gobierno ni ninguna otra colectividad (1).

(1) "Aquellos desastres, aquellas injustas inculpaciones que sufrió, y que, mancillando su *honra profesional*, laceraba sus pechos de patriotas, es imposible que vuel-

Da vergüenza pensar que, en estos tres años de guerra, intensísimos en problemas de toda índole, España no se ha visto seriamente preocupada más que por las reclamaciones populares y obreras acerca de las *subsistencias*, por las luchas intestinas entre *neutralistas* e *intervencionistas* (el fenómeno del intervencionismo no acabo de explicármelo por la *venalidad* o la misteriosa *simpatía* o *antipatía* con que instintiva y rápidamente, y sin saber por qué, miramos a un bando de jugadores o luchadores. Yo creo que en el fondo de muchos intervencionistas late el deseo de que España no quede perpetuamente formando islote, sino que éntre de una vez a compartir la vida internacional) y por alguna que otra iniciativa privada en el desarrollo de las empresas y negocios. ¿Obras o medidas de carácter general por parte de los Gobiernos, de los partidos, de las colectividades, que abran nuevos horizontes? Por desgracia, ninguna.

A partir del 1.º de junio, todo el mundo habla de *renovaciones*, de transformaciones radicales, de cambios de hombres y de métodos, y, si bien se

van a repetirse, y a esto se llegaría fatalmente si hoy no saliera de su silencio para dar un respetuoso pero enérgico aviso, que, para bien de la Patria, debe ser atendido.

"Sacrificándonos venimos hace veinte años para dar lugar a que se regeneraran los demás organismos nacionales, cuya atención se juzgó primordial por los Gobiernos de entonces.

"Hombres políticos que han ejercido el supremo mando han confesado en varias ocasiones, ante las Cortes unos, otros ante el país, que nuestro sacrificio ha sido inútil, puesto que *aquellas fuentes de riqueza o de vida nacional no se regeneraron, la Administración no ha mejorado y el Ejército se encuentra en absoluto desorganizado, despreciado y desatendido en sus necesidades*: primero, "de orden moral", lo que produce la falta de interior satisfacción, que anula el entusiasmo; segundo, "en los de orden profesional y técnico", por la carencia de condiciones militares, que no tiene medios de adquirir, por la de unidad de doctrina que la rija y de material con que realizar sus fines, y tercero, "por las de orden económico", en las cuales la oficialidad y tropa se hallan peor atendidas que la de cualquier otro país, y también en condiciones inferiores a las de las clases civiles, análogas, del propio.

"A estas causas de malestar crónico se han añadido últimamente las producidas por la ingerencia del favor, que anula el mérito y desmoraliza al que, para lograr un beneficio que se le debe, tiene que mendigarlo del personaje influyente, arrastrando a sus pies su dignidad; las causadas por selecciones injustas, por amortizaciones onerosas y no equitativas en relación con los demás funcionarios del Estado, y, en fin, por el convencimiento adquirido de que no terminarán nunca sus males, que a nadie interesan, pues han sido muchos los proyectos de reformas, y ni en ellos se veía cariño ni ninguno llegó a cristalizar; otros muchos motivos de disgusto y malestar existen que no es necesario enumerar, pues los dichos son los principales.

"Para estudiar el medio de corregir tales graves padecimientos de la colectividad y solicitar respetuosamente por los medios legales de sus superiores autoridades el remedio, presentándoles al propio tiempo las soluciones, se formó la Unión y Junta de Defensa del Arma, que *afirmó en su Reglamento la firmeza de su juramento a la bandera, su respeto a los Poderes constituidos y a la disciplina y los fines de dignificación y progreso que se proponía*. No ha obrado a espaldas de aquélla ni se ha escondido para actuar durante los catorce meses que lleva de actividad; elevó su Reglamento a manos de su superior autoridad, y estaba persuadida de que había llegado a las más altas manos, y, al no haberle sido vedada su actuación, se hallaba orgullosa de la alteza de sus miras y propósitos y de su cordura y morigeración al encaminarse a sus fines."

fija uno, rebuscando en la Prensa diaria, en las revistas, en las declaraciones de los prohombres, en las determinaciones de las colectividades, apenas se encuentra una idea clara y de provecho; nadie se apresura a cambiar sus viejas costumbres, a revisar sus propias ideas, a cambiar de bandería. Diríase que la renovación para estas gentes consiste en ver desmoronarse la casa del vecino para barrer luego para la suya propia. Ciertamente que los antiguos grandes diarios liberales y doctrinarios sienten la necesidad de renovarse (disolución del *Trust*, pleito de *El Imparcial*); que los grandes partidos políticos están pulverizados y sin programa; que los diferentes partidos republicanos, "ante la gravedad de las circunstancias", se han unido por centésima vez, para reñir seguramente a las dos semanas... Pero, ¡qué flojera y falta de idealidad y de realidad en todo! Cuando los partidos de la izquierda, los profesionales de la revuelta, vieron que las corrientes militares no iban a engrosar su cauce, empezaron a condenar lo que antes aplaudían, invocando la supremacía del Poder civil; cuando periódicos de tan conocida y funesta historia como *El Liberal* y *Heraldo de Madrid* empezaron a notar que las *Juntas de Defensa*, por ellos jaleadas en un principio, iban concretando sus aspiraciones en el *Escalafón cerrado* o en el turno por antigüedad, para evitar el *favoritismo* o la arbitrariedad ministerial, de que se alimentan las gusaneras de Madrid y sus dependencias..., vuelven a ponderar lo antiguo y a recelar de lo nuevo, con el achaque de que el turno de antigüedad cierra el paso al mérito y a la gente joven y de valer, como si estos inconvenientes no pudieran enmendarse, en gran parte, por la *oposición* o por el sistema que se sigue en Noruega, sometiendo todos o parte de los ascensos a la votación de las mismas *Juntas* de empleados, para premiar y utilizar el mérito de los que se destaquen (1).

Insisto en que lo ocurrido estos días en España tiende a la afirmación de la personalidad y autonomía en todos los órdenes de ideas y funciones; a

(1) La Presidencia del Consejo de Ministros acaba de dirigirse, por Real orden, a los Ministerios de Hacienda, Gobernación, Gracia y Justicia, Instrucción pública y Fomento, remitiéndoles las conclusiones votadas en la reciente *Asamblea de la Unión Nacional de funcionarios civiles*, con objeto de que se estudien en sus respectivos departamentos y sean llevadas a la práctica en la medida de lo posible. No todos los católicos están conformes con el *sindicalismo de los funcionarios públicos*. *El Siglo Futuro*, órgano de los integristas, es opuesto a estos Sindicatos, por considerarlos como una "coacción sobre el Estado y los Gobiernos en grado más que suficiente para producir un desplazamiento absoluto del sujeto de la soberanía" (21 de junio). Con razón discurre sobre este mismo tema órgano tan importante como *El Social*, de Barcelona (23 de junio): "Si tuviésemos en cuenta que el funcionario es un brazo del Estado o de un sujeto de derecho público, y que, por tanto, su función participa en algo del carácter de *necesidad* que al sujeto de derecho público distingue..., casi llegaríamos a la consecuencia de que la sindicación *funcionarista* no es posible, no debe ser, no puede darse en un Estado normalmente constituido. Pero si, por el contrario, partimos del concepto del funcionario individual, del empleado, del hombre que realiza un servicio (público o privado) a cambio de una retribución determinada (llámese esa retribución sueldo o salario), llegaremos a la consecuencia de que *nada* hay en este individuo que le impida defenderse de posibles ataques a sus intereses, ni menos aún que le impida mancomunarse con otros para mejorar de situación económica, social, etc."

que cada cosa esté en su sitio, viva de sí misma y por su propia virtud y eficacia. Así como en el orden internacional (a pesar de la guerra) las luchas formidables entre *internacionalistas*, enemigos de la Patria, y los partidarios del *statu quo* y de las anexiones por la fuerza, tienden a resolverse, según las fórmulas que flotan en el ambiente europeo de "Paz sin indemnizaciones ni anexiones", en un *nacionalismo* que salga del voto de los pueblos en litigio (Polonia, Alsacia-Lorena, etc.), así dentro de cada Estado, las eternas polémicas entre *centralistas* y *regionalistas*, entre *autoritarios* y partidarios de una *democracia* más o menos directa y de contenido social, han de venir a parar en una organización social y en una representación política *por clases profesionales* y técnicas, que ahuyente la nube de abogados y leguleyos, duchos en triquiñuelas y artificios de prestidigitación, que nada resuelven. Así, por ejemplo, los republicanos en España, como antes los liberales, han pretendido subir, no por la propia virtud de su ideal, sino utilizando el *resorte antirreligioso*, que siempre existe en donde hay inmoralidad; los socialistas han pretendido subir en hombros de los republicanos, y no apoyados en su exclusiva doctrina económica y en la fuerza de las propias organizaciones obreras, y así en todo. Estamos seguros de que la República no hubiera caído en España, y, caída, se hubiera levantado dignamente, si no hubiera tenido un carácter tan marcadamente irreligioso; estamos también seguros de que el socialismo hubiera logrado mucho, todo, para la clase obrera, si no se hubiera declarado republicano, antidinástico e irreligioso como lo es. Claro que para hacer esta labor de poda y, al mismo tiempo, de *resistencia* contra los manejos de los políticos revolucionarios, que se sirven de las organizaciones obreras socialistas para sus intentos, está la *sindicación católica*, que ya va pesando algo en la balanza. Los *Sindicatos* y *Federaciones agrarias* aumentan prodigiosamente. En cuanto a los obreros de la industria, la división, que no tiene trazas de resolverse, entre *libres* y *amarillos* detiene considerablemente el progreso, toda vez que el *amarillismo* o patronalismo está definitivamente descartado por la teoría y la práctica de la vida.

Antes de ocurrir los sucesos que estamos comentando, escribía en *El Debate* (22 de mayo) uno de nuestros más profundos y sagaces publicistas, Salvador Minguijón: "La pujante organización sindical creada por los católicos españoles tiene una misión importantísima que llenar en el campo de la política. No hay que asustarse de esta palabra. No se trata de desnaturalizar el movimiento social, haciéndolo feudo de ningún partido, por digno y glorioso que éste sea. Se trata de una transformación de los servicios públicos, por virtud de la cual han de ir despojándose de su carácter político para convertirse en *servicios técnicos*. Si el régimen de los partidos tiende a ser sustituido por el *régimen de clases*, es porque el campo político va recortándose, y se retira ante *lo social* y *lo técnico*."

No puedo dejar de consignar en esta crónica otro testimonio vivo que confirma varias de las cosas que apuntadas quedan sobre nuestra evolución político-social. La *Federación Gremial Española*, entidad patronal (tomen nota de esto los que ven con tan malos ojos los Sindicatos libres de obreros

solos y se escandalizan de sus reclamaciones), ha dirigido al actual jefe del Gobierno (22 de junio) una enérgica exposición, de la cual es este párrafo: "Si el Gobierno que V. E. dignamente preside en estos momentos difíciles, por la índole de los problemas de orden interior y los de carácter internacional, labora para levantar el espíritu de ciudadanía; si demuestra con su actuación que viene a romper *viejos moldes* de nuestra desdichada política, *las fuerzas gremiales patronales, en su gran mayoría hoy organizadas y disciplinadas en España dentro de nuestro organismo*, sabrán ser un factor modesto, pero entusiasta, para cooperar en todo momento a la acción del Gobierno; si, por el contrario, hemos de sufrir nuevas decepciones, y, con apariencias de tranquilidad pública, sigue agudizándose el malestar nacional, quebrantándose los prestigios del Poder ejecutivo en sus distintas manifestaciones, los gremios españoles estimarán llegado el momento de demostrar, por los medios a su alcance, *que quieren ante todo una vigorosa política económica*, y no viendo medios de que la desarrollen los hombres de los partidos turnantes, *coadyuven con todo su esfuerzo a que la realicen nuevos elementos*, no contaminados con la vieja política, que sean conscientes de su altísima misión para la regeneración de España."

Congresos: el de Ciencias.—Del 6 al 11 de mayo tuvo lugar en Sevilla el IV Congreso de las Ciencias, oportunamente anunciado en esta revista. No es posible en una nota reseñar los trabajos que allí se presentaron. Cuando se publiquen los tomos que contengan las Memorias será ocasión de apreciar someramente su valor y anotar los progresos realizados. El Clero español ha estado dignamente representado, especialmente por individuos de las Ordenes religiosas, que tomaron parte muy activa en los trabajos de las Secciones.

Uno de los más eminentes catedráticos de Universidad asistentes al Congreso, Alberto Jardón, emite este juicio acerca del mencionado Congreso: "En todas las Secciones se presentaron estudios de verdadero valer. Especialmente en las Secciones correspondientes a las Ciencias experimentales en general, en las Médicas, en las Matemáticas y de Aplicación, se advierte un extraordinario progreso, que permite entregarse al optimismo.

"En las Secciones de Ciencias sociales, filosóficas, históricas y filológicas, no se acusa, realmente, toda la significación de España en estas direcciones de la cultura. Aunque, cualitativamente, exceptuémonos a nosotros, cada uno de los discursos o trabajos ofrecen novedad e interés, no nos explicamos por qué brillan por su ausencia las principales figuras de la intelectualidad española. El profesorado universitario permaneció ausente, salvo escasas, pero valiosas excepciones, sin duda por la proximidad de los exámenes, privando al Congreso de su valiosa cooperación, y también se advierte la falta de los numerosos profesionales en este campo de la actividad, no sólo dentro de España, sino aun dentro de Sevilla."

"¿Se desconfía de la eficacia de los Congresos? Esto sería olvidar que ellos serán lo que los congresistas quieran, y aun suponiendo que se trate de "jugar a la Ciencia"—en la mayor parte de las Secciones es evidente lo contrario—, bueno es comenzar por algo, para aspirar a que los futuros Congre-

sos tengan toda la significación debida; pero no es laudable la abstención ni meritorio el vacío.

"Los Congresos son estímulo para el estudio, para la controversia, para la polémica. La publicidad que se les otorga nunca es excesiva, porque contribuye a la función educadora, a la influencia social de la Ciencia; excita a la crítica, agita y remueve a los que se preocupan por el progreso científico y eleva por selección y franca concurrencia. Bien sabemos que no es éste el único camino del trabajo, que no son los Congresos el único dinamómetro de la cultura ni la única palestra; pero quienes de otro modo trabajan en España nada perderían enviando comunicaciones o informes, ya que no pudieran acudir personalmente."

Otra de las notas características de este Congreso ha sido la presencia de los sabios portugueses, en representación del país hermano. Poco ha se constituyó en Oporto la *Asociación lusitana para el progreso de las Ciencias*, a imitación de la Asociación española, y, al parecer, dispuesta a colaborar con ella con un gran espíritu de solidaridad, que bien pudiera ser base de ulteriores y más íntimas solidaridades al reconstituírse el mapa de Europa, asunto del que se ha ocupado la Prensa en estos últimos meses, especialmente *El Imparcial*. Por de pronto, el primer acto público de la *Asociación lusitana* ha sido concurrir a la Asamblea de Sevilla, tomando parte activa y muy importante en ella. Con el Presidente de la Asociación y rector de la Universidad de Oporto don Francisco Gómez Teixeira, notabilísimo matemático, han venido unos 30 catedráticos portugueses, entre ellos el químico Ferreira da Silva, el astrónomo Costa Lobo, los matemáticos Pereira da Silva y Rodolfo Guimaraes, y el geólogo Joaquín Fontes.

Entre S. M. el Rey, en un notable discurso de saludo, y el señor Gómez Teixeira se cruzaron frases de gran cariño nacional, que fueron muy aplaudidas.

El II Congreso de Economía Nacional.—Como hemos anunciado en nuestra Crónica anterior, el día 4 de junio inauguró sus tareas el *II Congreso de Economía Nacional*, clausurándose el día 10. Ha tenido una gran importancia: se han expuesto profundas y atinadísimas doctrinas económicas y se han votado, en general, oportunas conclusiones. La labor de estos Congresos, como la misma que a veces se desarrolla en las Cámaras legislativas, no es para los impacientes. Es ya mucho que se condensen y se confronten opiniones, se extienda la semilla, para que, andando el tiempo, germine y se forme en el país, en los de arriba y en los de abajo, esa corriente arrolladora, y, a ser posible, unánime opinión, sin la que son casi infructuosas las leyes, mientras que, contando con ella, se incorporan con facilidad a las costumbres.

Casi todos los problemas de orden económico y social que flotan en el ambiente, dando origen a conflictos y disensiones, han sido tocados y dilucidados en la región serena de la discusión científica. Desfloraremos algunas ideas. Notemos, ante todo, que van siendo legión los que, sin ser políticos y viviendo enteramente apartados de la ciénaga de las luchas partidistas y sectarias, consagran su vida a los estudios económicos y sociales,

apareciendo como técnicos de primer orden y verdaderos rectores del alma nacional. Y entre ellos es grato ver que predominan y sobresalen hombres de íntegras convicciones católicas. No hay para qué citar nombres, pudiendo caer en omisiones lamentables.

Respecto, por ejemplo, a la Sección tercera, *La población en su aspecto económico*, es de notar que, al desarrollar el tema, se han expuesto doctrinas sobre los *latifundios* que tienen diaria actualidad y van derechos a modificar el concepto práctico de la propiedad. La casi totalidad de los congresistas se pronunciaron en favor de la desaparición de los *latifundios* o propiedades excesivamente extensas.

El señor Gascón hizo referencia a varios casos ocurridos en la provincia de Salamanca, en la que los propietarios hacen imposible la vida de los pueblos, y éstos desaparecen seguidos hasta de la destrucción de sus casas. La Sección en pleno acordó protestar contra tales hechos, solicitando de los Poderes públicos que eviten la consumación de aquéllos.

El señor Soler hizo una propuesta, afirmando la conveniencia de facilitar por el crédito la explotación de los latifundios, obligando al propietario al cultivo intensivo de sus tierras, y, en su defecto, acudir a la *expropiación* para el establecimiento de patrimonios familiares.

El tema de *Política social*, perteneciente a esta misma, dió lugar a atinadísimas proposiciones. Se reconoció que el problema social abarca, no sólo las clases obreras, sino las clases medias de *empleados y funcionarios*, pidiendo para éstos la disminución de impuestos exageradísimos, que se fundan en exterioridades engañosas, como son los sueldos, los alquileres de las casas, el servicio de determinadas industrias, etc., con lo que el impuesto viene a ser *progresivo* al revés, pagando más el que tiene menos. Respecto a la clase obrera, el Congreso hizo gran hincapié en la necesidad de continuar fomentando la construcción de *casas higiénicas y baratas*, a fin de que desaparezcan los *tugurios* y verdaderas pocilgas, en que se marchita y aniquila física y moralmente la mayor parte de nuestra población obrera, tanto en las ciudades como en los mismos campos. También se abordó el problema del *Seguro obligatorio*, haciendo el Congreso la afirmación de que "se impone como indispensable el régimen de obligación para los Seguros sociales, y, a fin de que este régimen sea implantado con garantía de oportunidad y acierto, se propone que el Gobierno encomiende al Instituto Nacional de Previsión el estudio de los medios prácticos necesarios para organizar en primer término el Seguro obligatorio de vejez e invalidez, y después, el de enfermedad y demás Seguros sociales."

También fueron importantes y prácticas las conclusiones votadas a favor de la población agraria. Realmente vienen a coincidir con lo que todo el mundo que estudia estos asuntos está cansado de reclamar.

En la Sección cuarta, la *Política tributaria*, se trataron a grandes rasgos los problemas de Hacienda, que tanto apasionaron los ánimos en los últimos meses. He aquí las conclusiones votadas:

"1.^a No puede llegarse a la reconstitución económica de España sin la modificación profunda de nuestro arcaico sistema tributario, orientándolo

hacia el desarrollo de la riqueza pública por una fácil y equitativa distribución de los impuestos.

"2.^a La base de una futura política tributaria debe ser la instauración de un impuesto general sobre las utilidades conocidas o declaradas. Este impuesto debe revestir carácter progresivo, ser diferenciado según el origen de las rentas con desgravaciones por cargas de familia y exención total de un mínimo de subsistencia.

"3.^a La reforma tributaria exige como necesaria premisa la reforma previa de la administración pública y de las costumbres políticas españolas, a fin de que desaparezca el divorcio actualmente existente entre el Estado y el contribuyente.

"4.^a A fin de evitar la competencia y régimen de favor que disfrutaban en España las entidades bancarias extranjeras, en perjuicio de las nacionales, debe el Gobierno, en la primera reforma parcial que adopte, someter a dichas Sociedades al pago del impuesto de derechos reales por todo el capital nominal de la casa matriz, exigir que la contabilidad oficial sea llevada en nuestra nación y que se tengan en cuenta las mismas disposiciones respecto a impuestos sobre capital, utilidades y timbre para todas las Sociedades que exploten en nuestra Patria negocios de esa índole.

"5.^a El Congreso acuerda estudiar en reuniones sucesivas los detalles del plan de transición que ha de preparar la reforma a que se refieren las bases 1.^a, 2.^a y 3.^a."

Y no es posible detenerse más. No debemos dejar de consignar que en las discusiones del Congreso han tomado parte muy activa y valiosa redactores de la *Revista de Economía y Hacienda*, *España Económica y Financiera*, *El Financiero* y *La Semana Financiera*.

El I Congreso catalán del Trabajo a domicilio.—El problema del trabajo de la mujer, tanto en los talleres o fábricas como en su propio domicilio, ofrece aspectos desgarradores, de enorme trascendencia moral y social. Claro es que, resuelto el problema del trabajo del hombre mediante el *salario familiar* y otras soluciones a que se tiende, el del trabajo de la mujer queda solucionado, en gran parte, automáticamente. Pero, hoy por hoy, constituye una gran llaga social que mana sangre, lágrimas y cieno.

La mujer que tiene que vivir de la *aguja* es una verdadera esclava de comerciantes y damas particulares. Unos y otras entregan su trabajo a un precio inverosímil por lo ínfimo. Como son tantas las que de ese trabajo tienen de vivir, antes que morir de hambre o *entregarse al vicio* (de ordinario bien retribuido por los ricos, que así forman sus ganancias y las disipan) lo aceptan, arrastrando una vida de martirios y privaciones, que es una continua agonía. Si hay un feminismo aceptable y de verdadera trascendencia, es éste de poner a la mujer en condiciones de poder ganarse decorosamente la vida cuando se ve privada del apoyo del padre, del hermano o del marido.

En este sentido es mucho lo que el Catolicismo social va haciendo en España, asociando y organizando a las pobres obreras y empleadas para defender sus derechos.

Poco ha los *Sindicatos de costureras, modistas y empleadas* de Bilbao, según vemos por la Prensa, y señaladamente por el excelente periódico obrero *El Sindicalista*, de aquella capital, lanzaron un Manifiesto, y luego han seguido otras proclamas, que todo el mundo debe leer, y que algo han movido la opinión. En uno de esos escritos decía *Una asociada*:

"Muchas costureras estamos siendo, sin que apenas se fije en ello el público, víctimas de un trato inhumano. No hablamos a humo de pajas; hoy mismo hace constar una socia que siempre se la obliga a ir y venir a deshora del taller; pero hace pocos días la tuvieron trabajando desde las cinco y media de la mañana hasta las once de la noche, y sin dejarla ir a comer a su casa, a fin de aprovechar mejor el tiempo. Además, o se hace trabajar en el taller también los domingos, o se obliga a llevar la labor a casa."

"Este hecho vergonzoso tiene fácil explicación. Entran como factores la codicia de los dueños de los talleres, la dificultad de una efectiva inspección de parte de las autoridades y nuestro miedo en denunciar estos hechos, *a fin de no perder el poco pan que ganamos*."

"Mas si se quiere que no muramos de anemia y tuberculosis; si se quiere que no contagiemos a gran parte de la población con gérmenes de esa enfermedad, que en los vestidos que confeccionamos van al público, que no nos considera como azote de Dios; si las palabras de simpatía que se nos dedican y las miradas benévolas con que se nos sigue por las calles y plazas, no han de ser pura farsa, menester es que se ponga remedio a estos males, y que para ello se implante, a toda costa, el horario que nuestra Junta, tan acertadamente, ha marcado: entrada por la mañana, a las ocho y media; salida, a las doce y media; entrada por la tarde, a las dos y media; salida, a siete y media. Siendo el horario el mismo para todos los talleres, a nadie se irrojan perjuicios, si no es a los que ninguno tienen y nos estrujan más que en otros talleres. ¿Hay alguien que se oponga a esto? Señal de que de quebrantos de nuestra salud aumenta su bolsillo."

Desde este punto de vista, como cualquiera puede apreciar, ha tenido verdadera importancia el *I Congreso catalán del Trabajo a domicilio*, celebrado en Barcelona durante los días 17, 18, 19 y 20 de mayo, organizado por los católicos. El tema único que había de discutirse y razonarse era el siguiente:

"¿Sería conveniente una ley española que estableciese salarios mínimos en las industrias a domicilio? En caso afirmativo, estudio de las bases principales que deberían informar dicha ley."

Fueron aprobadas *nueve bases*, que nos parecen muy acertadas, para la futura ley. El acuerdo principal es el de que se formen en cada localidad o región industrial *Comités de salarios*, constituidos por representantes patronos, obreros y del Gobierno, para que, teniendo en cuenta las necesidades de la vida, etc., fijen los salarios *mínimos* obligatorios, bajo fuertes multas y una rigurosa inspección que visite fábricas, talleres, etc., y lleve cuenta de las obreras que trabajen para cada casa.

La Fiesta de la Agricultura (15 de mayo).—Repetidas veces hemos dicho que la organización agraria en sentido católico va por muy buen ca-

mino, siendo la que, en plazo más o menos lejano, influya más decisivamente en nuestra renovación político-social. Constituida ya la *Confederación Nacional de los Sindicatos agrícolas*, se ha dado un paso más hacia la unión y solidaridad de todas las organizaciones de la industria agro-pecuaria.

Por común acuerdo del *Instituto Agrícola Catalán de San Isidro*, de la *Asociación general de Ganaderos del reino*, de la *Asociación de Agricultores de España* y del *Secretariado Nacional Católico agrario*, se ha fijado el 15 de mayo, día de San Isidro Labrador, para celebrar en toda España la *Fiesta de la Agricultura*. Con gran brillantez se celebró este año la primera, y para no extendernos en demasía, nos limitamos a reproducir íntegras las *conclusiones* que se elevaron al Gobierno. Son un documento de gran valer. El Vizconde de Eza, eminente católico social, que tomó parte tan activa en la mencionada Fiesta, es hoy ministro de Fomento, y esperamos que sea **consecuente**.

"CONCLUSIONES DE LA ASOCIACIÓN DE AGRICULTORES

"Primera. La variedad de climas y condiciones naturales, que, por causas distintas, encuentra la agricultura española, exige la formación por provincias de un "plan agronómico" que estudie y clasifique las características de los suelos y aconseje la implantación de los cultivos más remuneradores, mediante las paulatinas transformaciones que aquél requiera.

"Segunda. Para conocer bien nuestro suelo, formular el plan agronómico y atender a los diversos cometidos de la estadística, concentración parcelaria, título de la propiedad y del crédito, se precisa la rápida confección de un catastro que, apartándose del carácter fiscal del actual, se oriente en el sentido de una identificación geométrica y agronómica de todas las fincas rústicas, para dotar al agricultor de la cédula catastral, asiento de su vida y de toda mejora en el campo.

"Dicha rapidez sólo podrá lograrse encomendando la realización de los trabajos a las provincias, bajo la inspección y pauta del Estado, siendo misión de éste levantar fondos con que poder realizar los anticipos necesarios, y deber de aquéllas indemnizarle de esos anticipos mediante el cobro de los mismos de pueblos y particulares. Todo ello presupone que Hacienda se abstenga de ejercitar una función que exclusivamente compete a Fomento, y que éste habrá de organizar como base para la ulterior transformación agro-pecuaria y forestal.

"Tercera. Debe impulsarse y desarrollar la enseñanza agrícola en sus tres grados: elemental, media y superior, pero convirtiéndola de administrativa en profesional.

"La creación de buenas escuelas de capataces agrícolas es hoy para la agricultura necesidad apremiante. El Estado deberá valerse de las fuerzas sociales para su implantación.

"Cuarta. Se impone una mayor actividad en la propaganda agronómica mediante cursos breves, campos de experimentación práctica, misiones am-

bulantes, ensayos de material agrícola, etc. Su consecución es cometido de los propios agricultores, debidamente organizados, bajo la dirección oficial técnica, en vez de burocrática.

"Quinta. La futura legislación arancelaria y de Tratados de comercio ha de basarse en el exacto conocimiento de la cuantía de nuestra producción agrícola, teniendo muy presente la importancia del valor que hoy representa la exportación del sobrante de aquélla, a la que habrá de proteger, afirmando nuestra soberanía comercial e independencia económica ante los futuros problemas de la paz, a fin de emanciparnos como productores; y

"Sexta. Se proclama una vez más, como necesidad inaplazable, la unión firmísima de los agricultores mediante la asociación legal, que tiene su origen en la agrupación de individuos por localidades, su posterior federación en entidades regionales o comarcanas y el ulterior engarce de todas ellas en organismos generales que a todas abarquen, que de todas reciban la fuerza que han menester, para poder prestarla a aquellas de sus filiales que la demanden, y que, a la par, recojan y consoliden por la fusión toda la vasta red de servicios organizados que tiendan a la cooperación para la compra y venta de géneros y de productos, así como en orden al crédito y al seguro de riesgos agrícolas, sin olvidar los aspectos técnico, jurídico-administrativo y social. Ello constituirá en su conjunto la mejor defensa de los intereses del agricultor.

"Incumbe al Estado, no sólo facilitar y alentar mediante estímulos pecuniarios el desarrollo de la asociación agrícola, sino otorgar a ésta una intervención directa en cuantos servicios oficiales se relacionen con la agricultura, aunando ambas esferas en íntima colaboración y consorcio, al través de órganos provinciales de acción que respondan a un sistema de educación de las clases agrarias, que las convierta en aptas para su función productora."

"CONCLUSIONES DE LA ASOCIACIÓN DE GANADEROS

"Primera. Lo mismo para las actuales circunstancias como para la lucha económica que ha de seguir a la guerra, debe cuidar el Gobierno español de fomentar la agricultura y la ganadería, que constituyen la base principal de la riqueza nacional, y debe ser rechazada toda solución que ponga trabas a la producción agro-pecuaria, pues cuanto más se estimule ésta, más fácilmente se resolverán los problemas que las circunstancias planteen.

"Segunda. El Estado debe organizar, estimular y favorecer el establecimiento y desarrollo del crédito agro-pecuario, utilizando los elementos de asociación existentes, con objeto de llevar a los campos el ahorro público.

"Tercera. Deben suprimirse los impuestos que gravan la carne. Abolidos los Consumos, es altamente injusto que subsistan sobre aquélla, cuya importancia de producción y para el consumo es mayor que la de otros artículos desgravados.

"Cuarta. El Estado debe prestar la mayor atención y contribuir con los recursos necesarios a la extinción de las epizootias, especialmente de la peste del ganado de cerda, la perineumonía contagiosa en el vacuno y la durina en el caballar. Su propagación representa una grave amenaza para los intereses pecuarios.

"Quinta. Interesado en alto grado el Estado en el fomento de la producción caballar, no sólo por la riqueza nacional que representa, sino por constituir elemento esencial para las necesidades del Ejército y la defensa de la Patria, deben los organismos oficiales intensificar su labor, procediendo de acuerdo con los elementos productores, adoptando orientaciones fijas y estimulando la producción nacional. El Ejército, para todos sus servicios, debe utilizar únicamente caballos nacidos en España; y

"Sexta. El Estado debe prestar muy preferente atención a la mejora de la ganadería, consignando sumas de consideración para la celebración de concursos y para la enseñanza ganadera, labor que ha de realizar mediante su decidido apoyo a las entidades pecuarias del país."

"CONCLUSIONES DEL SECRETARIADO NACIONAL AGRARIO

"Primera. Que se tase a la mayor brevedad el precio de los abonos minerales y se impida la efectiva exportación del ácido sulfúrico al extranjero, por exigirlo imperiosamente la efectuada tasa del trigo, en relación con las elevadas condiciones de precio que demandan los fabricantes de abonos.

"Segunda. Que se intensifique y regularice, por todos los medios posibles, el servicio de transportes, cuyas deficiencias irrogan actualmente considerables perjuicios a la clase agraria.

"Tercera. Que en lo sucesivo se adopten las medidas necesarias y convenientes para la activa y rápida tramitación de los expedientes de constitución de los Sindicatos agrícolas, y que se interprete el art. 8.º del Reglamento de 16 de enero de 1908 en el sentido de que, transcurridos los tres meses a partir de la fecha de la presentación de la instancia y demás documentos con que se inicia el expediente, el Ministro de Hacienda no pueda negar las exenciones tributarias a los Sindicatos, sino en los casos y por el procedimiento que establece el art. 7.º del mismo Reglamento.

"Cuarta. Que el Ministro de Hacienda comunique a sus Delegados que la cooperación de consumo está incluida entre los fines legales de los Sindicatos agrícolas, como lo han reconocido el Instituto de Reformas Sociales, el Consejo Superior de Fomento y el Consejo de Estado en pleno; y

"Quinta. Que el número de representantes de cada rama de producción en la Junta de Aranceles y Valoraciones y en el Consejo Superior y Consejos provinciales de Fomento sea proporcional a la cuota contributiva de cada una, y que los representantes de la agricultura en estos organismos sean elegidos por las Cámaras agrícolas y Asociaciones libres legalmente constituidas, con arreglo a las leyes de 28 de enero de 1906, 8 de julio de 1898 ó 30 de junio de 1887."

El socialismo y el sindicalismo católico: sus fiestas respectivas.—El socialismo español experimenta, como todas las colectividades nacionales, las fluctuaciones de los grandes acontecimientos europeos. Quebrantado por el solo hecho de estallar la guerra, y de avivarse en todos los países los sentimientos patrióticos y nacionalistas, se reanima con la revolución de Rusia y el anuncio del Congreso socialista internacional de Estocolmo para laborar por una idea tan simpática a todo el mundo como es la de la paz.

No obstante, el socialismo español sigue atravesando una crisis profunda, más real que aparente, por empeñarse en constituir un partido político, antirreligioso y revolucionario en un país como España, en que, lejos de morir el sentimiento católico, renace y se acrecienta; en que los partidos políticos están desacreditados, y en que las ideas de contenido verdaderamente democrático y socializador se extienden rápidamente, haciendo inútiles y odiosas las revoluciones. De otro lado, la creciente, aunque lenta, formación de Sindicatos profesionales de criterio católico, y, particularmente, los que llevan el título de *libres*, está haciendo en la masa obrera una labor de disgregación, de selección y de crítica práctica, por la que el socialismo ya no puede mover a capricho de sus *leaders* políticos toda la máquina proletaria para disparar bala rasa.

Comentando la fiesta socialista del 1.º de mayo en Madrid, menos numerosa que nunca, y recordando tiempos mejores, decía en el *Heraldo* el escritor socialista J. J. Morato: “Y, sin embargo, parece haberse ocultado aquella bandera roja que, hoy hace veinte años, saludara el general Blanco—aquel hombre bueno y humano—en el paseo de la Aduana, de Barcelona; parece haberse ocultado tras *otras enseñas multicolores*, coronadas, *no del bello triángulo*, ni de manos que se estrechan, ni de instrumentos de trabajo, sino de sangrienta moharra.” No; rematadas con la Cruz, signo de redención verdadera, van ya muchas, muchísimas banderas proletarias. Y las ostentaron orgullosos los obreros católicos en su *Fiesta del trabajo*, que es la en que se celebra la Encíclica *Rerum Novarum* del inmortal León XIII.

Este año se han multiplicado las *fiestas de la Encíclica*. Los obreros de Madrid la celebraron con una solemnisima velada el día 20 de mayo, terminando con un muy justo homenaje a uno de los hombres que más han trabajado en España en la *Obra de los Círculos*, don Carlos Martín y Alvarez.

En Valladolid, en Burgos, en Vitoria, en Zaragoza, en Oviedo y otros puntos, han dado brillante cuenta de sí importantes organizaciones obreras, que, bien dirigidas, han de pesar no poco en el balance de los futuros valores sociales.

Pero en donde más pujante se manifiesta la vitalidad de la sindicación católica es en las provincias Vascas, en Navarra, Palencia y Oviedo, cuyas organizaciones obreras forman, en su mayoría, la *Federación Nacional de los Sindicatos libres católicos*. El padre Gerard acaba de visitar estas regiones; y, con motivo de las fiestas del trabajo, ha dado unas cuantas conferencias, que, como todas las suyas, han enardecido los ánimos de miles de obreros, asociados y no asociados. La *Gaceta del Norte*, de Bilbao, *El Pensamiento Navarro* y *El Pueblo Navarro*, de Pamplona, han traído extensos

y encomiásticos resúmenes de sus elocuentes discursos, y reflejan el entusiasmo que depierrtan sus vigorosas y evangélicas peroraciones entre la masa obrera; cómo muchos se apartan del socialismo y cómo germinan esas ideas en florecientes Sindicatos católicos libres. Por cierto que *La Tradición Navarra*, órgano de los integristas de Pamplona, se permitió adulterar el pensamiento del padre Gérard, sin duda para mejor combatirlo; pero *El Obrero Sindicalista*, hermoso periódico quincenal, redactado por los obreros de aquel *Centro de Sindicatos Libres Católicos*, ha sabido contestar dignamente a los que siguen defendiendo los Sindicatos mixtos o amarillos contra los apellidados *libres* por rechazar toda clase de ingerencias patronales o partidistas a estilo socialista.

En San Sebastián se ha formado un nuevo Sindicato libre con 200 socios. También el padre Gerard ha organizado nuevas sociedades en Sestao, Baracaldo, Erancia, Dos Caminos, Bolueta, etc. Ultimamente, según leemos en *El Sindicalista*, de Bilbao, han ingresado en la *Federación Nacional de los Sindicatos Libres*, los Sindicatos católicos de Eibar.

Una huelga singular: los Sindicatos independientes de Oviedo y el socialismo.—Una prueba evidente del valor inapreciable y decisivo que tienen los Sindicatos católicos de obreros para desenmascarar y vencer al socialismo, cuando se despojan de todo carácter patronal o *amarillo*, nos la acaba de dar el pleito, aún no resuelto, entre los mineros católicos y los socialistas de la *Hullera Española* del que, por desgracia, tan poco se ha ocupado la Prensa católica—aún más entregada, en general, a los chismes de la política que a los grandes problemas sociales que plantean las luchas entre el capital y el trabajo y los esfuerzos colosales entre socialistas y católicos para llevar a la práctica sus respectivas soluciones.

Justicia Social, excelente periódico sindicalista, órgano de la *Casa del Pueblo* (Federación de Sindicatos obreros independientes católicos), fundada pocos años hace por el eminente organizador y publicista don Maximiliano Arboleya, trae en su número del 26 de junio una extensa reseña del mencionado interesantísimo conflicto. Por él se ha visto una vez más que el propósito del socialismo no tanto es el mejoramiento de los trabajadores, cuanto el triunfo de sus ideas políticas y revolucionarias. Apenas las organizaciones católicas, como la *Asociación Católica de Obreros mineros*, dejan su lastre patronal, más o menos real o aparente, para trabajar dignamente por la clase, los socialistas, como ahora el *Sindicato minero* de Asturias, dirigido por Llaneza, no vacilan en hacer de *amarillos* y *rompehuelgas* antes que consentir un triunfo puramente profesional y económico, si éste lo inician los obreros católicos. Así ha ocurrido en este caso. La *Asociación Católica de Obreros mineros*, luego de ingresar en la Federación de Sindicatos, tan sabia y prudentemente dirigida por el señor Arboleya (hombres así merecían el apoyo y la sanción de todos los buenos para organizaciones nacionales), elevó en 8 de agosto de 1916 una razonada exposición al señor Director Gerente de la "Hullera Española" pidiendo el aumento del 10 por 100 en los jornales. Como en 9 del mismo mes se les contestase que por todo el año de 1916 no les era posible concederlo por motivos po-

derosos, la Asociación católica reiteró su petición del 20 por 100 en 17 de marzo último, siéndoles concedida el 17 de abril.

Entre tanto, el *Sindicato minero socialista* pedía a la misma Compañía una *prima en tonelada de carbón* para invertirlo en el mismo Sindicato (escuelas laicas, propaganda socialista, fondos de resistencia, etc., etc.), siéndoles concedida en 11 de mayo. Tal vez la Asociación católica hubiera aceptado esta mejora, pues es de suponer que la prima la había de recibir tanto una entidad como la otra; pero los socialistas ordenaron a sus obreros que no recibiesen el 20 por 100 logrado por los católicos y sí reclamasen la prima para el Sindicato. El señor Marqués de Comillas, pasándose de bueno y condescendiente, se avino a pagar la prima al Sindicato por los obreros que no aceptasen el 20 por 100. Los socialistas declaran la huelga y, por solidaridad y por evitar choques violentos, los católicos secundaron el paro. El Sindicato socialista, formado también por mineros de otras Compañías que no tenían el 20 por 100, firmaron un pacto el 11 de junio con la "Hullera Española" (a ésta pertenecen en su totalidad los obreros de la Asociación católica) por el cual el Sindicato renunciaba al 20 por 100 para sus obreros, siempre y cuando se diese la prima en tonelada al Sindicato. Este se comprometía a que *todos* los obreros reanudasen el trabajo, con lo cual mostrarían su conformidad en renunciar al 20 por 100, o, de lo contrario, se avendrían a la fórmula de los católicos. Estos triunfaron en absoluto, pues el 12 sólo algunos socialistas volvieron al trabajo, viéndose la "Hullera" obligada a cerrar las minas. Los socialistas, viéndose derrotados dentro del campo profesional en que las reclamaciones se plantearon, acuden a sus procedimientos de fuerza y coacción y desorden público, declarando otras huelgas mineras en cuencas donde no había tal cuestión del 20 por 100. Visto este *referéndum* de los mineros de la "Hullera", aquí es en donde Empresa, Gobierno, autoridades locales y opinión pública debieron sentenciar de modo inapelable, si en España hubiera orden y seriedad. El miedo a las dos docenas de revolucionarios y contratistas del orden público que mandan en España hizo que se invitase a los mineros todos a que ese pleito, fallado ya en favor de la Asociación católica y del buen sentido, se pusiese en manos del *Instituto de Reformas Sociales*. A Oviedo fué, en nombre del Gobierno y del I. R. S., el señor Marvá, quien propuso un nuevo *referéndum*, sistema que no podemos menos de aplaudir, pero que, vistas en este caso las torpes coacciones de los socialistas contra todos los obreros partidarios del 20 por 100, el mismo ilustre general Marvá se vió obligado a suspender, regresando a Madrid y dejando la cuestión en tal estado y a la resolución suprema del Gobierno. Es de esperar que se empiece a hacer justicia, comenzando desde luego a *libertar* a los obreros de tantos tiranos y vividores, socialistas y no socialistas, como se interponen para medrar en el camino de sus justas y honradas reivindicaciones sociales.

Felicitamos, por de pronto, a la *Casa del Pueblo de Oviedo*, a la *Asociación Católica* de mineros y al ilustre señor Arbolea, cuyo crédito como organizador tanto se ha elevado en esta batalla contra el socialismo.

Necrología: el Abad de Silos, don Ildefonso Guepin, O. S. B.—El 30

de abril murió en Silos el Abad mitrado de este célebre Monasterio, don Ildefonso Guepin, varón insigne en letras y virtudes.

Nacido en 1836 en Bretaña (Francia), tomó el hábito de benedictino en la Abadía de Solesmes por los años de 1860. Hasta 1880, en que vino a España, publicó las *Cartas al señor redactor jefe del diario de San Petersburgo*, que fué como un adelanto de su célebre trabajo *San Josafat, santo mártir de la unidad católica y la Iglesia griega unida* (1874). Colaboró en *L'Univers*, tomando parte en las polémicas que tanto acaloraban los ánimos en los días de Lacordaire, el padre Félix, Luis Veuillot y el cardenal Pie. Son notables sus *Panegíricos* de Santo Tomás, San Mauro, San Martín y San Benito.

Venido a España en 1880 con motivo de la expulsión de las Ordenes religiosas decretada por el Gobierno francés, restaura el Monasterio de Silos, del que es nombrado Abad en 1894. Restauró el canto gregoriano y la liturgia, y dió a la estampa las siguientes obras: *Carta al Conde de Beaurepaire sobre una fiesta en Silos*; *Cartas de Sor María de Agreda y Felipe IV*; *Las instituciones litúrgicas*; *San Mauro*; *Novísimo Santoral Español*; *El Beato Pedro Ucolo*; *San García, abad de San Pedro de Arlanza*, y *Comentario sobre el plan y corrección del Breviario romano monástico*. R. I. P.

—Para sustituir a Dom Guepin ha sido nombrado Abad el sabio y virtuoso padre Luciano Serrano, natural de Castrocenizo (Burgos), de treinta y nueve años de edad y autor de las siguientes obras: *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el Pontificado de San Pío V* (1914); en preparación: *La Liga contra el Turco en tiempo de Gregorio XIII (1572-1573)*. *Felipe II y San Pío V. Su labor política y religiosa en España y demás naciones*.

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

Madrid, junio 1917.

SUIZA

En paz.—Afortunadamente, va pasando la primavera sin que nos toquen tan directamente como se temía los tristes resultados de la grande guerra. Hoy no hay quien sueñe con una ofensiva alemana a través del territorio helvético; menos todavía en análoga violación de parte de los franceses. Y así continúa, monotonía y serena, la vida de este pequeño país, que, puesto por la Providencia en el corazón de Europa, más se interesa y más le preocupan las desventuras ajenas que la propia felicidad. La obra altamente humanitaria de los internados sigue adquiriendo mayores proporciones. Según una relación del Consejo federal, de fecha 15 de febrero último, cuenta

Suiza 28.660 prisioneros, enfermos o heridos de guerra o internados civiles. De éstos pertenecen:

	OFICIALES	SOLDADOS	CIVILES
A Alemania.....	409	7.313	838
A Austria.....	—	—	255
A Francia.....	668	13.121	2.210
A Inglaterra.....	121	1.760	4
A Bélgica.....	85	1.407	269

Observa la misma nota del Consejo que, antes de la fecha, han sido devueltos a la propia nación, por inválidos o mayores de cincuenta y cinco años de edad: 1.214 franceses, 85 belgas, 56 alemanes y seis ingleses. El número de los muertos en el internamiento sube a un total de 250.

Se ha procedido a la realización del otro proyecto, también de Su Santidad, de internar en Suiza a los prisioneros padres de familia que cuenten más de tres hijos. Días atrás llegaron a Berna, de Costanza, 104 prisioneros de esta categoría.

Tales como éstos son los beneficios que presta a los beligerantes la neutralidad suiza, ventajas que no podrían sobrepujar su entrada en la lid al lado de cualquiera de los dos grupos. Así lo reconocía días atrás un estadista francés, quien hacía votos por la conservación de esta neutralidad humanitaria.

Pero no hay que creer que es cosa tan fácil mantenerse en estos términos. Las naciones en guerra gozan de esos beneficios, y sólo Suiza sabe lo mucho que le cuesta su decidida neutralidad. No hace mucho tiempo fué la nota de los aliados, que protestaban contra la restricción que puso Alemania con respecto al uso del carbón que proveía. Alemania no toleraba que ese combustible suyo viniese dispensado a las fábricas que trabajan por la Múltiple, y la Múltiple veía en la connivencia de Suiza un atentado a la neutralidad. El Gobierno se hizo cargo de la nota y contestó, en términos amigables, que, lejos de ver en esto una injusticia, veía más bien que Alemania hacía uso de su derecho: nunca se había comprometido ésta a proveerles de carbón incondicionalmente, “y no era el caso—añadía la nota—de traer a colación el incondicional abastecimiento de parte de los aliados, máxime que en esto apenas se trata más que del transporte, por su propio territorio, de provisiones venidas de Ultramar”.

Después fué la moción presentada por algunos cantones de protestar oficialmente contra las deportaciones de los belgas. Se discutió larga y apasionadamente en las Cámaras: algunos pidieron idéntica conducta en favor de Grecia. El señor Hoffmann, jefe del departamento político, hizo ver la imposibilidad en que se hallaba el Consejo de juzgar los hechos, por falta de información de una y otra parte. Sería el caso de protestar diariamente contra uno y otro bando beligerante.

También el caso Ritter impresionó la pública atención. El Ministro suizo en Washington, sin orden del Gobierno, y por propia iniciativa, había querido reanudar las relaciones germano--americanas. No sólo de palabra, mas hasta con nota escrita, se había interpuesto cabe el Ministro yanqui de Estado. Las negociaciones no tuvieron resultado, y la Prensa se mostró un tantico exacerbada por la conducta del señor Ritter. Algunos dijeron que Lanning había pedido se le retirase, otros pretendieron que le llamase la Confederación. Pero el Ministro yanqui le justificó delante de la Prensa americana, y el Gobierno suizo—reconociendo la imprudencia—declaró que tan recta intención no merecía castigo semejante.

Ultimamente, con motivo de la entrada en la guerra de los norteamericanos, Suiza ha afirmado su neutralidad.

No tanto las dificultades de la neutralidad cuanto las consecuencias de la guerra se hacen sentir cada vez más graves en la República. El abastecimiento que antes afluía abundantemente por Génova, Mónaco, Niza, Marsella, Cette y Burdeos, ahora no puede venirnos más que por Cette, y en cantidad muy reducida. Tenemos monopolizado el arroz y el azúcar; en breve comenzará a regir la carta del pan. Dos días de pescado por semana están ya en vigor desde el mes pasado. He aquí unos números del *déficit* creciente del consumo de carne: 1913, 41 kilos 800 gramos cada individuo; 1914, 38,800; 1915, 34,900; 1916, 32, aproximadamente.

También las patatas escasean, no obstante que su plantío supera en 18,000 hectáreas al plantío de antes de la guerra. El de los cereales asciende también a 27.890 más.

Problema no menos importante, la penuria de leche. Débese a la disminución y limitación de las praderías, o al subido precio e inferior calidad, por falta de abonos químicos, del heno, o, principalmente, al precio legal de la leche, que en nada favorece a los productores. Es el caso que se deja sentir la escasez de tan substancioso y en Suiza tan indispensable producto. Ya está prohibido que en los hoteles se sirva queso y mantequilla juntamente en una misma refección.

En este mes hemos presenciado ya dos manifestaciones, una en Zurich y en Basilea la segunda, motivadas por la escasez de víveres. Los 15,000 manifestantes de Zurich enviaron al Gobierno la petición de monopolización de víveres y justa repartición a precios equitables, monopolio de la carne y baja del precio, baja de el del pan y represión de aprovisionamientos.

Movimiento político de cantones.—En varios de los cantones de la Confederación se han tenido el mes pasado las elecciones. Ruidoso, cuanto menos esperado, ha sido el triunfo de los radicales en el Tesino. En la del Consejo de Estado consiguieron una estrepitosa victoria. En los cuatro años últimos han ganado más de 1.000 votos.

Se han presentado con una mayoría de 4.400 y han obtenido cuatro radicales por un conservador. Se ha observado que, de los 3.000 abstencionistas, más de 2.000 pertenecen a las filas conservadoras, y se ha hecho resaltar que aquí, como en otras partes, es y será la desunión y falta de organización interna la que traerá tan grandes derrotas a los bandos de la derecha. El

concejal nacional señor Bossi, redactor en jefe de la *Gazzette Ficinense*, escribía: "Es la mayor victoria que el liberalismo haya conseguido hasta el presente en el cantón del Tesino."

Han entrado a formar el Gran Consejo (del Tesino) 54 radicales, 41 conservadores y dos socialistas (contra 50 radicales, 42 conservadores y tres socialistas que salieron).

En Valés, las del Gran Consejo han dado por resultado 81 conservadores y 23 radicales, contra 89 y 15, respectivamente, de los anteriores.

En Vaud, las del mismo, dieron 132 radicales (por 138), 45 liberales (por 52), 18 socialistas obreros (por cinco), dos socialistas de Losana (por seis), y el nuevo partido de *jóvenes radicales* obtuvo seis (por uno).

Las fiestas centenarias del B. Nicolás de Flüe.—En los días 19 al 21 de marzo se conmemoró solemnemente en Suiza el 500 aniversario de un héroe de la Patria, que la Iglesia ha subido a la gloria de los altares: Nicolás de Flüe, pobre ermitaño que moraba en la soledad de Ratz, entre cuyos milagros merece consignarse el de haberse mantenido, por espacio de veinte años, con la fuerza sobrenatural que le prestaba la Sagrada Eucaristía, recibida una vez al mes (milagro que hoy los mismos protestantes no se atreven a negar). Tuvo influencia poderosa en varios momentos de crisis de política interior e internacional; pero la tuvo extraordinaria y decisiva en la Dieta de Stans de 1481, donde logró pacificar los ocho cantones de la Confederación y la incorporación de Friburgo y Soleure.

El Gobierno determinó se recordase la memoria de ese hombre como de uno de los más beneméritos padres de la Patria. He aquí cómo se expresaba el Presidente de la Confederación en el mensaje a los Gobiernos cantonales: "En la época en que la antigua Confederación corría los más grandes peligros interiores, el hermano Nicolás, mirando por encima de los intereses locales, empleó toda su influencia moral, no ya sólo para restablecer una paz momentánea, sino también para estrechar más íntimamente los lazos, un tanto flojos, que unían a los confederados, y así, el Estado, compuesto de muy heterogéneos elementos, pudo hacer frente a las crisis de los días de la Reforma." Merced a su intervención en pro de la admisión de Friburgo, un territorio, *Welche*, fué por vez primera recibido en la Confederación con perfecta igualdad de derechos, y la vieja Confederación alemana extendió sus fronteras más allá de los límites de las lenguas. Tal fué la fase del ideal suizo en la actualidad...

En las relaciones de los confederados con el extranjero, el hermano Nicolás, quien, por la reputación de su piedad y sabiduría, se había conquistado una autoridad internacional, intervino a su vez en sentido pacifista. Huellas de su acción se encuentran hasta en las Cortes de Insbruck y de Milán...

Después que hubo obtenido la concordia entre los confederados en la Dieta de Stans, en toda la región se tocaron las campanas en honor de Dios Todopoderoso y del hermano Nicolás... Más allá de lo que forma hoy el territorio suizo sonaron también las campanas de paz, y Soleure invitaba a la villa amiga de Mulhouse "a tocar las campanas para testimoniar su alegría del restablecimiento de la unión". Y concluye el mensaje: "De nuestra

parte os invitamos también a honrar la memoria del hermano Nicolás, repitiendo en su próxima fiesta aquel toque histórico de campanas, de suerte que en la vigilia, el 20 de marzo, a las ocho de la noche, suenen las campanas de toda Suiza."

Y sonaron, en efecto, las campanas de las iglesias católicas, como las de las iglesias protestantes, que, de grado o por fuerza, debieron entonar himno elocuente de alabanza y reconocimiento a un patriota beatificado por la Iglesia romana.

Delegados por el Gobierno federal asistieron a las fiestas religiosas de Sachselu, el Presidente de la Confederación, el Vicepresidente y el jefe del Departamento militar.

Las fiestas fueron exclusivamente religiosas, como el pontifical y la procesión; asistieron representantes de casi todos los cantones; los otros se unieron por telegramas encomiásticos. En el banquete oficial pronunció un vibrante discurso el señor Schulthen, presidente de la Confederación. También en ambas Cámaras se hizo muy honorífica memoria. En todas las escuelas se hizo a los niños una exposición de la vida del beato, y el Ejército lo celebró también.

Una ley sobre las sesiones de cinematógrafo.—Digna de general aplauso e imitación es la emanada por el Gobierno cantonal de Basilea sobre la asistencia de los niños a las sesiones cinematográficas. Según esta disposición, los chicos de edad inferior a diez y seis años no podrán frecuentar los cines si no se trata exclusivamente de películas para la infancia.

Congresos y reuniones.—Los suizos partidarios de la lengua internacional se juntaron en Basilea el 11 del pasado. Se reeligió el Comité de Zurich, y hablaron Schullberger, Schrag, Naltisbühl y otros. Parece ser que el *Ido* ha dado muy buenos resultados en los campos de los prisioneros, en las relaciones de éstos con los médicos, enfermeros y soldados.

También se reunieron unos 40 políticos y parlamentarios católicos en Zurich. Eran, en su mayor parte, alemanes, seis húngaros, cinco austriacos y dos o tres polacos. Discutieron el modo de estrechar las relaciones de los diversos pueblos al fin de la guerra e invitaron a los católicos de otras naciones a apoyar este movimiento. Enviaron un despacho telegráfico a Su Santidad, al que respondió el Cardenal Secretario de Estado con una carta donde aplaude los nobles fines de la Sociedad católica internacional.

Exposiciones.—Varias se han abierto en estos dos meses. En Ginebra, una de *avicultura*, en los días 1.º al 5 de marzo; en Berna, la de *trabajos de los internados*, se abrió el 15 del corriente; en Basilea, con la misma fecha, la de *muestras*, para fomentar la industria suiza, y en Zurich acaba de cerrarse el período de inscripción de la *Exposición federal de Bellas Artes*.

Por las Universidades.—La Universidad de Losane, que en noviembre del pasado celebró el XXV aniversario de su fundación, acaba de nombrar sus doctores, *honoris causa*, al teólogo Schroeder, al doctor Rollier, a los historiadores Dierauer y Secretan, al filólogo Wackernagel, al arqueólogo Max van Berchem, al químico Bach y pocos otros. La misma Universidad ha perdido últimamente un insigne profesor en el doctor Adolfo Combe,

que ha dejado 200.000 francos para la asistencia de la infancia, a quien se había dedicado de un modo particular.

—La de Zurich ha sufrido también la pérdida del doctor Guillermo Schulthen, hermano del actual Presidente de la Confederación.

—El profesor Jadassohn, director de la Clínica dermatológica de la Universidad de Berna, acaba de aceptar una cátedra en la de Breslau, donde se trasladará concluido el corriente curso.

Por la Prensa.—Sigue la bibliografía de la guerra. El malogrado doctor Combe nos deja un precioso volumen de máxima actualidad, *Comment se nourrir en temps de guerre*. El profesor de Friburgo Max Turmann acaba de publicar otro intitulado *La Suisse pendant la guerre (L'aide aux victimes. Les difficultés économiques d'une neutralité politique)*. Un tercero, *Tous vainqueurs*, por "Un Europeo" (Zurich), y, por último, *Ein sicherer Weg zu Frieden*, por el doctor Bliss, de Nueva York, y *La convention de La Haye du 18 oct. 1907 sur le droit de médiation des Etats neutres et le question d'une médiation pontificale*, por el doctor José Müller, de Friburgo.

Necrología.—Además de los ya citados profesores, han muerto: el alcalde de Zurich, señor Billeter, eminente economista; el insigne periodista Alb. Bonnard, redactor del *Journal de Genève*; el poeta y conferencionista Julio Carrera, de Ginebra, autor de *Heures intellectuelles*, *Poèmes de mai*, *La Lyre* y *Ode à Victor Hugo*; otro poeta, en Ginebra también, Nicolás Ansaldi; Geigy-Merian, uno de los promotores de la industria química en Suiza, y, aunque fuera de su Patria (en París), ha muerto también el conocido paleógrafo Max Bonnet, cuyo trabajo sobre el latín de Gregorio de Tours bastará a perpetuar su nombre.

FR. P. LUMBRERAS, O. P.

Friburgo, 18 de abril de 1917.

JAPON

La cuestión del día: el shintoísmo.—El Gobierno japonés, en el frenesí de la grandeza material a que ha llegado este Imperio, e hipnotizado, por decirlo así, por su propio esplendor, se engaña a sí mismo, y, olvidándose de la causa y origen de sus glorias, está dando un paso hacia atrás en las vías de sus innegables progresos. Quiere simbolizarlos todos y atribuirlos todos a la estúpida idolatría, al shintoísmo. El shintoísmo (camino de los dioses), religión de estos naturales desde los tiempos más remotos, aparece y nos es ofrecida por la mediación del mismo Gobierno y de su Ministro más considerado y acatado, el de Instrucción pública, como panacea universal, capaz de curar todas las heridas y remediar todos los desaciertos pasados, y hasta como ideal que ha de conducir al país a la meta de sus aspiraciones gloriosas y al predominio de la raza japonesa en el universo mundo.

Si esto es progreso y civilización, lo dirá el discreto lector, y yo aprovecho la ocasión para exhortarle a pensar un poco sobre los puntos que calzan en estas materias los políticos de este tan decantado imperio. El Mi-

nistro de Instrucción pública no ha podido persuadirse aún de que los mitos pasaron ya de época, y que no son estos los tiempos en que aquéllos actúan sobre el corazón del pueblo y logran dirigir su conciencia; y firme en la creencia de que la regeneración social y política ha de salir de los viejos y gastados moldes de la superstición, insiste una vez más en que la instrucción escolar debe fundarse en el *culto idolátrico del Emperador y sus antepasados*, y que no debe admitirse otro ideal superior a éste y al engrandecimiento y prosperidad del Imperio. A este fin se establece como obligatoria e ineludible la asistencia de los escolares a los templos shintoístas en ciertos días del año, sin admitir el recurso a las creencias cristianas, con el pretexto de que tales prácticas no son propiamente ceremonias religiosas, sino culto nacional o civil y patriótico, con el que se consolida la veneración al Emperador y a las instituciones japonesas. Esto es lo que pudiera llamarse la *religión del Estado*, que el doctor Kakehi califica de *bella* y el *summum* de todas las religiones.

Como ya he hablado varias veces de estas cosas, no me detendría ahora mucho en ellas, si nuevos datos, cada vez más claros y significativos, no me obligaran a levantar mi humilde voz y protestar contra estas tendencias, tan opuestas a la libertad de conciencia y de cultos, tan clara y sabiamente establecida en la Constitución y Derecho público del Japón. En la actualidad se llega hasta celebrar Congresos provinciales, en que los maestros y pedagogos tratan del modo de obligar a los cristianos escolares a ir a los templos shintoístas para verificar estas ceremonias.

No sé qué es lo que va a ocurrir con esta nueva reacción del espíritu japonés hacia sus antiguas y absurdas tradiciones. ¿Es el movimiento de una fe sincera que renace en las almas? ¿Es un recurso político contra las novísimas ideas disolventes y anarquistas, para defender la persona del Emperador y sostener las instituciones monárquicas, perecidas en China? ¿Es el espectáculo de las naciones cristianas en Europa, con motivo de la actual guerra, lo que hace perder la confianza de estas gentes y de estos hombres de Estado en el Cristianismo, empujándolos de nuevo a las creencias de sus antepasados?

No renuncio a dar algún día a los lectores de LA CIENCIA TOMISTA el resultado de mis modestas investigaciones psicológicas.

Prosiguiendo mi información, diré que hace poco más de un año tuvo lugar en la región de Ibirado (lugar de tan felices recuerdos para el Catolicismo) una reunión o Asamblea con el fin de obligar a los niños católicos de Urakami y otros puntos que, por su carácter de católicos, se excusaban de asistir a tales templos. En ella se acordó pedir al Gobierno instrucciones concretas y sanción penal para castigar las faltas de asistencia, con lo que, si llega a realizarse, puede presumirse la suerte que correrá el profesorado cristiano, y especialmente el católico, y el conflicto enorme en que se colocará a los padres de familia en la educación de sus hijos. La libertad de cultos resultará un mito, y, más que un mito, un escarnio.

Las campañas de la Prensa.—Pero no pára en esto la obstrucción y la malquerencia hacia el Cristianismo. Una buena parte de la Prensa, diaria

y no diaria, se ha impuesto el deber de secundar y fomentar esta actitud, aplaudiendo toda manifestación o acto contrario al sentir cristiano, sin tener reparo en proclamar y escribir un día tras otro que "el Cristianismo es antipatriótico y que con sus doctrinas pelagra el respeto y veneración del pueblo hacia las instituciones". Puede asegurarse que multitud de personas, entre ellas muchas que se creen y pasan por la representación de la intelectualidad científica y progresiva en el Imperio, se suman a este movimiento fanático y suicida, abandonando su antigua ecuanimidad y tolerancia filosófica, para descargar de cuando en cuando sus golpes contra el Crucificado. Que lo diga la impía y anticivilizadora revista *Daikokumin* (Imperialismo), que, guiada por salvaje y descarado odio sectario, viene desde hace varios meses (ella es mensual) publicando sendos artículos, de lo más infames y repulsivos, contra el Cristianismo, en los que, por de pronto, se violan las leyes más elementales del respeto al prójimo y a una Institución legal, sea la que sea, dentro de una sociedad civilizada. El título de todos los artículos, *A la destrucción del Cristianismo*, indica ya bastante su contenido. La cubierta de tan innoble como repugnante publicación trae en horrible blasfemia una caricatura en que Jesucristo está representado por la figura de un monstruo, mitad hombre, con una horrible cabeza, y mitad perro. Además, aparece pisoteado y expuesto a toda clase de ultrajes. ¡Y esto lo ve y consiente un Gobierno que se llama civilizado, y que, sabiendo muy bien lo que es y ha sido el Cristianismo en los anales de la civilización, muestra siempre extraordinario interés en que se le considere como fiel custodio del respeto que se debe al sentir ajeno!

Y para que no quepa duda de que esto no se hace a espaldas del Gobierno japonés, diremos con cierto autor que la tal revista se redacta y tiene su centro principal en el mismo *club* de los Diputados. Senadores, rectores de Universidades, oficiales y generales del Ejército, profesores de Derecho y Medicina se codean dentro de su Redacción, y todos ellos parece que se unen y confabulan para pelear contra Dios y su Cristo.

El anarquista Kotoku.—Voy a terminar con una advertencia. Parece ser que este nuevo movimiento anticristiano (que sabe Dios si terminará en persecución) es debido al intento de robustecer la vida nacional, los vínculos sociales, apelando a las *tradiciones*, incompatibles con todo lo extranjero y especialmente con la civilización cristiana.

Pues bien: el tristemente célebre anarquista Kotoku hallaba en el Cristianismo el mayor obstáculo para la difusión de sus ideas y la realización de su plan de acabar con la familia imperial y el Gobierno, plan que venía preparando desde hacía varios años, sumándose adeptos mediante la propaganda de un libro cuyo título es bastante parecido al arriba mencionado, pues es como sigue: *Kristo massatsuron* (*Aniquilamiento de Cristo*). ¿No es esto raro? *Et nunc reges intelligite*, pues la lógica no falta, y por muchos caminos se llega al mismo fin.

FR. TOMÁS DE LA HOZ, O. P.

Kochi, mayo de 1917.

FILIPINAS

La política japonesa.—Aun cuando haya otras cosas que nos afecten más de cerca, lo de más importancia mundial que por aquí ocurre y se comenta es la caída del viejo conde Okuma en el próximo Imperio del Japón, y la subida consiguiente a la presidencia del Ministerio del belicoso Terauchi. O mucho me equivoco o este hecho ha de traer gravísimas consecuencias para los asuntos de la guerra europea, para las relaciones entre América y el Japón y para el *Status* en todo el Extremo Oriente. No quiero extenderme más. Aquí todo el mundo está siguiendo con cien ojos la política que se va desarrollando en el Japón, y el periódico *Libertas* ha montado un servicio especial de telegramas directamente venidos del Japón.

Nuestra política y el "bill" Jones.—Ha llegado el comisionado Quezón, después de aprobado ya en las Cámaras americanas el famoso *bill* Jones. La recepción que aquí le hicimos (a Quezón) excede todo cuanto se puede decir. Yo creo que sólo es comparable con aquellos triunfos que se tributaban a los vencedores romanos. Solamente que aquí, como orientales que somos o nos hacemos, en los epítetos y ditirambos superamos con mucho al pueblo romano.

Ya tenemos Senado y Congreso. El día de la inauguración fué muy curioso ver entre los senadores al igorrote Cariño, y, entre los diputados, a los dos moros designados por nombramiento del Gobernador general.

Como presidente del Senado ha sido elegido el señor Quezón, y como presidente de la Asamblea el señor Osmeña.

Vida legislativa: el divorcio.—Creado ya el Senado filipino, y cuando estos legisladores tenían por primera vez en sus manos plena potestad para confeccionar sus leyes (con muy pocas restricciones), han gastado casi todo el tiempo de esta legislatura en discutir la ley de poder casarse y descasarse a su arbitrio con la implantación del divorcio absoluto. ¡Qué ironía! ¡Como si en Filipinas no hubiera otras necesidades más urgentes que remediar con las leyes! Las protestas del Episcopado, del Clero y del pueblo filipino, de nada han servido. El Senado ya ha aprobado la ley del divorcio, y la Cámara baja, no solamente lo aprobará (estoy, moralmente, cierto), sino que lo aprobará quitando muchas de las restricciones que el Senado ha puesto al divorcio absoluto. Así va el mundo, o así va este pequeño mundo de Filipinas. Con el divorcio ya aprobado..., aunque venga el Japón, no hay miedo.

El señor Quezón se ha portado imprudentísimamente en esta cuestión, y mucho será que no empiece a descender rápidamente de la altura en que se había colocado antes como comisionado residente. Los discursos que ha pronunciado en favor del divorcio le servirán, sin duda, para ascender en la masonería; pero para ascender en la estimación del pueblo..., ¡al tiempo! Es para mí indudable que, en sus discursos, él mismo se estaría riendo de sí mismo, porque no es nada tonto, y no era más que sofistería, la más indigna,

todo lo que estuvo diciendo contra el Papa y contra los Obispos y contra el Clero católico.

Vida eclesiástica.—De los nombramientos eclesiásticos que esperábamos para las diócesis vacantes, ya se han hecho algunos, que, por cierto, han causado gratísima impresión en todos, según creo. Para la diócesis de Lipa está nombrado el sacerdote ilocano padre Alfredo Verzosa, que se educó entre nosotros desde niño, primero en nuestro colegio de Letrán y después en esta Universidad de Santo Tomás. El padre Verzosa me parece un sacerdote dignísimo por todos conceptos. Quería consagrarse en nuestra iglesia de Santo Domingo; pero el señor delegado apostólico, monseñor Petrelli, le aconsejó como más conveniente su catedral de Lipa.

—Para la archidiócesis de Manila fué nombrado monseñor O'Daugerty, irlandés, que era el actual Obispo de Zamboanga. Es persona dignísima y de grandes prendas para el gobierno de esta iglesia. Como pasó en España gran parte de su vida, en el Colegio de Irlandeses, de Salamanca, donde fué Rector, no solamente habla el castellano correctísimamente, sino que hasta en su porte parece un español.

—Para la diócesis de Iloilo ha sido nombrado monseñor Foley, que era el actual Obispo de Tuguegarao. Los de Iloilo están de enhorabuena; pero nosotros, los dominicos, tenemos motivos para deplorar que nos lo quiten de Tuguegarao, porque era el alma y la vida de nuestro Colegio de San Jacinto. Amaba tanto al Colegio, que se ponía él mismo a veces a ensayar con los niños las cosas que habían de representar en alguna velada. Todos, y especialmente los padres que viven allí, en Tuguegarao, hemos sentido muchísimo que lo saquen de allí.

—Ahora quedan vacantes las diócesis de Tuguegarao y de Zamboanga. Ignoramos hasta ahora quiénes serán los designados.

—El anterior arzobispo de Manila, reverendísimo monseñor Harty, está de despedida. Se embarca en el *Empress of Russia* para su nueva diócesis de Omaha, en los Estados Unidos. Vino a esta Universidad a despedirse de todos los jóvenes estudiantes en general y les dirigió en inglés un discurso lleno de afecto y de ideas de capital importancia. El señor Arzobispo estaba visiblemente emocionado. Asistieron a la despedida más de dos mil estudiantes y muchos profesores.

—Es un horizonte muy oscuro el que presentan los asuntos religiosos en Filipinas. No sabemos los planes de la divina Providencia, que se vale de los males a veces para obtener mayores bienes; pero, juzgando humanamente, la santa fe católica desaparece rápidamente de este suelo. Los legisladores..., ya los conocemos por las muestras que nos van dando; las escuelas del Gobierno siguen descatólizandose al pueblo, si no de una manera directa, al menos indirecta, pero enérgicamente; mientras que las escuelas católicas, ¿dónde están? Son tan poquitas y tan contadas las que pueden llamarse tales, que, prácticamente, puede decirse que no existen ni se contrarresta en nada o casi nada la enseñanza laica. El esplendor del culto también va desapareciendo mucho, sobre todo en los pueblos. Las sectas van haciendo cada vez mayores estragos; se publican y se venden copiosamente unos folletos y unos libros

que, a pesar de ser las más burdas imputaciones calumniosas contra la santa Iglesia, hacen, sin embargo, muchísimo daño entre los ignorantes. Y los ignorantes en religión son muchísimos.

Ya que de acontecimientos religiosos hablo, no puedo dejar de mencionar la celebración solemnisima del Centenario de la aprobación pontificia de nuestra sagrada Orden. Hondas emociones he sentido estos días del Centenario, y puedo asegurar que ha superado, y con creces, a todo lo que podíamos imaginarnos. Nuestro padre Santo Domingo ha debido ver con complacencia, desde el Cielo, tanto fervor y tanto entusiasmo. Los oradores de las distintas Corporaciones religiosas se han superado todos mutuamente en emulación por cantar las glorias de la sagrada Orden de Predicadores y de su glorioso fundador.

El excelentísimo señor delegado monseñor Petrelli ha reunido o convocado para una Junta general a todos los señores Obispos de Filipinas. Casi todos están ya en Manila (aunque hoy han ido a la consagración de monseñor Verzosa), y parece ser que han de tratar, en común, asuntos muy graves relativos a la santa fe católica en Filipinas. Ignoro cuáles serán estos asuntos en particular; pero, desde luego, no es poco el proceder todos de común acuerdo bajo la dirección sapientísima de la Santa Sede y de su diligente representante en Filipinas el excelentísimo señor Delegado.

Es muy posible, también, que publiquen en común alguna importante Pastoral.

Para terminar, sólo diré que seguimos muy mal de correos. El barco español es el único que nos trae algo de correspondencia, y no trae casi nada por la irregularidad de sus salidas de Barcelona y las vejaciones que tiene que sufrir en los puertos ingleses de Colombo y Singapore. Vía América recibimos algunas cartas de España y hasta la revista *Rosas y Espinas* nos ha venido alguna vez por esa ruta.

FR. FRANCISCO CUBEÑAS, O. P.

Manila, mayo 1917.

MEJICO

La situación: Carranza, presidente.—El día 1.º de mayo tomó posesión de su cargo presidencial el señor Carranza. El 30 de abril ya había escrito una nota a las Cámaras, pidiendo facultades extraordinarias en el ramo de Hacienda, porque, de lo contrario, no podría sostenerse.

En la constitución del Congreso y Senado se observaron cosas muy curiosas. El *criterio único* seguido para aceptar a un ciudadano como diputado o senador, fué el de si era o no era afecto a la revolución y si había o no servido al Gobierno de Porfirio y Huerta. Si alguno de estos extremos se llegaba a comprobar, el acta era aceptada o rechazada, sin tener en cuenta la limpieza o nulidad de la elección.

El porvenir político de este país no puede presentarse más obscuro; aunque se logre la paz material. Sabiendo que uno de los principales factores de estos trastornos es la gran ignorancia y apatía de las masas, a las que sólo se acude de cuando en cuando para excitarlas a la revuelta con vanas promesas, vemos con dolor que nada se emprende en este sentido. "Desde el tiempo de la Conquista—decía *El Demócrata* de 8 de mayo—no se ha hecho nada por la instrucción en Méjico." Además, la Constitución que sigue vigente manda y ordena que la instrucción sea *laica*, y, por si esto fuera poco, se prohíbe que *ningún ministro de culto pueda establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria* (art. 3.º). Claro que antes se abría bastante la mano en esto, como que los únicos colegios de algún valer eran los que dirigían las Corporaciones religiosas. Pero Carranza, en esto, como en otras muchísimas cosas, quiere ser riguroso *constitucionalista*; por algo le llamaban, cuando era gobernador de Coahuila, el *Atila* de la instrucción, y ahora ha suprimido, además de los Ministerios de la Gobernación y Justicia, el de *Instrucción pública*.

La *libertad de Prensa* es sublime. Al Vicepresidente del Senado le destituyeron de su cargo y le consignaron al gran Jurado porque escribió algunos artículos mostrando su disconformidad con ciertos artículos de la Constitución. Estos individuos son admirables: reniegan de la infalibilidad del Papa y ellos se declaran infalibles a sí mismos. Todas las publicaciones periódicas de carácter confesional, ya sea por su programa, por su título o, simplemente, por sus tendencias, no podrán siquiera comentar asuntos políticos nacionales ni informar sobre actos de las autoridades del país (art. 130).

Queda rigurosamente prohibida la formación de toda clase de agrupaciones políticas cuyo título tenga alguna palabra o indicación que la relacione con alguna confesión religiosa (*ídem*).

En cuanto a la *libertad religiosa*, tenemos las disposiciones siguientes: "A ninguna persona podrá impedírsele que se dedique a la profesión que le acomode, siendo *lícita*." (Art. 4.º) "Es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia." (Art. 7.º) No se podrá coartar el derecho de asociarse o reunirse pacíficamente con cualquier objeto *lícito* (art. 9.º). La ley, en consecuencia, no permite el establecimiento de Ordenes monásticas, cualquiera que sea la denominación u objeto con que pretendan erigirse (art. 5.º), y, para ejercer en Méjico el ministerio de cualquier culto, *se necesita ser mejicano por nacimiento* (art. 130). Los ministros de cultos *nunca podrán, en reunión pública o privada*, constituida en junta, ni en actos del culto o de propaganda religiosa, hacer crítica de las leyes fundamentales del país, de las autoridades en particular, o, en general, del Gobierno (art. 130). El Congreso no puede dictar leyes estableciendo o prohibiendo ninguna religión. Las legislaturas de los Estados tendrán la facultad de determinar el número *máximo* de ministros de los cultos (*ídem*). Para "dedicar al culto nuevos locales se necesita permiso de la Secretaría de Gobernación, oyendo previamente al Gobierno del Estado". Todo cambio de ministro se avisará por el que cese, acompañado de la firma del entrante y de diez vecinos más (*ídem*).

Un Gobernador que, para ser tirano, se mete a arqueólogo.—El gobernador de Durango, general Gabriel Gavira, dijo al tomar posesión de su cargo que “era una vergüenza que hubiera tantos templos en Durango... Esta gente—continuó el Poncio—está fanatizada. Yo haré que Durango se convierta en una ciudad moderna, de vida activa, y que su pueblo deje de ser fanático...”

Poco después, el 19 de enero, anunciaba un periódico de la localidad la gran obra de reforma arqueológico-urbano-antirreligiosa con estos títulos: *La vetusta cúpula del Sagrario caerá al golpe de la piqueta revolucionaria. —La obra emprendida por el señor general Gabriel Gavira, gobernador del Estado, ha entrado en plena actividad.* Y dice así el preámbulo: “Teniendo en consideración que... muchas calles de esta ciudad, importantes centros de movimiento, están obstruidas del todo por vetustos edificios de detestable aspecto y de ninguna utilidad pública...”, expropiaba Gavira, *por causa de utilidad pública*, una porción de edificios, unos caídos ya y otros a punto de caer, entre ellos la hermosa Catedral y los templos de San Juan de Dios, el Sagrario, Nuestra Señora de Analeo, San Miguel, San Francisco y el Arzobispado. Es común a todos los revolucionarios ignorantes y sin principios descargar su furor en estilos ampulosos y destruyendo edificios más o menos venerandos, en vez de acabar con los vicios y corruptelas que sirven de pretexto a todas las revoluciones.

¿Restauración?—Claro está que, para época más o menos lejana, ella ha de venir. Esos vientos de locura y de insania pasarán, como pasaron en los pueblos de Europa, y la Providencia divina, que tan palpable se ve en la Historia, volverá las cosas a su lugar en este bello y rico país; pero, hoy por hoy, las cosas están muy mal. Los católicos muestran poca energía y poco entusiasmo. Liberal de toda la vida, aunque retirado ahora de la lucha por motivos especiales, repruebo tanto los excesos actuales como la cobardía de los católicos, muchos de los cuales, tal vez con buenos propósitos, no sólo aceptan cargos del Gobierno, sino que hacen propaganda para conseguir las Magistraturas en los Estados y aspiran a alcanzar puestos en la capital, aunque para esto se les exige el protestar guardar y hacer guardar la Constitución, tan opuesta a las creencias católicas.

A las Ordenes religiosas, que tanto bien podían hacer manteniéndose celosas y observantes, la vida les es hoy casi imposible, de no tomar otros rumbos nuevos que no choquen con la ley y por donde puedan desarrollar su actividad.

La Asociación católica de la Juventud mejicana: el Seminario mejicano de Castroville (Tex.).—Pondré aquí dos notas de relativo optimismo. Los estudiantes católicos de la capital se han constituido o reorganizado en una *Asociación*, que aspira a federar a todos los jóvenes católicos de Méjico, para desarrollar todas las actividades a que tienen derecho como católicos y como ciudadanos. La *Asociación* ha empezado a publicar un *Boletín católico social*, que despertó gran entusiasmo en toda la República, hasta el punto de que, para el segundo número, hubo que cuadruplicar la tirada. En poco tiempo se han constituido varios Centros en distintas localidades. Tal vez

estos jóvenes de hoy, si perseveran en sus propósitos, sean los hombres sanos y fuertes que mañana levanten a Méjico de su actual postración y relajamiento.

Hemos de confesar que, en este punto, los Estados Unidos, en que el Catolicismo toma tan gran incremento, pueden favorecernos mucho. Actualmente ya nos ayudan. El presbítero Mons. Kelley, presidente de la *Catholic Church Extension Society*, fundó un *Seminario* para proveer de clero mejicano a nuestras diócesis, con muy buen resultado. En pocos años ha devuelto a la República 32 sacerdotes, pertenecientes: 13 a la diócesis de Zacatecas, siete a la de Querétaro, cuatro a la de Guadalajara, cuatro a la de Saltillo, dos a la de Tulancingo, uno a la de Monterrey y uno a la de Zamora (Michoacán). Si no falta la caridad pública, de la que se sostiene este Seminario, esperamos que ha de contribuir mucho a la restauración de la vida católica.

¿Por qué las Ordenes religiosas españolas no levantan Comunidades en los Estados Unidos, en comarcas próximas a la frontera mejicana? Es una idea que brindo a los Superiores respectivos, pensando en el bien de mi país y hasta en el bien de las Corporaciones y de la madre España.

Salvador Rueda.—Durante varios meses hemos tenido entre nosotros al poeta español Salvador Rueda. De triunfo en triunfo y espléndidamente agasajado, ha recorrido las principales poblaciones de la República. Indudablemente, el amor a España, la conciencia de la raza, no pueden borrarse del país americano que España conquistó para la civilización. En teatros, Sociedades, calles y plazas, se dieron vivas atronadores a España, y, con gusto y satisfacción inmensas, en medio de las calamidades que sufrimos, hemos visto, en recepciones y espectáculos públicos, entrelazadas amorosamente las dos banderas, la española y mejicana. Con las salvedades que deben suponerse, quisiéramos que los sabios, literatos, poetas, oradores y hombres de valer, que tan bien representan a la madre España, menudeasen estos viajes, que, sin intentarlo, resultarían de una trascendental propaganda hispanista. Aun prescindiendo de otros intereses más altos, el negocio del *libro español* en América está poco explotado. Los mismos editores y libreros debían organizar viajes periódicos de buenos oradores o conferencistas que diesen a conocer en estos países, ansiosos de cultura, las ciencias y las letras españolas y los libros más notables. Con el libro español vendría toda el alma española; los escritores tendrían más estímulos para producir, y, con las tiradas numerosas, el libro sería más barato.

Méjico y los Estados Unidos.—Acabo de leer el libro *La Política mejicana del presidente Woodrow Wilson según la ve un mejicano*, por el ex ministro de Relaciones Exteriores y embajador en los Estados Unidos en tiempo de Madero don Manuel Calero (1).

(1) De este libro, publicado en inglés en Nueva York hacia fines del año 1916, hay una hermosa traducción española, editada por la *Librería española y extranjera*, de Francisco Beltrán (Príncipe, 16, Madrid), formando un volumen de 150 págs. en 8.º, al precio de una peseta. La referencia que hace de este interesante libro nuestro docto

Es una breve reseña de toda la revolución mejicana desde la caída de Madero. Sus juicios nos parecen, en general, acertados, y el pensamietno capital se resume en la afirmación de que la conducta observada por el presidente Wilson con respecto a Méjico, pretendiendo ser desinteresada y humanitaria, fué desastrosa en sumo grado, pues, suministrando armas y municiones, ya a los de un bando, ya a los de otro, impidió que la revolución terminase pronto por consunción.

Según el señor Calero, toda intervención de los Estados Unidos en los asuntos mejicanos resulta fatalmente desgraciada, por desconocer totalmente los yanquis el modo de ser de este país. "Señor Presidente—termina diciendole el señor Calero—: no os metáis con Méjico."

No pareciendo el señor Calero muy partidario de Huerta, que sucedió a Madero, opina, no obstante, que los Estados Unidos, no reconociendo a Huerta y apoyando a Carranza y Villa, fueron los causantes del desastre de Méjico. "Cuando el presidente Wilson (cap. X) comenzó a tomar una actitud hostil respecto al Gobierno presidido por Huerta, los hombres de negocios, principalmente los extranjeros que tenían capital invertido en Méjico, comenzaron a temer por la suerte de sus inversiones. Estos temores revis-tieron caracteres de verdadero pánico cuando mister Wilson, por actos inequívocos, significó su propósito de destruir a Huerta y de hacer triunfar la revolución. En realidad, nadie pudo, desde ese momento, tener confianza en el país. Huerta era considerado, a pesar de sus defectos, como hombre capaz de conservar el orden y de hacer, en consecuencia, respetar la propiedad. Su gobierno inspiró tal confianza en los primeros días, que, sin dificultad, consiguió colocar un empréstito de 150 millones con los grandes Bancos de Europa. Pero cuando se vió que ese Gobierno estaba condenado a muerte por el presidente Wilson (véase cap. III), y que el formidable poder de los Estados Unidos se ponía del lado de la revolución, todos pensaron en la manera de proteger sus intereses. Fué aquello, en realidad, un "sálvese el que pueda". Nadie podía tener confianza en la revolución, porque en ella dominaba lo que siempre domina en las revoluciones latino-americanas: la ambición personal de uno o varios hombres para apoderarse del Gobierno. Sólo mister Wilson, que parece ignorar completamente la psicología de esta clase de revueltas, pudo creer que era el movimiento consciente de un pueblo que luchaba por su libertad; pero los que conocen esa psicología, saben medir la confianza o desconfianza que una revolución inspira, por la que deba acordarse a sus jefes o directores."

En otra crónica seguiremos extractando y ampliando interesantes reflexiones.

MARIO RENÁN.

Méjico, mayo de 1917.

cronista nos releva de hacer su correspondiente nota bibliográfica. A todos los españoles nos interesa mucho conocer los asuntos de Méjico, y este libro, documentado, conciso y escrito con serena imparcialidad, nos informa concienzudamente de toda la intervención de los Estados Unidos en los acontecimientos mejicanos.—(N. de la R.)

REVISTA DE REVISTAS

Ciudad de Dios (La), 20 de abril de 1917.—B. GARNELO: *Schelling*: (Estética y filosofía.) (Continuación.)—M. REVILLA: *La Políglota de Alcalá*.—J. ZARCO: *Documentos para la historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*. Instrucciones de Felipe II para la fábrica del Monasterio de San Lorenzo el Real. = *Idem*, 5 de mayo.—V. BURGOS: *Teorías principales acerca de la atención*. La escuela de Francisco de Brentano. Expone y refuta la teoría de la escuela psicológica austriaca, cuyo jefe es Brentano, sobre la conciencia, sobre el juicio y la atención.—J. ZARCO: *Documentos para la historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial* (continuación).—A. R. DE PRADA: *Aprovechamiento económico de la fuerza del viento* (continuación).—B. FERNÁNDEZ: *Vida admirable de la madre Cándida de San Agustín*. Introducción. = *Idem*, 20 de mayo.—V. BURGOS: *Hermann Lotze*. En mayo último celebró Alemania el Centenario del nacimiento del filósofo Hermann Lotze. Adoptó Lotze en sus investigaciones filosóficas el sistema llamado *Idealrealismo*, sistema distinto de todos los otros sistemas filosóficos: distinto del Idealismo, que da un valor excesivamente exiguo a la realidad; distinto del *Positivismo*, que no sabe levantarse del terreno de las cosas concretas a la región de las ideas universales, y distinto también del sistema *escolástico*, que supo hacer de la Filosofía una ciencia independiente de todas las demás ciencias. La Filosofía, para los defensores del sistema *Idealrealismo*, es “una mera *generalización* del conocimiento científico, una prolongación de la ciencia que infiere las últimas conclusiones de ésta y las sintetiza”. —J. RODRIGO: *En la lucha*. Relata la conducta patriótica del Clero secular y regular en la actual guerra y expone el contraste que ofrecen Alemania y Francia en la retribución de tales servicios. “Cuando el Gobierno alemán, embriagado por el heroísmo de sus frailes y de su Clero católico en las ambulancias y hospitales, destierra una ley inicua, amamantada a los pechos del Kulturkampf, pudiendo ya los jesuitas continuar la historia de sus proezas en el Imperio germánico, el aturrido Gobierno francés pregona en nota oficial que los curas y frailes van a ser arrancados de los brazos que los estrechan, de los corazones que los aman, dejando a los enfermos y heridos sin luz directora, sin apoyo consistente, sin consuelo en el dolor..., porque así lo decreta el Infierno por sus ministros.”—J. MONTES: *Determinación de la pena aplicable a los delitos*. La determinación de la pena aplicable a los delitos, tal como se encuentra en el Código penal español, deja mucho que desear; no satisface las exigencias de la justicia y los fines de la penalidad. “Nuestro Código penal... atiende solamente al hecho, a la culpabilidad revelada por el hecho y a las circunstancias en que puede ser ejecutado, y busca una relación cualitativa y cuantitativa entre el delito considerado objetivamente y la pena. Apenas se fija en las condiciones del delincuente,

fuera de aquellas que influyen en la imputabilidad o la punibilidad, y, en muchos casos, la responsabilidad misma se hace depender del azar o de hechos de otro." Ciertamente esta labor es más propia del Juez que de la ley, porque ésta sólo conoce el delito en abstracto; pero el mal está en que el mismo Código pone límites a la misma acción del Juez. En la doctrina científica plantéase el siguiente problema: "¿Debe proporcionarse y adaptarse la pena al delito cometido, o más bien a las condiciones personales del delincuente y a la necesidad en que se encuentra de un tratamiento penal?" Claro está que la solución depende de la teoría que se sostenga sobre el fin de la pena. Los "que solamente ven en la pena el cumplimiento de la justicia, el pago de una deuda adquirida por la culpa, fijarán la medida de la pena en un mal equivalente al mal del delito, del mismo modo que exige la justicia conmutativa, en toda deuda civil, una igualdad matemática entre lo que se paga y lo que se debe". El talión sería la pena ideal para estas teorías. Los que sostienen que el fin de la pena es la defensa o la seguridad social, "como ésta se ejercita contra el peligro que representa el delincuente, este peligro y la consiguiente temibilidad del culpable serán la base de la medida penal; si la seguridad social se pretende como fin último, pero por medio de la reforma del penado, la pena debe adaptarse a las condiciones personales del culpable, sin que importe nada el delito cometido". Y, por último, los que sostienen que la pena tiene varios fines, "de justicia o represión y de prevención de futuros delitos en bien de la sociedad y en bien del delincuente, todos entrarán como factores de más o menos importancia en la determinación de la cantidad y calidad de la pena aplicable a cada caso". Extiéndese luego el articulista en el esclarecimiento de estas tres cuestiones: 1.ª, determinar la gravedad moral y social del delito; 2.ª, determinar la gravedad absoluta o relativa de la pena; 3.ª, establecer la relación de proporción o cantidad entre la gravedad del delito y la gravedad de la pena.—T. RODRÍGUEZ: *El problema social después de la guerra*. Analiza y rechaza las razones de los que sostienen que el problema social, después de la guerra, habrá cambiado substancialmente. = *Idem*, 5 de junio.—T. RODRÍGUEZ: *El problema social después de la guerra* (continuación).—V. BURGOS: *Hermann Lotze* (conclusión).—A. R. DE PRADAS: *Aprovechamiento económico de la fuerza del viento* (conclusión).—B. FERNÁNDEZ: *Profecías y visiones proféticas de la M. Cándida*.

Civiltà Cattolica (La), 9 de diciembre de 1916.—N. N.: *Il Sacro Ordine Domenicano nel suo VII Centenario*.—N. N.: *Dio. Dichiarazione delle tesi approvate dalla S. Cong. degli Studi "Cagione dell' essere"*. Sigue la exposición de las tesis de la Sagrada Congregación de Estudios sobre la doctrina de Santo Tomás; hace notar cómo la creación, la conservación, la inmensidad, la omnipotencia, etc., son propias del *Ipsium esse per se subsistens*, que es Dios. Platón y Aristóteles tuvieron noticia del *Ser subsistente*, pero muy imperfecta, y no lograron entender todas las conclusiones que de ahí se derivaban: estaba reservado al *Filósofo cristiano*, Santo Tomás de Aquino, sacar todas las consecuencias de aquel principio, elevando las doctrinas de Aristóteles y depurándolas de sus errores. = *Idem*, 6 de enero de 1917 y siguientes.—N. N.: *I fenomeni cerebrali et la dottrina scolastica*. Se limita a referir las experiencias llevadas a cabo por los fisiólogos contemporáneos sobre el cerebro en relación con el trabajo mental. = *Idem*, 17 de febrero de 1917.—L. MECHINEAU: *L'Epistola agli Ebrei secondo le risposte della Commissione Biblica.* "Risposta seconda. Prove interne pro e contro l'origine paulina. Comenta las razones internas en contra y en pro de la autenticidad de la *Epistola ad Hebreos*, siguiendo el orden de la respuesta de la Comisión bíblica: 1.º *La ausencia del preámbulo ordinario*: sería una confirmación de la tesis contraria a la autenticidad; pero, una vez probada por la tradición (confróntese la primera respuesta y su comentario) dicha autenticidad, la falta de preámbulo no prueba nada, puesto que San Pablo no estaba obligado a seguir siempre el mismo formulario. Entre las razones que se han alegado para explicar la ausencia de preámbulo, el autor prefiere y expone admirablemente la tradicional (San Cirilo de Alejandría, Teodoro de Mosuesta, Teodoreto, San

Jerónimo). Escribiendo San Pablo a los hebreos, que tenían muchas prevenciones contra su apostolado, no era oportuno presentarse a ellos en calidad de Apóstol, como hacía de ordinario con los gentiles: 2.º *La perfección de la lengua y del estilo de la Epístola*, que fué siempre el argumento principal de los que negaban el origen paulino, se puede explicar por la tercera respuesta de la Comisión bíblica. He aquí la opinión del autor: "Cuanto a la composición literaria, cuyo mérito y perfección es justamente reconocido y alabado, todos aceptan la tesis que, bajo el triple aspecto de la gramática, de la sintaxis y, sobre todo, del estilo, la Epístola a los Hebreos sobrepasa con mucho todas las otras, y casi todos están persuadidos que para explicar su corrección, propiedad, elegancia y armonía, no basta decir que San Pablo haya puesto más atención en escribir esta vez en griego puro y con estilo elevado y agradable. Es preciso ir más lejos y convenir en que lengua griega tan perfecta no puede atribuirse a San Paulo. O bien éste escribió en arameo y la hizo traducir libremente en griego por un buen estilista, o bien encargó a éste de redactar en buen lenguaje las ideas que por escrito o de palabra le transmitía." Las ideas y doctrina son de San Pablo; la forma es de un traductor o de un redactor. Tal distinción no es arbitraria, puesto que la misma tradición, que desde el siglo II atribuye a San Pablo la Epístola, notaba que la forma debía ser de otro. = *Idem*, 25 de abril de 1917.—*Il trionfo della rivoluzione nella guerra*. Reflexiones sobre la revolución rusa, revolución preparada inconscientemente por los Gobiernos antirreligiosos, tan enamorados de la horrenda Revolución francesa, revolución que contagiará a las Monarquías de Occidente, pues las maniobras masónicas las han lanzado a la guerra primero, para llevarlas a la revolución después.—Luciano MECHINEAU, S. J.: *L'Epistola agli Ebrei* (conclusión). *Diferencias de doctrina*. Los adversarios de la autenticidad paulina alegan que la doctrina de la carta a los hebreos es contraria a la de los demás libros sagrados en un punto (9, 4-5) y diversa de la de San Pablo en muchos otros. La aserción primera es falsa, pues si la descripción del tabernáculo de San Pablo no concuerda ni con la del *Libro de los Reyes* y las Crónicas, ni con la del Levítico, es porque San Pablo describe el tabernáculo, no el templo, y el tabernáculo, fijo en la tierra de promisión; ¿quién sabe la disposición del maná y vara de Arón entonces? La diversidad de doctrina no prueba nada en contra de la autenticidad paulina, pues no está obligado un autor a repetir siempre lo mismo; pero, además, como ya advirtió Orígenes, la identidad de materia y su desenvolvimiento de esta carta y de las otras polémicas de San Pablo, aunque el estilo sea distinto, nos hacen afirmar un inspirador común, y el estudio más detenido de una tabla comparativa de materias nos convencerá de la autenticidad doctrinal.—*I fenomeni cerebrali e la dottrina scolastica* (continuación). Los escolásticos afirman, contra Platón y Descartes, que el sujeto de la sensación no es ni el alma sola ni el cuerpo solo, sino el compuesto. La sensación, pues, es un acto complejo de dos elementos: uno material y otro formal, cada uno de los cuales comprende dos fenómenos diversos: el material, un fenómeno físico o impresión del órgano, y otro fisiológico, o traspaso de la impresión al cerebro; el formal, un fenómeno subjetivo o psicológico (afección del sujeto), y otro objetivo o *gnoseológico* (representación del objeto). Los escolásticos, siguiendo a Galeno, en oposición a Aristóteles, localizan las impresiones en el cerebro, aunque no convienen en determinar su colocación. Tampoco convienen en determinar el número de sentidos internos que todos admiten y que las modernas experiencias comprueban.—*Innocenzo III*. Narración, con abundancia de citas contemporáneas, de la controversia de este gran Pontífice con Juan Sin Tierra de Inglaterra, con motivo de la elección de Esteban Langton para arzobispo de Cantorbery. = *Idem*, 5 de mayo de 1917.—*La glorificazione della carità nella beatificazione del Cottolengo*.—C. ERICARELLI, S. J.: *La Roma del cinquecento nei disegni di alcuni contemporanei*. Interesante reseña de la Roma del siglo XVI según los dibujos, ya de los dos Códices de Julio Giamberti, el Barberiniano y el de El Escorial, ya de las dos colecciones de Hülsen y Egger, especialmente de los diseños de Heemskerck, el copista más fiel y minucioso de los monumentos

de la Roma pagana. El artículo va ilustrado con seis de estos diseños.—*II P. Fidel Savio e l'opera sua negli studi storici* (conclusión). Relación de los trabajos de este padre para defender a los Papas Vigilio, Zósimo y Liberio de las fábulas y calumnias con que se viene denigrando su fama. El articulista termina con la conclusión del Catálogo de 106 trabajos históricos bibliografiados.

España y América, 15 de abril de 1917.—P. Bruno IBEAS: *La voz de las ideas* (continuación).—C. G. MORÁN: *Los pródigios de su herencia*. Los españoles hemos dilapidado la riquísima hacienda que nos legaron nuestros mayores. "No satisfechos con perder imperios y colonias, y hasta un pedazo de nuestro solar, hemos dejado en ajenas manos nuestra historia y nuestra literatura, nuestras riquezas y nuestra honra; sólo nos ha quedado el alma nacional, que no ha podido ser arrancada aún de los corazones." La conducta del español para con su madre Patria forma contraste con la manera de proceder con los hijos de otras naciones. El inglés, el francés, el italiano y el alemán no tienen palabras bastantes para ensalzar ante los extraños sus respectivos países; en cambio, el español no se cansa de pregonar el atraso y las miserias de su Patria. Es un hecho muy sensible y real "que no son los españoles quienes han tratado más extensamente ni quienes han profundizado más nuestros asuntos nacionales, sino que, en estos intereses, somos tributarios al extranjero". Resultando de aquí que, "hallándose nuestra historia y nuestro honor nacional en extrañas manos y a merced de las simpatías o antipatías ajenas, necesariamente han de ser tergiversados los hechos según las opiniones, y, por consecuencia lógica, nosotros hemos de aceptar insensiblemente lo que nos quieran decir de nuestro pasado, de nuestro carácter y de nuestra influencia en la Historia". A fuerza de oírlo repetir, hemos también llegado a creer en la esterilidad de nuestro suelo. Pero las circunstancias actuales nos han abierto los ojos. La presión del bloqueo nos ha hecho caer en la cuenta que "vivimos ciegos al lado de nuestras riquezas sin explotarlas, como vivió la humanidad miles de años al lado de la energía eléctrica, sin conocerla". Ahora se nos presenta la ocasión más propicia para reaccionar. El patriotismo manifestado por las naciones beligerantes debe estimularnos a desplegar y dirigir nuestros esfuerzos en orden a la reconstitución y engrandecimiento de nuestra Patria. Para esta obra disponemos de dos eficaces medios: la Prensa y el intercambio de ideas con los numerosos hijos de otras naciones que ahora, con motivo de la guerra, han venido a España.—G. CASTRILLO: *El comercio en el Extremo Oriente*.—P. B. SEJALDE: *Fisonomía de San Pedro*.—A. DEL FUEYO: *Trabajos cervantinos de Norberto González Auriol*.—*Idem*, 1.º de mayo.—P. G. MARTÍNEZ: *El Catolicismo y el progreso*. El Catolicismo es decidido protector de todo lo que signifique vida y progreso. Desarrolla el articulista esta proposición con incontestables datos de la Historia, y concluye deslaciando la objeción de los modernistas sobre la estabilidad de los dogmas.—P. E. NEGRETE: *La voz del profesorado universitario*.—R. FERNÁNDEZ: *Recientes investigaciones de Arqueología cuaternaria en España*.—P. B. SEJALDE: *Fisonomía de San Pedro*.—P. G. CASTRILLO: *El comercio en el Extremo Oriente*.—*Idem*, 15 de junio.—P. Bruno IBEAS: *Después de la huelga revolucionaria: ¿Es necesaria la revolución? ¿Es posible?* Quien desee conocer lo que opina la nación española sobre el estado actual de cosas, oirá estas frases, resumen de lo que acerca de esto punto siente: "Esto no puede continuar así: el día menos pensado hay una hecatombe." Razona luego el articulista sobre la falta de ideales en los partidos turnantes, sobre la irrisoria labor de las Cortes, y pone de manifiesto el contraste entre el progreso de la nación y el estancamiento del Gobierno.—P. B. SEJALDE: *Fisonomía de San Pedro*.—G. DE OLARO: *El problema de las subsistencias* (conclusión).—G. CASTRILLO: *El comercio en el Extremo Oriente*.

Month (The), abril, 1917.—Rev. S. F. SMITH, S. J.: *The Wards of French Nation*. Hace resaltar el carácter sectario del proyecto de ley adoptado en la Cámara francesa para que la nación prohija a todos los huérfanos de guerra. A todos ellos, como demuestran multitud de datos, se les quiere educar fuera de la Religión católica. El autor recomienda a los gobernantes franceses el ejem-

plo de tolerancia que le dan los ingleses.—Martin D'ARCY: *The "God" of Mr. Wells*. La última novela de mister Wells, tal vez la mejor que se haya escrito sobre asuntos de la guerra, titulada *Mr. Britling sees it throug*, expone una idea de Dios, no sólo naturalista, sino absurda hasta lo inconcebible—nada menos que quiere despojarle de la omnipotencia, para que sea más humano con los hombres—. La ignorancia teológica, el sentimentalismo guiado por la ignorancia desbordada, tal vez lecturas de antiguos paganos (Lucrecio) y modernos incrédulos (Bernard Shaw), hacen que mister Britling, que, al fin, expone las propias ideas de mister Wells, no sepa coordinar los atributos divinos, la Omnipotencia y el Amor con la existencia del mal en la humanidad.—Rev. Herbert LUCAS: *Throug loneness to light*. Estudio crítico de la novela de mister Wilfrid Ward, *The Sight behind*, en la cual, al mismo tiempo que se entreteje una interesante fábula, quedan expuestas las ideas católicas de la intervención de la divina Providencia en los actos humanos para producir el bien, a veces de los mismos errores y extravíos.—Rev. J. H. POLLEN: *Letters of Newman to Lady G. Fulberton*. Cartas, algunas inéditas, interesantes desde el punto de vista histórico y apologetico.—*Idem*, mayo, 1917.—Rev. J. KEATING: *The Death-Knell of Autocracy*. La caída del zarismo en Rusia, y, sobre todo, la entrada de los Estados Unidos en el conflicto europeo, constituyen un golpe de muerte a la autocracia. El autor, como es natural, se coloca en un punto de vista muy inglés.—Hugh A. ALLEN: *Joyce Kilmer: an appreciation*. Poeta americano, aunque poco conocido en Inglaterra, tiene méritos relevantes: educado en el episcopalianismo desde su niñez, pronto se convirtió al Catolicismo. Le pidieron para una revista que explicase los motivos de su conversión, y contestó: "Yo no me considero convertido: desde antes de ser recibido en la Iglesia católica profesaba esta fe." Aun cuando todavía se puedan esperar de su ingenio más sazonados frutos literarios, su obra poética es excelente y de mérito no vulgar. El autor lo demuestra con largas y abundantes citas de versos.—Rev. S. F. SMITH, S. J.: *The art of "bolstering"*. Llámase *bolstering* a la acción de ciertos individuos que procuran de cualquier manera impedir las conversiones del protestantismo a la Religión Católica. El autor examina un libro que tiene este objeto, escrito por Th. Hardy, titulado *Catholic or Roman Catholic*. Analiza la nota de apostolicidad en la Iglesia, y, al par que refuta las insinuaciones del autor protestante, prueba la tesis que se propone sobre el Papa y rechaza otras muchas indicaciones falsas o maliciosas.—A Hilliard Atteridge. *A German Vindication of Belgium*. Examen de la defensa que hacen los alemanes de su conducta en Bélgica—los franco-tiradores—, los ataques a los militares por los paisanos, etc... El patriotismo, que es lo que domina en esta clase de escritos, es muy laudable; pero no es el mejor medio para esclarecer una cuestión que han embrollado las pasiones.

Razón y Fe, mayo de 1917.—P. VILLADA: *Por la definición dogmática de la mediación universal de la Santísima Virgen*. Trae algunos testimonios de los teólogos más recientes, textos de los tres últimos Papas anteriores a Benedicto XV y concluye aduciendo algunas razones teológicas y de congruencia.—C. EGUÍA RUIZ: *Echegaray, dramaturgo*.—J. M. IBERO: *Suárez, psicólogo*.—J. M. BOVER: *Un pasaje difícil de San Pablo interpretado por el P. Suárez*. Se refiere a aquel pasaje de la primera Epístola a los Corintios, en que San Pablo parece afirmar que el fin del mundo será también el fin del reino de Cristo.—*Idem*, junio.—J. M. BOVER: *El Corazón de Jesús en el Nuevo Testamento*. Divide el artículo en tres partes. En la primera expone los textos que manifiestan lo que es el corazón de la persona de Cristo. La segunda comprende los textos que descubren la conexión entre el corazón y el amor de Jesús. La tercera encierra varios textos que, con mayor o menor claridad, nos hablan del mismo Corazón de Jesucristo.—C. EGUÍA RUIZ: *Echegaray, dramaturgo*.—A. PÉREZ GOYENA: *Contribución a la historia teológica de la devoción del Sagrado Corazón en España*.—E. UGARTE DE ERCILLA: *Suárez, filósofo del Derecho*.

Scientia, I-V-1917.—Andrew C. D. CROMMELIN: *Are the spiral nebulae external galaxies?* Dadas las vacilaciones en las hipótesis astronómicas, pero más

especialmente en las relativas a las nebulosas espirales, desde los acertados experimentos de Herschel, es difícil decidirse por ninguno de los lados. Pero, si son ciertas las enormes distancias a que se hallan las nebulosas espirales, y, sobre todo, si lo es la velocidad rapidísima de sus movimientos, parece probable la conclusión que las nebulosas espirales están fuera de la vía láctea y forman sistemas estelares distintos del nuestro, que tiene como por sistema dorsal dicha nebulosa.—B. CABRERA: *Les propriétés magnétiques et la structure de l'atome*. No obstante que las experiencias de los cuerpos magnetizados no pueden hacerse sobre los átomos, sino sobre las masas, el P. Weis ha podido construir una ecuación para el ferromagnetismo que interpreta la fisonomía de los fenómenos realizados en estos cuerpos y permite deducir de los coeficientes de la ecuación el momento atómico.—Filippo BOTTAZZI: *Le attività fisiologiche fondamentali. La attività di secreción*. Las glándulas tienen la virtud de absorber del plasma sanguíneo las substancias predilectas y de elaborar y acumular la materia segregable. La contracción es un fenómeno que acompaña a la secreción, pero no es causa de ella; la secreción es provocada por el sistema nervioso y causada por los coloides del plasma, que destemplan la impermeabilidad de las glándulas, permitiéndolas absorber por una parte la linfa y segregar por otra la secreción. Aunque no están completamente estudiados los fenómenos de la secreción, se ve la posibilidad de una explicación físico-química exclusiva y completa (?).—Carl THALBITZER: *Les problèmes financiers les plus fondamentaux qui se présenteront aux Etats belligérants après la guerre*.—Fr. V. N. BEICHMANN: *L'établissement d'un tribunal international permanent*.

Seuola Cattolica (La), 1.º de mayo de 1917.—Giuseppe PIOVANO: *Il Cotto-lengo e l'ora presente*. Con motivo de la beatificación de este apóstol de la caridad, diserta el articulista: 1.º, sobre lo despreciados que fueron los miserables antes del Cristianismo; 2.º, sobre los elogios que la obra del beatificado mereció de sus contemporáneos y algo de la administración de dicha obra (*milagro perenne de la Providencia*), y 3.º, sobre la manera de remediar los males de la guerra, favoreciendo el Estado las instituciones cristianas de caridad.—Sac. Carlo PELLEGRI: *Un capitolo della vita del prof. Contardo Ferrini*. Relación, con documentos de los escritos del venerable, del amor a la Oración y del ejercicio que tenía este devoto seglar, sin que el tiempo en ella invertido disminuyese su actividad para las ocupaciones de su oficio.—Adolfo CELLINI: *L'era messianica e la pace...* (conclusión). Inventario de los textos sobre el reino de paz del Mesías, ya de los *Hechos*, ya de las *Cartas apostólicas* en general, que todas comienzan con un saludo de paz, y de las de San Pablo en especial, ya de la *Apocalipsis*, donde, a pesar de las guerras descritas, es el protagonista el cordero, símbolo de la paz, y a quien la Iglesia pide: *Dona nobis pacem*. Concluye el articulista que, pues vemos que con el Mesías no ha venido la paz, debemos entender las promesas y afirmaciones *irénicas* de la paz del hombre con Dios, sin peligro de que cuando las sociedades se imbuyan de la doctrina evangélica, cesen las guerras de hecho, como cesó la esclavitud cuando las naciones se imbuyeron de la caridad evangélica, que es la legítima filantropía.—P. Tito BATTAGIRIO, S. J.: *Il gran veglio di Creta* (continuación). Después de haber examinado en el artículo anterior el origen de la ficción dantesca, pasa a enumerar en éste las diversas explicaciones que han dado al símbolo los comentaristas antiguos y modernos, las cuales se reducen a dos: simbolismo político y simbolismo moral. Para decidirse por el sentido verdadero y completo, define con acierto el articulista que la fábula del Viejo de Creta no la narra Dante, sino que la pone en boca de Virgilio, quien representa en el poema la *razón natural* o el *imperio* que debe guiar a los hombres a su felicidad terrena por los documentos filosóficos, así como Beatriz representa la *Teología* o la *Iglesia* que guía los hombres a su felicidad del Paraíso por los documentos de la Revelación. Por consiguiente, los que quieren ver en la ficción dantesca un simbolismo moral, pueden ver representada en ella la decadencia de la humanidad, pero no la decadencia del estado de inocencia al estado de la culpa, como la enseña el dogma católico.

BIBLIOGRAFIA

Obras del místico doctor San Juan de la Cruz. Edición crítica. Tres tomos en 4.º Toledo, Imprenta de Viuda e Hijos de J. Peláez, 1914.

Antes de hablar de esta obra es preciso decir dos palabras manifestando el porqué no se ha hecho antes de ella mención debida en LA CIENCIA TOMISTA. Tal es su importancia, que parece queda como cargada la conciencia con una responsabilidad si se pasa por alto esa preterición inverosímil.

Era nuestro intento que se le dedicara un detenido estudio y que una persona consagrada a los divinos estudios de la literatura mística, amante del Santo, capaz de seguir, línea por línea, los pasos del anotador, se encargase de labor tan delicada y atrayente. La materia, la más sublime de cuantas podemos tocar los mortales; el autor, que no es otro que el príncipe de los místicos españoles, San Juan de la Cruz; el anotador, padre Gerardo de San Juan de la Cruz, teólogo, erudito e investigador en una pieza..., nos pedían un crítico certero, que se pusiese a esa labor con alma y vida, y ese hombre llegamos a encontrarlo. Como nosotros deseábamos un trabajo magistral, no teníamos ni podíamos poner prisas. Mas pasaron los años, y, esperando ese estudio, solicitados por reclamaciones de amantes de esa obra incomparable, hemos de adelantar un juicio sintético, exento de detalles; una sencilla presentación, no sea que las dificultades que a la otra le van saliendo, aumenten y la hagan imposible.

Si no fuera que San Juan de la Cruz es uno de esos titanes de la expresión del alma, que, presentándose, deja en ella una huella imborrable; si no fuera que escritores como él, con pocos capítulos se perfilan para siempre jamás, habría que confesar, por desagradable que la confesión fuera, que no conocíamos a San Juan de la Cruz, que el padre Gerardo nos lo presentaba. Tal es el cúmulo de nuevas noticias, de nuevos textos y adiciones y correcciones que trae al canto para que nosotros, en descansada huelga, nos recreemos con su lectura, con la del verdadero San Juan de la Cruz, con la de las obras tal y como salieron de su pluma, impregnada en dulzuras de gloria.

Con esto, que no implica exageración de ningún género, pueden comprender los lectores lo que las letras patrias deben a ese modesto investigador que se llama el padre Gerardo, cuyo nombre irá por siempre unido al de su santo padre en adelante, pues ya no cabe citar al uno sin el otro. Edición depurada del Santo, no tenemos otra, ni se concibe ya, sino a base de ésta. Si alguna gloria se puede desear en este mundo es el hacer a un Santo tributario, gloria envidiable que conquistó de un vuelo el padre Gerardo, de un vuelo que supone una labor callada, larguísima, constante y afortunada, pues en la investigación no siempre la Providencia nos reserva esas sorpresas tan encadenadas que llamamos *fortuna*, pues bastan a asegurar un crédito, y, sobre todo, a proporcionar a la humanidad una obra plena, perfectible sólo en retoques.

Decididos a no entrar en discusiones ni reparos de menor cuantía, al adelantar una presentación de esta obra, creemos que el mejor modo de hacer de ella un reclamo que, más que a nadie, favorecerá a sus lectores, a los que nunca pesará el dinero que inviertan en comprarla ni el tiempo que empleen en leerla, el mejor modo será dar una nota del contenido, que él solo se alaba y se insinúa.

El tomo primero contiene: 1.º, elogios de algunos escritores a San Juan de la Cruz; 2.º, una introducción, con el nombre de "Preliminares", del docto padre Gerardo, sesuda, razonada, erudita, acerca de las obras del místico Doctor y de las peripecias por que pasaron desde los primeros manuscritos hasta las postreras ediciones, de las obras no publicadas hasta la fecha, de las que llevan su nombre y no son suyas o son dudosas, de las que fueron interpoladas, etc., etc.; 3.º, una "Vida de San Juan de la Cruz", tomada de la que publicó fray Andrés de Jesús y María, que con gusto hubiéramos visto sustituida por otra más moderna y más crítica, aunque abundan las notas, que suplen muchas de las deficiencias que en historias antiguas no son raras; 4.º, la famosa obra, joya de la literatura mística, *Subida al monte Carmelo*, seguida de apéndices e índices, dividida en tres libros y 91 capítulos. Va también enriquecida de valiosas notas.

El segundo tomo comprende: 1.º, la *Noche obscura del sentido* y la *Noche obscura del espíritu*, precedidas de una introducción del padre Gerardo, muy breve y compendiosa; 2.º, el *Cántico espiritual*, divina epopeya que termina con el matrimonio espiritual del alma con su Dios, precedido asimismo de una docta introducción y anotado muy sobriamente; 3.º, la *Llama de amor viva*, prologuada también, verdadero pórtico de la gloria, donde San Juan de la Cruz se excedió a sí mismo y parece que no dejó manera de que pluma ninguna de la tierra se le ponga delante; 4.º, el primer *Cántico espiritual*, tomado de un manuscrito de Sanlúcar de Barrameda, corregido por el mismo San Juan de la Cruz, que, por lo visto, lo escribió dos veces; 5.º, la primera *Llama de amor viva*, que se llama así por haber andado, como va aquí, impresa en las primeras ediciones, pudiendo el juicioso lector confrontar ambos textos y advertir cuánto perdíamos en contar sólo con esa que se llamó *primera* y era tan imperfecta; 6.º, siguen tablas de los lugares citados de la Santa Escritura e índices de materias y de tratados.

El tomo tercero, después de una introducción a los cuatro primeros tratados del volumen—*Cautelas*, *Avisos a un religioso*, *Avisos y sentencias*, *Dictámenes de espíritu*—: 1.º, publica éstos, que son de pura dirección y práctica, colmados de sentencias sublimes; 2.º, 25 cartas del Santo a diferentes personas, muy espirituales, como cuanto salía de la pluma del místico Doctor; 3.º, documentos varios, que se refieren a vida regular, profesiones, elecciones, etc.; 4.º, poesías, que es decir los cantos más elevados que en lengua castellana se han escrito, porque San Juan de la Cruz parece que tomó la cítara a los bienaventurados del Cielo y nos vino a cantar esas melodías que sólo se entienden, o, por mejor decir, se barruntan cuando el espíritu se encuentra cerca de Dios, libertado de afectos mundanales; 5.º, los *Coloquios entre Cristo y su esposa*, eterno asunto del místico Doctor, expuesto en estilo más suave, amoroso y tierno que suele ser el suyo, aunque no parece pueda haber duda de la paternidad de este escrito tan atrayente; 6.º, *Conocimiento obscuro de Dios*, que es obra ya dudosa, y aun pudiéramos atrevernos a afirmar que no es obra del Santo, si bien es muy conforme con su espíritu; 7.º, tratado de la *Transformación del alma en Dios y Unión del alma con Dios*, obras escritas por la religiosa carmelita Sor Cecilia del Nacimiento, tan semejante al Santo en su espíritu. A estos tratados siguen otros por el estilo, que ya no cuadran tanto con el contenido de las obras del Santo, pero que son interesantes y muy útiles, por referirse a defensas suyas.

En un tomito aparte van los autógrafos de San Juan de la Cruz, en hermosa edición foto-tipográfica, que tiene el encanto que no pudieron gustar los lectores de otros tiempos, y del que no debemos de privar a los de los nuestros: el facsímil de esos escritos venerados y como prolongación del espíritu de Dios, que inspiró los libros sagrados y ayudó particularmente a algunos Santos, como indudablemente ayudó a San Juan de la Cruz para que fuese maestro de espíritu en la Iglesia

católica. Con gusto hubiéramos visto la reproducción de estos autógrafos en la edición misma de las obras. En general, se nota que la edición de las obras de San Juan de la Cruz adolece de retoques, imprescindibles cuando se van publicando las cosas a medida que aparecen y sin plan de conjunto. Este suele ser un imperativo de la vida en gente sujeta a obediencia, y no implica en las obras más que algunas repeticiones y desórdenes de distribución, que en nada se refieren al fondo.

La edición de las obras de San Juan de la Cruz hecha por el padre Gerardo es un trabajo de gran mérito, de gran fortuna y de innegable utilidad. Casi podemos decir que era de necesidad absoluta para la literatura española, que no podía, decorosamente, seguir falta de una edición modelo de uno de nuestros escritores más castizos, príncipe de nuestros místicos y espejo de vida religiosa.

Colección de estudios árabes. Estudios críticos de Historia árabe española, segunda serie, por Francisco CODERA. Un tomo en 8.º (VI-355 págs.). Madrid, Imprenta Ibérica, 1917.

Una obra del señor Codera, patriarca de los arabistas españoles, es siempre una obra de investigación nueva e interesante y de trascendencia para la historia patria, a cuyo esclarecimiento tanto contribuyeron los arabistas. Este género de obras tiene el peligro de que sus autores abusen, sin pensarlo, de la cifra reveladora del nuevo documento y nos hagan comulgar, como solemos decir en Castilla, con ruedas de molino. ¡Es tan halagador el incorporar el propio nombre a la Historia, rectificando sucesos importantes y dando nuevos cauces a los relatos del desenvolvimiento de los pueblos! En el señor Codera ese peligro casi desaparece por completo: su modestia empieza por confesar en el prólogo que la labor ha sido *larga*, pues lleva más de cincuenta años de investigación, y el resultado *corto*, en lo que ya no estará con él nadie conforme. El grupo arabista español capitaneado primero por Saavedra y Codera, y luego por Ribera y Asín, recorrió el velo en multitud de problemas de la civilización arábigo-española, que es verdaderamente asombrosa. Mejor que un resumen de lo que averiguaron, que exigiría unos cuantos capítulos, nos será, en estas notas bibliográficas, copiar algunas frases del señor Codera, que señalan el campo de investigación en esta rama del saber: "Sin pretender rebajar en lo más mínimo la civilización de los siglos medios, es indudable que desde los siglos VIII al XIII, los musulmanes, tanto del Oriente como del Occidente, empujaron el cetro del saber en todos los ramos, escribiendo infinidad de libros en una lengua que, con más verdad que la latina, ha podido llamarse lengua de comunicación entre los sabios, pues era escrita y aun hablada del mismo modo por los musulmanes, fueran naturales de Egipto, España o el Almagreb, bien hubieran nacido en los países regados por el Eufrates, el Tigris, el Indo o el Oxus; por los judíos habitantes en los países musulmanes y por muchos cristianos del rito oriental; al paso que el latín, si escrito era entendido por el Clero en todos los países de Europa, y, aun si se quiere, por el vulgo de la parte meridional, en modo alguno podía servir para la comunicación hablada, pues aun la diferencia de pronunciación era causa de que aun los sabios se entendiesen con suma dificultad... Ningún pueblo antiguo ni moderno, al menos hasta el siglo XIX, cuenta un número tan prodigioso de escritores, y no se crea que cada uno de los autores árabes presentara a nuestra consideración alguna que otra obra: lo que nosotros llamamos portentos de fecundidad en los autores cristianos de la Edad Media y Moderna, es en ellos muy común, y si nos sorprende cómo pudieron escribir tanto el Angélico Doctor Santo Tomás, y, sobre todo, nuestro Suárez y el Tostado, no menos deberá sorprendernos la fecundidad de nuestros escritores árabes: baste citar los nombres de Abdelmelic ben Habib el Salemi, natural de Huétor, cerca de Granada, de quien se dice que escribió 1.050 libros de toda clase de asuntos, según la Biblioteca arábigo-hispánica de Abenaljatib; de Fajroddin ben Aljatib, natural de Raya, en Persia, se conservan los títulos hasta de 50 obras de Teología, de Derecho, Medicina, Historia, Astrología, etc.; de Mohamed Alfarabi tenemos los de 60, alguna de las cuales, la *Enciclopedia*, se encuentra entre los

manuscritos de El Escorial; del gran médico persa Mohamed Arrazi se citan los títulos de 106 obras, algunas de las cuales fueron vertidas al latín, versiones que solo imperfectamente dan idea del mérito del autor, por ser apenas comprensibles...; de Avicena se conservan los títulos de 46 obras de toda clase de asuntos: a los veintinueve años había escrito su *Enciclopedia*, que, a instancia de su hijo, ilustró después en 20 tomos; sus obras versan sobre Medicina, Teología, Filosofía, Astronomía, de la lengua árabe, de Matemáticas, de Zoología, de Botánica y hasta de Ceterería... Los árabes eran tan aficionados a este género de trabajos (Enciclopedias), que tienen Diccionarios de los Caes célebres, de los poetas, de los guerreros, de los compañeros de Mahoma, de los Emires y Califas poetas, de los ciegos célebres, de los médicos, de los médicos intrusos, de los matemáticos, de las mujeres célebres... Tales bibliotecas o libros dan noticias muy curiosas de cada uno de los personajes que cultivan este o el otro ramo del saber, con lo cual puede conocerse la civilización e historia de los musulmanes mucho mejor que la vida íntima de nuestros mayores, pues los historiadores europeos, aun los griegos y latinos, casi nada nos dicen de la vida del pueblo, ocupándose sólo en la de los Príncipes y capitanes y de las guerras que han desolado a los diferentes Estados...

"Para la geografía de la Edad Media en especial pueden adquirirse preciosísimos datos en las relaciones de los viajeros árabes, pues con su afición a los viajes, desarrollada por el precepto alcoránico de hacer, al menos, una vez en la vida, la peregrinación a la Meca, durante la Edad Media, ellos fueron casi los únicos que viajaron por todo el mundo conocido... A veces, en un mismo individuo, como sucede con el célebre viajero Abenhaulcaul y con el infatigable compilador Yucut, los viajes y observaciones del comerciante fecundizan y enriquecen la ciencia del geógrafo... Sin que pretendamos que los árabes fueran los maestros de la Europa cristiana en la Edad Media, hay que confesar que ellos conservaron viva la tradición de los conocimientos griegos, traduciendo al árabe, bien directamente, bien por el intermedio del siríaco, como quieren algunos, las obras de los filósofos, naturalistas, médicos y matemáticos griegos, comentándolas luego...

"Aunque es muy común decir lo contrario, los árabes no fueron sólo depositarios transmisores de las ciencias, sino que las transmitieron con notable aumento... Se ha dicho que en Matemáticas, y sobre todo en Astronomía, no habían hecho más que copiar a los griegos: tal opinión, que no se aviene con la existencia de un globo celeste ejecutado en el siglo XIII, no puede en modo alguno sostenerse, cuando vemos a Abulfera señalar y describir en 975 el tercer movimiento irregular de la luna, cuyo descubrimiento ha pasado por uno de los títulos de gloria de Tico-brahe; cuando vemos a Abuhasan sustituir en Trigonometría, al empleo de las *cuerdas*, el de los *senos* y *tangentes*, y a Abenhaitan exponiendo claramente los elementos de la Geometría de *posición* ochocientos años antes de Carnot...

"Los árabes, que tanto viajaron, dejándonos datos precisos para la Geografía en la descripción de sus viajes, no fueron menos dados a las obras históricas, siendo tal la abundancia de las que se citan, ya generales, ya particulares, ya biográficas, que apenas se encuentra un personaje importante o una población de alguna importancia que no tuviera su historiador... Si se nos pregunta si entre los historiadores árabes hay algún Tucídides, Salustio o Tácito, convendremos en que nunca llegaron a tanta perfección literaria...

"Si el estudio de la lengua árabe es interesantísimo en cuanto es un poderoso auxiliar para conocer mejor la historia de muchos pueblos de la Edad Media y proporciona no poca luz a la filología comparada, tanto para descifrar las antiguas inscripciones fenicias, cartaginesas, himyaritas, palmyranas, nabateas y asirias, como para conjeturar, en cuanto cabe, las emigraciones de los semitas en los primeros tiempos...

"La historia literaria de los árabes españoles, gracias a las preciosas noticias que nos da Abenhazan en su célebre carta y a las colecciones poéticas y Diccionarios españoles por Abenalabar y otros, nos pudiera ser más conocida que la de nuestros poetas del siglo XVI..."

La sensatez del señor Codera da a sus afirmaciones el valor de una demostración; al golpe sereno y pausado de su crítica van cayendo aquellas historias forjadas por Masdeu, Conde y Dozy y propaladas por Modesto Lafuente.

De desear sería una mayor decisión y claridad en lo que pudiéramos llamar *nuevas depuraciones históricas* del señor Codera; pero la modestia, yo no sé si excesiva, de dicho señor, que es siempre una garantía de lo que asegura, ve frente a las suyas otras posibles explicaciones que dejan incertidumbres en los relatos y los hacen más bien destructivos de falsas leyendas que constructivos de las que deben ocupar su lugar. ¡Es así la labor de los científicos de buena ley: escudriñadora, pausada y, al cabo, triunfadora en su insensible marcha!

Cervantes y su obra, por Adolfo BONILLA y SAN MARTÍN. Un tomo en 8.º, 262 páginas. Librería Beltrán, Madrid, 1917.

Inagotable e incansable, el señor Bonilla nos ofrece una serie de estudios sobre Cervantes, que él no quiere presentar más que como escauceos, pero que son estudios de fondo y de ingenio y de escogida erudición. Con decir que son frutos del señor Bonilla, ya hay que cotizarlos altos, aunque a veces yo sospecho que, por simple capricho o humorada, se empeñe en ofrecerlos de trapo y llamar a las bacías *yelmos*.

El capítulo sobre "Don Quijote y el pensamiento español" enseña mucho. Si no enseñara una distribución arbitraria de los filósofos españoles, que el señor Bonilla conoce de un modo literario más bien que científico; si al encarnar el humanismo no se olvidara de Cano, fray Luis de León y el Brocense y demás literatos salmantinos; si muchos de sus conceptos, enrevesados a lo Unamuno, no trascendieran a blasfemia doble, pues doblado es decirla y pretender *extraerla* del *Quijote*...

Aunque nos cueste decir al señor Bonilla lo que a otros no tendríamos ningún inconveniente en pasar por las barbas, hemos de confesarle que nos da pena verle metido en achaques de escolástica, que es la materia que menos conoce por dentro. Al verle tomar a chunga si las *subsistencias son comunicables*, siente uno ver descender el hombre docto y ponerse a ras de cualquier retórico romo.

"Las teorías estéticas de Cervantes" constituyen otro apartado de este libro, apartado lleno de interés y no exento de atrevimiento.

"Los pícaros cervantinos" siguen al anterior tratado y resumen la historia, la biografía y el arte desatado de toda la *picardía* de España. Pocas cosas tan condensadas se habrán escrito sobre esta inexhausta materia como el capítulo del señor Bonilla, lleno de erudición y originalidad. Entre otros, nos parece oportuno señalar el dislate con que lo termina, cuando dice: "El arte, efecto de la irresistible *voluntad de crear*, tiene en sí mismo su fin, a diferencia de los productos que llamamos útiles en la vida (y la ciencia es uno de tales productos)." No, señor Bonilla; la recta filosofía no enseña eso: el arte es libre y trabajoso de adquirir y de encauzar; por eso es meritorio. Y, siendo libre y meritorio, debemos ordenarlo a algo, que es al servicio del gran Ordenador, que nos ha concedido todos los dones. La teoría del *arte por el arte*, sin una aspiración *teleológica*, no resiste un examen serio. Claro es que esto no implica que el ideal se muestre *como tablilla de mesón* a la vista del respetable público.

"Qué pensaron de Cervantes sus contemporáneos." Otra bien elegida claraboya para que el señor Bonilla nos enseñe desde ella lo mucho que sabe y la gracia que para enseñar le ha concedido Dios. Puede decirse que toda la gloria de Cervantes brilla en este capítulo, que es él como aureola que fulge alrededor de su noble figura, mostrándonos los matices de su ingenio, reconocido y proclamado por inculisimos de sus contemporáneos, por muy pocos puesto en duda y con evidente desvarío. Este capítulo vale por un buen libro. Al citar a Luzán, Moratín y Forner, hubiera estado bien agregarles el testigo de mayor excepción, contemporáneo del autor de *La derrota de los pedantes*, escritor chapado a la antigua, escolástico rígido, tomista fervoroso, el saladísimo "Filósofo Rancio", uno de los mayores admiradores e imitadores del estilo y gracias de Cervantes.

Con la disertación sobre si *La Tía fingida* es obra de Cervantes o no, termina el libro. El señor Bonilla concluye tristemente confesando el *nescimus*; pero ¡cuánto no enseña a propósito de la novela ésa, analizándola, analizando sus antecedentes, examinando los textos de la Biblioteca Colombina y pasando revista a las opiniones de los críticos! Y en asunto de erudición literaria, cuando Bonilla se declara incompetente, no haya miedo a que tan pronto se rompa el sello del secreto.

“Biblioteca de vulgarización de la Ciencia española”: **Relecciones teológicas**, del padre fray Francisco DE VITORIA, de la Orden de Predicadores, catedrático de Prima de Teología de la Universidad de Salamanca, doctor eximio y maestro incomparable. Vertidas al castellano e ilustradas por don Jaime TORRUBIANO RIPOLL, de la Facultad de Teología. Tomo I (xxxiii-341 págs.). Madrid, Librería religiosa Hernández, 1917.

Obra patriótica de las más importantes es divulgar los monumentos de nuestros grandes pensadores de los siglos pasados, tan macizos, tan ingeniosos, tan capaces de acreditar el valer indiscutible de España cuando estuvo bien gobernada. Para acertar en esa labor patriótica y científica, difícil, si no imposible, era haber escogido por principio de serie una obra como la de Vitoria, el gran *instaurador*, más propiamente que *restaurador*, de nuestra ciencia del Siglo de Oro. La obra de Vitoria más a propósito para una divulgación que sea, no sólo monumento de ciencia antigua, sino texto de actualidad perpetua en muchos de sus puntos, es, indudablemente, ésta de las *Relecciones teológicas*, obra básica del DERECHO INTERNACIONAL, hoy tan necesario como olvidado. De ese libro no hemos de añadir una palabra más, ya que en esta revista se estudió con detenimiento años pasados.

Encargado de la dirección de esta Biblioteca y traductor y anotador del primer tomo que anunciamos ha sido don Jaime Torrubiano, teólogo e ingeniero en una pieza, y uno de los jóvenes talentados acreditados en obras industriales y literarias a la vez.

Su traducción es de una gran severidad y guarda el genio de la literatura escolástica, tan precisa y ceñida, que se acopla a las ideas con la exactitud de una forma sacramental.

Sus notas son de un hombre adiestrado en la moral católica; acaso pecan de demasiado nimias y casuísticas.

La introducción que precede a las *Relecciones* es muy docta y bien merece los encomios que el señor Bonilla San Martín le dedica en el prólogo. Nosotros no le vamos a echar en cara el inspirarse constantemente en nuestro libro sobre Vitoria. Alguna que otra vez se le corre la pluma, como cuando da por ciertas las relaciones de Vitoria con San Ignacio, que no pasan de conjetura...

Tanto en el señor Torrubiano como en el prologuista, señor Bonilla (que, entre los eruditos españoles, es eruditísimo), me extraña citen como inédita la *Historia* del padre Fernández (lo era cuando yo escribí la “Vida de Vitoria”), publicada por el padre Justo Cuervo en el primer tomo de los *Historiadores de San Esteban de Salamanca* (Salamanca, 1915).

Tampoco podemos dejar de corregir que el señor Bonilla encasille a Vitoria entre los escritores vivistas. No fué vivista en sus obras, en las que yo no recuerdo que cite al filósofo valenciano una sola vez. Sus procedimientos de enseñanza son escolásticos, son tomistas, sencillamente, y sus intuiciones y originalidades eran algo personal, que no hay por qué llamar tomista ni vivista en el fondo, ya que la forma sea escolástica.

La fecha de la publicación de las *Relecciones*, que el señor Bonilla indica, sin advertencia de que es una obra póstuma, pudiera inclinar a alguno a tener a Vitoria por muy posterior a Vives, cuando, en realidad, no lo fué, sino más bien algo anterior, como catedrático a lo menos. Y bien sabido es que Vitoria sólo fué catedrático, pues escritor le hicieron sus discípulos; al publicar después de su muerte algunas de sus explicaciones.

El juicio de Vitoria sobre Erasmo, presentado a la Junta de Valladolid, no

debe inclinar a creer que tenía afición ninguna a sus enseñanzas. Vitoria juzga sólo el punto que se le encargó, y lo hace desfavorablemente, aunque eche un capote misericordioso a las intenciones del autor. Que sus opiniones eran contrarias a las del humanista de Rotterdam, lo sabemos leyendo lo que escribieron ambos, sin necesidad de echarnos a volar en conjeturas. Que fuese más o menos benévolo con Erasmo, y hasta le tuviese cierto afecto porque le hubiese conocido en París cuando Erasmo no se había significado, como se significó más tarde, nada tiene que ver con las opiniones de ambos pensadores, bien claras en sus obras.

No cerraremos esta nota sin alabar el buen gusto de la portada, que representa un edificio del Renacimiento y recuerda la de la Universidad de Salamanca, y lamentar las múltiples erratas de imprenta, que no nos explicamos en hombre tan cuidadoso como don Jaime Torrubiano, y el anuncio ése del apéndice sobre el Matrimonio, desgajado de la obra madre, como si fuera lícito en una obra clásica y cristiana el uso de mutilaciones absurdas, inspiradas por no sé qué imperativos de crítica, pues los de moral lo estarán a buen cobro con el pase del censor, con el nombre del autor y con el título de una obra tantas veces dada a la prensa.

Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana. Tomo XXXIII (Mari-Mechuza), 1511 págs. Barcelona, Hijos de J. Espasa, 1917.

Un tomo de la biblioteca Espasa suele ser un acontecimiento editorial; el tomo XXXIII lo es, sin ninguna duda. Edición esmerada, ilustración escogida, nuevos datos de antiguas historias, resúmenes de actualidad, que son verdaderos tratados, como los de los artículos "Matemáticas", "Matrimonio", "Maura", "Mayorazgo", "Mecánica", "Mecanoterapia". Siempre colmada de noticias frescas, la *Enciclopedia* Espasa, en los últimos tomos, da mayor importancia que en los anteriores a la bibliografía, lo que hace dicha obra útil, no sólo para los aficionados a cultura general, para los que es una producción irremplazable, sino también para los investigadores, para los que hay a veces verdaderas sorpresas.

Hablar de ellas, así como de las deficiencias que forzosamente tiene que haber en una obra de tanto compromiso y extensión, sería abarcar todo lo divino y humano.

FR. LUIS GETINO. ,

El M. R. P. Vicario general fray Cipriano Sáenz de Buruaga, dominico, por fray A. MESANZA, de la misma Orden. Bogotá.

No es una biografía detallada del padre Cipriano Sáenz; pero sí son suficientes los datos que nos ofrece el padre Mesanza para convencernos de que el padre Sáenz, como hombre, era todo un carácter; como religioso, un modelo de observancia, y como Superior, un bondadoso padre. Nació el padre Cipriano el 16 de septiembre de 1843, en un pueblecito llamado Abechuco, sito a tres kilómetros de Vitoria, y entregó su alma a Dios el domingo de Pentecostés de 1907 en Bogotá.

Devocionario mariano, por el padre José FONT, misionero del Inmaculado Corazón de María. Sexta edición, Madrid.

Que los amantes de la Virgen encuentran en la presente obra un formulario conveniente para rendir culto a la Madre de Dios, dícelo el número de ediciones que lleva ya el *Devocionario mariano*. Contiene: devociones diarias, devociones semanales, devociones mensuales, devociones anuales, y un apéndice sobre la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María. El contenido del libro es como un brote vigoroso de los principios de sana Teología.

Lettres de Saint Bernard, par le R. P. MELOT, de l'Ordre de Saint-Dominique. Troisième édition, Paris.

El acierto del autor estuvo en haber sabido escoger de entre las muchas cartas que escribió San Bernardo, aquellas que aún gozan de actualidad, por haber sido escritas en circunstancias que se reproducen en todos los tiempos de la vida. En cada carta palpitan la fe y ternura del gran Padre de la Iglesia, y en la lectura de dichas cartas, el espíritu parece como sentirse acariciado por auras celestiales.

La Confesión, por don Jaime TORRUBIANO, de la Facultad de Teología. En 8.º, XVI-128 págs. Madrid, Imprenta de Jesús López, 1917.

Es un librito de vulgarización teológica. El autor no se propone discutir cuestiones, sino exponer sencillamente lo que enseña la moral católica sobre el Sacramento de la Penitencia. Algunas afirmaciones parecen algo atrevidas; pero nada se dice que no se halle apoyado en la autoridad de insignes teólogos.

De desear es que la presente obrita se divulgue por el pueblo cristiano, pues es certísimo que las obras de Jesucristo, cuanto más claramente se conocen, más sinceramente se aman.

FR. E. G. V.

Les briseurs de Blocus. La haute banque et la guerre. Interpellation au Senat de M. GAUDIN de Villaine. Preface et annotations de Albert MONNIOT.

La alta banca judía, dueña de las principales acciones mineras, es, según el patriota senador, la burladora del bloqueo, mandando a Alemania níquel de Nueva Caledonia por la ruta de América, y plomo de Peñarroya por la vía Suiza, para, de este modo, evitar la derrota de los Imperios centrales y fomentar el rescoldo de futuras guerras, de las que sale tan beneficiada. Mucho de fantasía debe haber en las aserciones del patriota.

Pages actuelles. N.º 75. *De l'Iser à l'Argonne.* Images du front, par Charles DANIELEU.

Más bien que cuadros del frente son 17 sermoncillos para excitar la confianza, motivados por hechos generales o insignificantes. De manera que, sin necesidad de ir al frente, pudo escribirse, con la lectura de periódicos, en un gabinete de París.

Pages actuelles. N.º 76. *Journal d'un officier prussien*, par H. DE VERE STACPOOLE, adapté de l'anglais par Henry FRICHET.

Conmovedora narración, en cuyas primeras páginas palpita la abnegación del soldado, y, más adelante, la enajenación de la lucha y el horror de la carnicería, y, por fin, las molestias de la vida de trinchera. Pero la razón de entrar este relato en esta colección de literatura belicosa, no es ninguno de estos encantos, sino algunas maldiciones contra el militarismo, que al jefe, perdidos sus soldados, se le escaparon, y un tanto de desconfianza en la victoria que se respira al final.

El *Diario* está verdaderamente escrito a jornadas; pero falta la fecha de los diversos relatos, si no es de los cuatro primeros.

Pages actuelles. N.º 91. *Angleterre et France, fraternité en guerre, alliance dans la paix*, par Sir Thomas BARCLAY.

Exposición muy paliada (¡claro!) de las intrigas de Eduardo VII para vencer en Francia el odio a Inglaterra, la rival hereditaria, hasta firmar el Tratado de 1904. "Esta alianza—termina el autor—ha sido estrechada por el ideal común de la presente guerra, o sea oponerse a que ninguna nación tenga la hegemonía

con detrimento de la independencia de los otros Estados, pues este fué también el ideal que Inglaterra y Francia persiguieron en sus luchas seculares." Pero, ¿no es más cierto que Inglaterra combate por no perder su tiránica hegemonía marítima?

Les éternels barbares. *La Germanie de Tacite*, traduction nouvelle par H. M. GAILHAC, suivi de passages des *Commentaires* de Cesar, relatifs aux germains. Paris, 1917, XVIII-118 págs.

Risum teneatis, amice? Como los chicos mal educados cuando riñen, que el primer insulto es para los padres. Pero lo más gracioso del caso es que, para corroborar la verdad del insulto, se aduce el testimonio de Tácito, y Tácito dice que los presuntos padres de los alemanes no fueron tales, antes los pone como modelos de honestas costumbres para los mismos romanos. Dos vicios les achaca Tácito solamente: que son holgazanes en tiempo de paz y que son muy dados al vino, o más bien a la *cerveza*. Del vicio de holgazanería, ¿quién se atreverá a culpar a los alemanes de ahora? Y del de la borrachera, ¿a qué pueblo del Norte no le podrá responder con verdad: *Más eres tú?* El mismo traductor comprende que la única *barbaridad* que se desprende del testimonio que quiere aducir es que los antiguos germanos fueron los más valientes enemigos que las legiones romanas, no solamente encontraron, sino presintieron que habían de ser la ruina de su Imperio avasallador. Cree el traductor que Tácito, escribiendo su libro, dió la voz de alarma al pueblo romano, y él lo traduce para dar la voz de alarma a la *raza latina* de dónde la amenaza el peligro. Esta alarma clama directamente con *sus primos* los españoles, como antes clamaron a sus primos los italianos y después a los rumanos; pero por experiencia sabemos los dicterios con que los sazonan cuando los ven en la sartén. Además, ¿son raza latina los anglo-sajones, tiranos de medio mundo; los eslavos, codicia de nuestro solar? Como *intermezzo* entre la Germania de Tácito y los fragmentos de César, pone el traductor una tabla cronológica de las invasiones, así germánicas como godas, vándalas, normandas, etc. (para él todos fueron alemanes), hasta terminar con la de 1914. Los primeros subyugados en estas invasiones fueron siempre los galos, lo cual indicará que, mejor que *gallos*, se llamarían *gallinas*.

Refutation décisive des treize rumeurs infames sur le Clerge francais, par Edouard POULAIN. Deuxième édition. Paris, 1917.

Esos trece rumores no han sido propalados por los alemanes, como alguno podía inferir de la serie de escritos que vamos examinando (aunque no faltan en el folleto inyectivas y calumnias contra los *boches*, más numerosas y necias que las trece de la *Refutación*); pero esos trece rumores son propalados por la Prensa atea de Francia. Todos ellos se reducen a acusar al Clero francés de que ocasionó la guerra y tiene interés en que se prolongue. Nosotros no necesitamos la refutación, porque creemos con verdad que, si ha pecado el Clero francés, ha sido por exceso de patriotismo, pues, contra la censura de la Iglesia, se alistaron los clérigos exentos y acudieron los expatriados al llamamiento del Gobierno que inicuamente los desterró. Pero para los franceses debe ser de tanta necesidad la *Refutación*, que ha merecido los elogios de Su Santidad Benedicto XV, del Arzobispo de París y de casi todos los diocesanos franceses.

Dans les Flandres. Notes d'un volontaire de la Croix Rouge (1914-1915), par D. BERTRAN DE LAFLÖTE. Paris, 284 págs.

El autor, aunque abogado, está imbuído en la lectura de los novelones de Dumas, y así, sabe trazar cuadros minuciosos de la vida de campaña. Pero el libro, no solamente está plagado de inyectivas injustas, llenas de odio y saña impotente contra el enemigo, sino que hay capítulos enteros, como el intitulado "Les Boches", donde se ensaña con los pobres prisioneros y heridos alemanes

con crueldad exquisita, propia de los senegaleses y hotentotes, a cuyo lado combate. Por eso la lectura del libro tiene que producir asco en cualquiera que no sea francés o francófilo empedernido.

Journal d'une famille française pendant la guerre, par Maiten d'ARGUIBERT.
Deuxième édition, xv-310 págs.

Por lema de cada artículo, el resumen de las operaciones militares; por contenido, bien el relato de algún episodio familiar, ya un comentario del lema, bien otra reflexión sin importancia; tal es el *Diario de familia*. Pudiera causar en las familias francesas el aliento y robustez que el prologuista confía (pues la familia del *Diario* es católica, y, como tal, patriota, resignada y limosnara) si la narración tuviese más interés; pero es tan pobre e insignificante, que muy pocos podrán sufrir la lectura del *Diario*.

Una palabra sobre toda esta literatura belicosa. Remitimos al lector a lo que tan acertadamente dijo sobre el asunto el padre A. Reigada en otro número de la revista. Si con estos libros quieren los franceses ganarse prosélitos, andan errados. Dos cosas excitan el entusiasmo de los extraños en la guerra: el valor del vencedor y la resignación silenciosa del vencido, y esto lo han entendido todos los poetas épicos, desde Homero hasta Ercilla. Pero la cobardía de un pueblo que, después de cuarenta años de preparación para la *revanche*, deja entrar al invasor hasta las puertas de la capital; la cobardía de la masa de naciones extensas y poderosas, y tantas en número, que, después de tres años de lucha, no han podido vencer ni debilitar a cuatro enemigos acosados por todas partes, esta cobardía no puede menos de causar desprecio. *Vae victis*... Pues el chillar y vocear a cada derrota, como verduleras en riña, protestando y alegando *derechos* por ellas antes *torcidos*, ¿qué puede excitar sino asco? La nación aliada que merece simpatías es Rusia, pues ha combatido como valiente y ha sufrido las derrotas con magnanimidad. Inglaterra chilla descompuesta en sus partes oficiales; Francia e Italia le hacen coro, y Francia, además, nos prodiga la literatura que criticamos, clamoreos de ánimo vil, insultos de vencido impotente; con lo cual, lejos de ganarse simpatías, pierde las que por sus otras buenas cualidades tal vez mereciera.

FR. J. M.^a AGUADO.

El P. Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, según sus cartas, sus demás escritos inéditos y crecido número de documentos nuevos, por el padre Raul DE SCORRAILLE, de la Compañía de Jesús. Traducción del padre Pablo HERNÁNDEZ, S. J. Dos tomos en 4.º de 455 y 525 págs. Eugenio Subirana, Barcelona, 1917.

Acaba de llegar esta obra, y hay que darle paso por entre las que esperan turno; lo merece su gallarda apostura, su objeto y la prisa que trae.

Viene de paje de hacha del Centenario del gran escritor Francisco Suárez, que está para celebrarse, y sería tardío hablar de ella en el número próximo; refleja una época interesante de nuestra vida nacional, y es un guante arrojado a la cara de los historiadores españoles por un francés, que nos acusa de desidiosos y nos marca el camino para hacer con todos los grandes pensadores de los siglos xvi y xvii lo que él ha hecho con Suárez.

¡Magnífica biografía, digna de un varón tan preclaro! El religioso, el profesor, el escritor, aparece retratado de cuerpo entero, con textos a la vista, de sus obras, de sus cartas, de las de sus contemporáneos.

El ambiente social y algunos juicios acerca de él es lo peor tratado en la obra. Milagro sería otra cosa, siendo el autor francés y el asunto español.

Mucho puede contribuir a la gloria del eximio doctor jesuita padre Francisco Suárez esta monumental biografía; pero sería su influencia mayor si sirviese de estímulo para que los jesuitas españoles escribiesen otras por el estilo de Toledo,

Lugo, Vázquez, Valencia, Enríquez, Ripalda, Maldonado, Ribera, Mariana y tantos otros insignes pensadores de aquella afortunada edad. Lo propio debieran hacer las otras Ordenes religiosas y las personas doctas seglares, y en poco tiempo tendríamos una gallarda muestra de nuestro poderío intelectual y del valer de nuestra raza, resorte maravilloso de patriotismo y estímulo de religiosidad, ya que tenemos la suerte de que nuestros grandes pensadores fuesen, a la vez, grandes creyentes, y, por regla general, piadosos o beatos.

Recomendamos, pues, muy de veras esta notable obra a nuestros lectores. No sólo les servirá en el año del Centenario para apreciar lo que vale Suárez, sino que sirve para conocer nuestro pasado cultural más que muchos tomos de Historia, que sólo nos refieren generalidades.

Pocos hombres de la talla ingente de Suárez hallan un historiador digno de ellos. Aprovechémonos de esa excepción de la obra del padre Scorraille, tan bien traducida por el padre Hernández. Tan bien, que vale más que el original mismo, porque nada pierde en el estilo y nos enseña los documentos en la dulce lengua en que fueron escritos.

Tanto como nos agrada la historia de Suárez, nos desplacen los capítulos que, con nombre de "Historia de las controversias de *Auxiliis*", inserta en ella, y que están repletos de chismes de vecindad, con los que se trata de llenar las lagunas históricas, que se desean utilizar como paso para tesis preconcebidas. ¡Y pensar que muchas cosas de esas están hoy en día fuera de discusión, por descansar en documentos publicados e indiscutibles! Ya habrá ocasión de decir algo más sobre la obra que acabamos de recibir, sobre las cuestiones que por incidencia plantea y y sobre otras que parece debiera plantear y ni siquiera indica.

FR. L. GETINO.